

Biblioteca digital de la Universidad Católica Argentina

Fraboschi, Azucena Adelina

Del poder y sus vicios, en la mirada de Hildegarda, abadesa de Bingen

Stylos Nº 19, 2010

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Fraboschi, Azucena A. "Del poder y sus vicios, en la mirada de Hildegarda, abadesa de Bingen" [en línea]. *Stylos*, 19 (2010). Disponible en:

http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/poder-vicios-hildegarda-bingen.pdf [Fecha de consulta:]

DEL PODER Y SUS VICIOS, EN LA MIRADA DE HILDEGARDA, ABADESA DE BINGEN

AZUCENA ADELINA FRABOSCHI¹

RESUMEN: El artículo propone, en su primera parte, la denuncia de la religiosa benedictina Hildegarda de Bingen (siglo XII) sobre algunos vicios que afectan a las personas que ejercen el poder, y lo hace a través de la correspondencia mantenida con el emperador Federico Barbarroja, el Papa Anastasio (protagonistas ambos de conflictos entre el Papado y el Imperio), el arzobispo Felipe de Colonia y el arzobispo Hartwig, de Bremen, a propósito esta última de su enfrentamiento con el abad Kuno, de San Disibodo. La segunda parte analiza estos vicios, incluidos en su obra: *Liber vite meritorum* (El libro de los merecimientos de la vida), donde presenta en diálogo treinta y cinco pares de vicios y virtudes, sus características, causas y el destino de aquellos que viven afectados por los mismos.

Palabras clave: Hildegarda de Bingen – Federico Barbarroja – Iglesia – autoridad – poder – vicios.

RIASSUNTO: L' articolo proporre, nella sua prima parte, la denunzia della religiosa benedittina Ildegarda di Bingen (XII secolo) su alcuni vizi che riguardano alle persone che esercitano il potere, e lo fa di traverso il carteggio mantenuto con Federico Barbarossa, il Papa Anastasio (protagonisti entrambi dei conflitti fra il Papato el l'Impero), l'arcivescovo Filippo di Colonia e l'arcivescovo Hartwig, di Bremen, quest'ultima a proposito del suo confronto con l'abate Kuno, di San Disibodo. La seconda parte analizza questi vizi, inclusi nella sua opera: *Liber vite meritorum* (Il libro delle benemerenze della vita), dove si presentano in dialogo trentacinque paia di vizi e virtù, le lo-

Stylos. 2010; 19(19)

¹ UCA

ro caratteristiche, le loro cause e il destino di coloro que vivono influiti da loro.

Parole chiave: Ildegarda di Bingen – Federico Barbarossa – Chiesa – Autrità – potere – Vizi

1. INTRODUCCIÓN

Hildegarda de Bingen fue una notable abadesa benedictina alemana del siglo XII,² a quien tocó en suerte vivir en una época de serios conflictos de poder entre el Papado y el Sacro Imperio Romano Germánico, gobernado a la sazón por el emperador Federico Barbarroja. En el primer cuarto del siglo el Concordato de Worms (1122), celebrado entre el Papa Calixto II y el emperador Enrique V, puso fin a la "Querella de las investiduras", protagonizada inicialmente por el emperador Enrique IV y el Papa Gregorio VII, a propósito de algunas de las disposiciones tomadas por el Papa Nicolás II en un sínodo celebrado en Letrán (1059). Dichas disposiciones estaban relacionadas con dos temas claves: la elección del sumo pontífice, que ya no sería elegido por el emperador —como venía siendo hasta el momento— sino por

² Autora de varias obras: Scivias (Conoce los caminos del Señor), Liber vite meritorum (El libro de los merecimientos de la vida), y Liber divinorum operum (El libro de las obras divinas) configuran lo que se ha dado en llamar la trilogía hildegardiana, sus obras mayores, que traen las visiones de la abadesa acerca de la Creación, la caída del hombre y la historia de la salvación hasta la consumación y el destino final. La primera y la tercera de dichas obras están profusamente ilustradas con bellísimas pinturas de original factura. Otras dos obras son de carácter científico: Physica, que trata de los seres naturales, y Causae et curae (Las causas y los remedios de las enfermedades), una obra de medicina. Hay dos vidas de santos (San Disibodo y San Ruperto, patronos de su monasterio de origen y de uno de los dos fundados por ella, respectivamente), una Explanatio Symboli S. Athanasii (Explicación del Credo Atanasiano), otra sobre los Evangelios. Una obra musical: Ordo virtutum (El drama de las Virtudes), unas setenta canciones litúrgicas reunidas en Symphonie armonie celestium revelationum (La armoniosa música de las revelaciones celestiales) y una copiosísima correspondencia completan la enumeración de los trabajos Hildegarda, a los que sumamos la fundación de dos monasterios: el de Rupertsberg y el de Eibingen.

los cardenales, y el nombramiento de los clérigos para cargos eclesiásticos — y la imposición de la investidura que los significaba—, que sólo podría recibirse de manos de la autoridad de la Iglesia, y no de un seglar.³ Ambas medidas recortaban el poder del emperador, quien reaccionó deponiendo al Papa; éste a su vez lo excomulgó, y de ahí en más se sucedieron Papas y antipapas y excomuniones, hasta el ya mencionado Concordato de Worms. Sin embargo, los enfrentamientos se produjeron nuevamente en el siglo XII, esta vez entre Federico Barbarroja y varios sucesivos pontífices.

Todo comenzó cuando el Papa cisterciense Eugenio III (1145-1153)⁴ firmó el tratado de Constanza con el entonces rey de Alemania Federico I Barbarroja, a quien ofreció la coronación imperial a cambio de protección contra sus enemigos: los rebeldes romanos – encabezados por el clérigo Arnaldo de Brescia— y los normandos. De alguna manera esto significaba ir hacia una situación de protectorado, y no fue un buen acuerdo.⁵ Sus consecuencias las padecieron los pontífices que le sucedieron: el Papa Anastasio (1153-1154) quien, a pesar del rechazo de su antecesor Eugenio III, confirió el cargo de arzobispo de Magdeburgo —uno de los cargos más codiciados— al obispo Wichmann, protegido del rey, quien había ejercido grandes presiones en ese sentido. De esta forma el papado cedía ante el poder político, la com-

³ Dado que los obispos eran también príncipes del Imperio, con tierras, hombres y bienes, es decir, con poder, en determinadas circunstancias ello podía traer serias dificultades si sus lealtades estaban divididas entre la Iglesia, a la que pertenecían, y el Imperio, en caso de que fuera éste quien les hubiera conferido cargo e investidura. Tal es la razón de la medida tomada por el sínodo. Pero para el emperador, esto significaba tener enclavados en su territorio señores que, en caso de conflicto, no lo respaldarían a él sino a la otra parte: de alguna manera era tener al enemigo en casa.

⁴ El Papa Eugenio (Bernardo Pignatelli de Pisa, abad de San Anastasio en Roma) era un monje cisterciense que ocupó la sede papal desde 1145 hasta 1153. Casi en seguida de su nombramiento tuvo que salir de una Roma envuelta en continuos enfrentamientos entre dos familias predominantes: los Frangipani y los Pierleoni, que competían por el nombramiento de los Papas en alianza con diversos príncipes, y durante casi todo su pontificado residió en Francia.

⁵ De alguna manera, esta situación reeditaba la que había tenido lugar siglos atrás cuando Pipino el Breve (s. VIII), rey de los francos por la usurpación del trono, respondió al pedido de auxilio del Papa Esteban II ante la amenaza de los lombardos que marchaban sobre Roma; en recompensa, el Papa legitimó su poder y ungió a su familia como familia real. Carlomagno, el hijo de Pipino, se proclamó protector del Papado, al que defendió, pero también sometió. Y en la Navidad del año 800 el Papa León III lo coronó emperador del Sacro Imperio Romano.

posición del episcopado alemán quedaba en manos del emperador, y el poder de Roma quedaba muy debilitado. El Papa inglés Adriano IV (1154-1159), dando cumplimiento al compromiso contraído por Eugenio III, debió coronar a Federico Barbarroja -quien había bajado de Alemania a Roma en 1154- el 18 de junio de 1155, un mes después de la captura y ejecución de Arnaldo de Brescia.⁶ Pero luego, y ante el poder cobrado por el emperador, el Papa y la curia firmaron un concordato con el rey Guillermo I de Sicilia (Benevento, 1156), que garantizaba al Papa el homenaje del rey normando a cambio del reconocimiento papal de su título de rey, que así quedaba legitimado. Y no fue ésta la única acción del papado con miras a limitar el poder del emperador, sino que apoyó a ciudades del norte de Italia que eran hostiles al emperador -Milán particularmente-. La reacción de Federico Barbarroja no se hizo esperar. Tras una violenta campaña contra Milán logró someterla en 1158, y acto seguido exigió a los obispos italianos un juramento de fidelidad, con lo que Adriano resolvió excomulgarlo, pero murió antes de concretar la sanción, medida que su sucesor, Alejandro III (1159-1181) llevó a cabo. Irritado, el emperador sostuvo contra Alejandro al antipapa Víctor IV -apoyado por el conjunto de los prelados alemanes-, a cuya muerte eligió a Pascual III y luego a Calixto III, hasta que se reconcilió finalmente con el Papa en 1177 -la paz de Venecia-, luego de sufrir serias derrotas en Italia, ante la Liga Lombarda.

Pero no son los conflictos entre el Papado y el Imperio los únicos que matizaron la vida del siglo XII, y que involucraron la actividad de Hildegarda. La Iglesia también tenía sus grandes dificultades en su seno mismo, en la persona de sus miembros, y se imponía una acción al respecto. En efecto, un sínodo celebrado en Pavía hacia el año 1020, presidido por el Papa Benedicto VIII y el emperador romano germánico Enrique II, había subrayado la obligatoriedad del celibato eclesiástico y dictado resoluciones condenando la simonía o compraventa de las dignidades en la Iglesia. El sínodo convocado en Letrán por el Papa Nicolás II sumó a las disposiciones mencionadas la prohibición, para los fieles, de asistir a las misas de los sacerdotes que no

⁶ En cumplimiento del tratado de Constanza, el emperador había puesto fin a la república romana y a la rebelión de Arnaldo de Brescia; ahora correspondía al Papa cumplir su compromiso, ungiéndolo emperador.

observaran el celibato, lo que equivalía prácticamente a una excomunión. En el año 1073 asume el trono de Pedro Gregorio VII, quien continúa con gran fuerza el movimiento de reforma de las costumbres del clero, actitud reforzada luego por Urbano II (1088-1099). En lo que hace a la pobreza, el clero, que vivía en el mundo y se veía forzado a manejarse también con sus criterios, sucumbió muchas veces a lo que se manifestaba como las antípodas de esa pobreza, y se encontró acumulando riquezas, anhelando poder, y olvidando todas las renuncias a las que su estado le obligaba, para servir mejor.

Veamos entonces, en la lúcida mirada de Hildegarda y en su intrépida intervención epistolar, algunos de los vicios del poder —o por mejor decir, de las personas que detentan el poder—, en algunos de los protagonistas de su tiempo.

2. PRIMERA PARTE

2.1. LA ABADESA Y EL EMPERADOR

Federico Barbarroja y la abadesa de Bingen tuvieron, inicialmente, una buena relación, aunque ya por entonces la mirada crítica de Hildegarda advertía al rey sus faltas, y los peligros que podían acarrearle. Respondiendo a una invitación del monarca había visitado al por entonces rey en el castillo de Ingelheim en 1154, ocasión en que le habría vaticinado su coronación como emperador, a juzgar por una carta que Federico le envió tal vez al año siguiente, en que efectivamente ciñó la corona imperial. Pero luego, y debido a las actitudes del monarca para con la Iglesia, la relación cambió, como lo muestran las varias cartas que la religiosa le envió, de entre las cuales traemos éstas que ponen en evidencia algunos vicios del poder. En primer lugar, la segunda carta que dirigió Hildegarda al rey:

Oh Rey, es muy necesario que en tus asuntos seas cuidadoso. En efecto, en visión mística yo te veo como un niño, y como quien vive de manera insensata y violenta ante los Ojos Vivientes, en medio de muchísimos trastornos y contrariedades. Sin embargo, todavía tienes el tiempo de tu reinado en los asuntos terrenales. Ten cuidado entonces de que el Soberano Rey no te derribe a tierra a causa de la ce-

guera de tus ojos, que no ven cómo usar rectamente el cetro del reino que tienes en tu mano. Procura ser tal que la gracia de Dios no te falte jamás.⁷

En su personal estilo de religiosa y visionaria —reconocida ya en su tiempo por autoridades eclesiásticas y laicas, y por el sentir popular—, denuncia la conducta del rey, falente en tres puntos propios de un buen gobernante: el discernimiento de la prudencia, la rectitud de la justicia y la fortaleza para mantenerse sereno e inconmovible en el obrar según ambas. Los vicios correspondientes son: la desmesura, la injusticia y la labilidad —motivada por la falta de verdadera fortaleza interior—, cada uno de los cuales lleva al siguiente. Otra carta, apenas una esquela, es más severa:

El que es dice: Yo destruyo la obstinación y en Mi propio nombre aplasto la rebeldía de aquellos que Me desprecian. ¡Ay, ay de este mal que acontecerá a los inicuos que Me rechazan! Oye esto, rey, si quieres vivir; de otra manera, Mi espada te golpeará.8

La abadesa habla con la autoridad que le confieren las revelaciones recibidas desde la que ella llama la Luz Viviente (los Ojos Vivientes de la misiva anteriormente citada). Los vicios que aquí señala son la obstinación y la impiedad, que se siguen de los anteriormente mencionados. La última carta que Hildegarda escribió a Federico ya lo hace al que entonces es emperador del Sacro Imperio Romano, y después que ha elegido a su segundo antipapa. El mensaje de la abadesa constituye una severa advertencia en la que, luego de referirse a la desobediencia y caída de Adán a modo de contexto, le recuerda sus obligaciones como "juez y guía de su rebaño, para cuyo gobierno y protección ha sido establecido":

[...] Oh siervo de Dios, a quien Él mismo creó y redimió con la san-

⁷ Carta 313 -al rey Federico-, año 1152-53, p. 74 (CCCM 91b).

⁸ Carta 315 –al rey Federico–, año 1164 (?), 1152-59 (?), p. 75 (CCCM 91b).

⁹ En 1159 había nombrado a Víctor IV, contra el Papa Alejandro III; en 1164 designa a Pascual III contra el mismo Sumo Pontífice.

gre de Su Hijo, pon muchísimo cuidado para que, engañado por las insidias de los espíritus malignos, no caigas en el lago de la muerte a causa de tus pecados. Imita tú también en la misericordia al supremo Juez y Guía, por Cuyo juicio es sepultado en la muerte quien Lo desprecia y Lo rechaza absolutamente, y por la misericordia de Su piedad jamás es condenado quien, movido por el verdadero arrepentimiento de sus pecados, confiadamente suspira hacia Él.

Debes temer y amar al supremo Juez y Guía, a Cuyo divino poder se sujetan todas las cosas. Por lo que también está escrito: Alábenlo 'los reyes de la tierra y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces de la tierra'. 10 Pues Él gobierna todo el mundo, lo contiene y lo sustenta, como un padre a su hijo que por sí mismo nada puede; porque con paternal ternura provee a todas las necesidades de quienes moran en Él, pues como lo había establecido en un principio, 11 hace que la tierra siempre produzca sus frutos. El mismo Dios, señoreando sobre todas las cosas, dispone los caminos de la justicia y las leyes de Sus preceptos, y Él mismo es el camino de la verdad. 12 sin injusticia alguna, camino en el que nadie puede errar o confundirse. Pues todo poder y principado¹³ existe solamente por Él –Quien dispone todas las cosas adecuadamente- y de Él toma su nombre, porque según Él deben gobernar, corregir y juzgar a los pueblos, y mostrarles los caminos de la verdad y de la justicia. Quien rehúse hacer esto, será juzgado por el mismo Juez supremo. Pues Dios es justo juez para todos los que han sido llamados a las bodas de Su Hijo; 14 recibe gozoso a los hijos de las nupcias y también con Su justo juicio dispone que la muerte acoja a quienes llevaron a cabo las obras de la muerte, porque no realizaron obras de vida.

Pero a ti, oh siervo de Dios, que recibes el nombre de juez conforme a Él, el Espíritu Santo te enseña para que vivas y juzgues de acuerdo

¹⁰ Sal. 148, 11.

¹¹ Gén 1, 11.

¹² Juan 14, 6.

¹³ Col. 2, 10.

¹⁴ Mat. 22, 2-14.

con Su justicia; y si así lo haces, jamás serás vencido por tus enemigos, como tampoco jamás pudieron vencer a David, porque fundó todos sus juicios en el temor de Dios. Confía en Dios e imita a Jacob, quien fue manso y justo, y ofrendó a Dios la décima parte de todos los bienes que poseía: ¹⁵ y tus enemigos no prevalecerán contra ti. Busca Su justicia y observa Sus preceptos en todos tus caminos y tus juicios, atráelo a ti con limosnas y piadosas oraciones [...]. ¹⁶

Sin saber a qué pecados se refiere la primera parte de la carta, la apelación a la misericordia nos hace pensar en el vicio contrario: la dureza de corazón, que siguen a los mencionados en la esquela anterior. En el segundo párrafo ("Debes temer y amar..."), y desde la mención del temor de Dios y la insistencia en recordar al monarca que del Señor procede todo poder, que Su gobierno reviste la nota y las características de la paternidad con respecto a la creación, y que la legitimidad del poder está dada por la verdad y la justicia con que proceda el gobernante en función del bien común, podemos mencionar los vicios que pueden llevarlo a la realización de las obras de la muerte, por las que merecerá la condenación eterna. Dichos vicios son: la vanagloria, la mentira, la soberbia, el olvido de Dios y la discordia. El último párrafo ("Pero a ti, oh siervo de Dios...") es una exhortación que insiste en las virtudes y actitudes que harán del monarca un buen gobernante.

2.2. LA ABADESA Y EL PAPA

También escribió Hildegarda al Papa Anastasio, una de las otras partes del conflicto, una durísima carta en la que en la que alternan la denuncia, la exhortación y el estilo profético, y en la que entre líneas se lee hasta qué punto el nombramiento del valido del rey como arzobispo de Magdeburgo había comprometido la autonomía de la Iglesia y el poder del Papado, tan duramente recuperados a partir del concordato de Worms. Pero también aparecen otros aspectos referidos a la vida del clero y a la disciplina eclesiástica,

¹⁵ Gén. 28, 20-22.

¹⁶ Carta 316 -al emperador Federico -, después de abril de 1163, p. 76-77 (CCCM 91b).

aspectos que, como hemos visto, venían siendo objeto de reiteradas disposiciones de la jerarquía. La misiva de la abadesa de Bingen, tocando ambos temas: el tema político (ad extra) de las relaciones entre el Papado y el Imperio, y el tema disciplinario (ad intra) de la vida y costumbres del clero, señala los vicios en los que incurría el Sumo Pontífice en el gobierno de la Iglesia. Veamos la carta.

Oh tú, que eres la armadura eminente y el monte de la doctrina de la muy adornada ciudad [la Iglesia] que ha sido constituida en sus desposorios con Cristo, escucha a Aquel Quien no comenzó a vivir y que no se agota en la fatiga.

Oh hombre, que en lo que se refiere al conocimiento lúcido y vigilante te has cansado demasiado¹⁷ como para refrenar la jactanciosa soberbia de los hombres puestos en tu seno, bajo tu protección: ¿por qué no rescatas a los náufragos que no pueden emerger de sus grandes dificultades a no ser que reciban ayuda? ¿Y por qué no cortas la raíz del mal que sofoca las hierbas buenas y útiles, las que tienen un gusto dulce y suavísimo aroma? Tú descuidas a la hija del Rey, esto es a la Justicia —que vive en los abrazos celestiales y que te había sido confiada—, pues permites que esta hija del Rey sea arrojada a tierra, y que su diadema y su hermosa túnica sean destrozadas por la grosería de las costumbres de aquellos hombres hostiles que a semejanza de los perros ladran y que, como las gallinas que en las noches a veces tratan de cantar, dejan escapar la necia exaltación de sus voces.

Éstos son simuladores que en sus palabras manifiestan una paz fingida, pero que en su interior, en sus corazones, rechinan los dientes como el perro, que mueve su cola a quienes le son conocidos pero muerde al soldado leal que presta su servicio en el palacio del rey. ¿Por qué soportas las malvadas costumbres de esos hombres que viven en las tinieblas de la estupidez, reuniendo y atesorando para sí todo lo que es nocivo y perjudicial, como la gallina que grita de no-

¹⁷ El Papa Anastasio tenía alrededor de ochenta años cuando fue elegido el 12 de julio de 1153, y falleció al año siguiente, el 3 de diciembre.

che aterrorizándose a sí misma? Quienes esto hacen son inútiles desde su misma raíz.¹⁸

Oye por tanto, oh hombre, a Aquel Quien mucho ama el claro y agudo discernimiento, de manera tal que Él mismo lo estableció como el más grande instrumento de rectitud para luchar contra el mal. Tú no haces esto, porque no erradicas el mal que desea sofocar al bien sino que permites que el mal se eleve soberbio, y lo haces porque temes a quienes traman los peores engaños en las asechanzas nocturnas, amantes más del dinero de la muerte que de la hermosa hija del Rey, esto es, la Justicia. 19

Pero todas las obras que Dios ha hecho son en extremo luminosas. Escucha, oh hombre, porque antes del comienzo del mundo el Padre celestial clamó con gran voz en Su intimidad diciendo: Oh Hijo Mío. Y el globo del mundo comenzó a existir, comprendiendo lo que el Padre había dicho. Sin embargo las diversas especies de creaturas aún se ocultaban en la oscuridad; pero según aquello mismo que está escrito: Y Dios dijo: Hágase, aparecieron las diversas especies de creaturas. Así, mediante la Palabra del Padre y a causa de dicha Palabra todas las creaturas fueron hechas según la voluntad del Padre.

Y Dios vio todas las cosas y las conoció de antemano. Pero el mal ni elevándose ni cayendo puede producir por sí mismo algo, ni hacer ni crear cosa alguna, porque es nada, o bien solamente cuenta como una opción engañosa y una opinión contraria [a la voluntad de Dios], de manera tal que el hombre obra el mal cuando hace esto

¹⁸ No se trata aquí solamente de un clero que por apetencias de poder y de riqueza, y por sus conveniencias personales, generaba escándalo en el seno de la Iglesia, sino también de grupos heréticos como los cátaros —el movimiento de mayor difusión por entonces, originado en la ciudad de Albi (sur de Francia), cuyos adeptos profesaban la creencia en un principio del bien y otro del mal, e incurrían en el desprecio del mundo—, hombres de una proclamada pureza absoluta que combatían fieramente al clero y sus por entonces relajadas costumbres. Tuvieron seguidores entre la clase media, las mujeres y también entre cierto clero de las campiñas; es más, algunos nobles los dejaron actuar con simpatía hacia su causa.

¹⁹ Puede ser una referencia al emperador Federico Barbarroja, y también al clero ambicioso de dignidades y del poder y las rentas que conllevaban, y que alejándolos de la verdad y de la justicia los llevaban hacia esa muerte en que consiste el pecado.

que es falaz y contrario.

Dios envió a Su Hijo al mundo para que el demonio —que conoció el mal abrazándolo y lo sugirió al hombre— fuera vencido por Él, y para que el hombre —que había perecido por el mal— fuera redimido. Por lo cual Dios rechazó las obras perversas, esto es, fornicaciones, homicidios, robos, rebeliones, tiranicidios y simulaciones, propias de los hombres inicuos, porque a través de Su Hijo —Quien dispersó totalmente los despojos del tirano infernal— las sumió en confusión. Por eso tú, oh hombre que te sientas en la cátedra suprema, desprecias a Dios cuando abrazas el mal; y en verdad no lo rechazas sino que te besas con él cuando lo mantienes bajo silencio —y lo soportas— en los hombres malvados. Por esto toda la tierra se turba a causa de la gran mudanza que producen los extravíos, porque lo que Dios destruyó, eso es lo que el hombre ama.

Y tú, oh Roma, que yaces postrada como moribunda, serás sacudida de tal manera que el vigor de tus pies, sobre los que hasta hoy te sostuviste, se debilitará; porque tú no amas a la hija del Rey —es decir, a la Justicia— con un amor ardiente, sino que la amas como en la lánguida tibieza del sueño y la alejas de ti. Por eso también ella quiere huir de ti, si no la llamas nuevamente. Sin embargo los grandes montes²⁰ todavía te ofrecerán ayuda, levantándote y apuntalándote con la noble madera de árboles magníficos, de manera tal que no pierdas enteramente todo lo que hace a tu propia honra, esto es, el ornato de tus desposorios con Cristo, sino que aún conserves algunas plumas de tu esplendor, hasta que venga la nieve de las burlas de las costumbres diferentes y hostiles, con grande y demente furor. Cuídate entonces, de unirte al rito de los paganos, cuídate de caer.

Oye por tanto a Aquel Quien vive y no será exterminado. El mundo ahora vive en la lascivia, luego estará en la tristeza, después en el terror, tal que los hombres ya no se preocuparán por su muerte. En todos estos tiempos hay unas veces tiempos de desvergüenza, otras tiempos de contrición, y otras veces los tiempos de los rayos y truenos de diversas iniquidades. Pues el ojo desea con tremendo ardor,

²⁰ Así llama Hildegarda a los prelados: los grandes montes, o montañas.

la nariz discierne, la boca mata.²¹ Pero el pecho²² salvará cuando la aurora aparezca como el esplendor de la primera alborada. Mas lo que vendrá en el nuevo deseo y en el fervor nuevo, no debe decirse. Pero Aquel Quien es grande y sin defecto alguno ha tocado ahora el pequeño habitáculo,²³ para que viera los milagros y formara letras desconocidas y dejara oír una lengua ignorada.²⁴ Y le dijo: Aquél que tiene la lima²⁵ no descuide la tarea de pulir y adaptar a la voz humana esto que le dirás, y que te fue revelado en una lengua manifestada a ti desde lo alto y no según la forma acostumbrada entre los seres humanos²⁶—porque ésta no te ha sido dada—.

Tú empero, oh hombre que te muestras constituido como pastor, levántate y corre velozmente hacia la Justicia, de manera tal que no seas acusado por el gran Médico [Dios] por no haber limpiado de su inmundicia a Su redil y no haberlo ungido con óleo. Donde la voluntad desconoce los males, y donde el hombre no se entrega a su deseo, allí no sucumbe absolutamente en el juicio condenatorio, sino que purifica la culpa de su ignorancia mediante flagelos.

Por consiguiente tú, oh hombre, quédate en el camino recto, y Dios te salvará, te conducirá nuevamente a la mansión de la bendición y la elección, y vivirás eternamente."²⁷

²¹ Esta secuencia: "el ojo desea con tremendo ardor, la nariz discierne, la boca mata", corresponde a las otras dos secuencias anteriores del mismo párrafo: la primera, la lascivia del deseo, la tristeza del discernimiento ante las propias acciones, y el terror de sus consecuencias; la segunda, la desvergüenza del pecado, la contrición o arrepentimiento en la toma de conciencia, y el consiguiente castigo. La referencia a la boca podría implicar no sólo la palabra del juicio y la sentencia, sino también la mortal mordedura en que consiste, finalmente, el pecado mismo.

²² El pecho es aquí la sede del corazón, esto es, de la inteligencia y del amor.

²³ La referencia es a Hildegarda y a su conocimiento por modo de visión.

²⁴ La interpretación varía entre quienes entienden que se trata de una lengua misteriosa (recordemos que Hildegarda tiene una obra titulada *Lingua ignota*, aún no enteramente descifrada, ni en cuanto a su contenido, ni en cuanto a su finalidad), y quienes dicen que se trata del latín, lengua que la abadesa no dominaba en cuanto a corrección y estilo.

²⁵ El secretario de Hildegarda, el monje Volmar.

²⁶ En la *Vita* 2, 1, p. 21: "[...] que no le dirás en la lengua latina –porque ésta no te ha sido dada [...]".

²⁷ Carta 8 -al Papa Anastasio-, años 1153-54, p. 19-22 (CCCM 91).

Texto de compleja intelección por su estilo retórico, propio de la época y del ámbito monástico. No es aquí nuestro cometido analizarlo, sino tan sólo discernir en él el tema que nos ocupa: los vicios del poder.

Cuatro imágenes aparecen en el primer párrafo ("Oh tú, que eres la armadura eminente..."), que subrayan las falencias del Romano Pontífice en su actuación como gobernante de la Iglesia. La armadura eminente habla de fortaleza invencible; el monte de la doctrina hace referencia a la luminosidad de la verdad, luz puesta en alto para iluminar a los hombres (Mat. 5, 14-16); la ciudad constituida en sus desposorios con Cristo indica el origen divino de la Iglesia, y Aquel que no se agota en la fatiga señala la laboriosidad indeficiente de quien gobierna. Ésta es como la hoja de ruta de la carta, y su paisaje.

El vicio que primero aparece y muy fuertemente es lo que Hildegarda llamará la flojedad de ánimo; en relación con ésta tenemos la indolencia y la injusticia denunciadas en el segundo párrafo ("Oh hombre, que en lo que se refiere..."), en claro contraste con la fortaleza y la laboriosidad. En el cuarto párrafo ("Oye por tanto, oh hombre, a Aquel...") encontramos la referencia a la racionalidad²⁸ y al discernimiento, ²⁹ en virtud de los cuales el Pontífice

²⁸ En Scivias dice Hildegarda a propósito de la racionalidad: "Pero el animal racional, que es el hombre, tiene entendimiento y sabiduría, discernimiento y recato en sus obras, porque actúa racionalmente, y esto es la primera raíz que la gracia de Dios plantó en todo hombre cuando despertó su alma a la vida. Por consiguiente estas capacidades mencionadas cobran fuerza y florecen en la racionalidad, porque por todas ellas los hombres conocen a Dios, de manera tal que puedan querer lo que es justo." (Ibíd. 3, 5, 32, p. 430). Y en Liber divinorum operum leemos: "Hagámoslo también a semejanza nuestra, para que con ciencia y prudencia entienda y juzgue sabiamente lo que ha de hacer con sus cinco sentidos, de manera tal que también por la racionalidad de su vida—que se oculta en él y que ninguna criatura, en tanto permanece oculta en el cuerpo, puede ver— sepa señorear sobre los peces que nadan en las aguas y sobre las aves en el cielo [...]." (Ibíd. 2, 1, 43, p. 328).

²⁹ En *Liber divinorum operum* Hildegarda atribuye a la nariz el discernimiento y, a partir de allí, la sabiduría: "En la nariz se manifiesta la sabiduría, que es la perfumada disposición de todas las ciencias o conocimientos, de manera tal que el hombre conozca por su aroma la ordenación de la sabiduría. Pues el olfato se extiende hacia todas las cosas atrayéndolas a fin de saber qué son, y cómo son." (Ibíd. 1, 4, 105, p. 250). Pero la sabiduría de la que aquí se habla no es la propia de un conocimiento teorético, sino que se refiere a un conocimiento práctico moral: la prudencia, que significa el discernimiento como conocimiento ponderativo de la rea-

debería mostrar a los hombres las realidades celestiales, e iluminar desde ellas la vida y el caminar de la creación toda hacia su fin último; pero aquí la carta apunta a una actitud muy diferente, en la que no cuesta mucho distinguir los vicios de la mentira y la preocupación por las cosas terrenales.

Los párrafos quinto ("Pero todas las obras que Dios..."), sexto ("Y Dios vio todas las cosas...") y séptimo ("Pero Dios envió a Su Hijo...") proporcionan un contexto en el que se da la ponderación de la obra de Dios como luminosamente verdadera y buena, la alusión a la presencia del mal y su acción engañosa y destructiva, y la redención del hombre por obra del Verbo Encarnado, con la consiguiente derrota del Maligno. Dijimos que se trata de un contexto, pero contexto ¿de qué? De los párrafos subsiguientes, esto es, del párrafo octavo ("Por eso tú, oh hombre que te sientas...") y del noveno ("Y tú, oh Roma, que yaces...") —donde Roma es la ciudad, sí, pero también la Iglesia—, en los que aparecen la vanagloria de quien se presenta como maestro sin actuar como tal, y la infidelidad de la desposada con Cristo, Cuyo abrazo traiciona y Cuyo beso rechaza.³⁰

2.3. LA ABADESA Y EL ARZOBISPO

En ocasión de la contextualización de la carta de Hildegarda al Papa Anastasio mencionamos el alicaído estado del clero, objeto de reiteradas ad-

lidad, pero también la decisión que da una dirección operativa al discernimiento. A esto se refiere precisamente la virtud de la prudencia que, como dice Josef Pieper, "en cuanto recta disposición de la razón práctica —la razón que en su uso práctico rige el obrar humano y el quehacer del hombre— tiene, como ésta, un doble rostro. Es cognoscitiva, y tiene carácter de decisión. Se dirige a la realidad de manera perceptiva, y al querer y al obrar como imperativa." (PIEPER, JOSEF. Tratado sobre las virtudes. I. Virtudes Cardinales, p. 47).

³⁰ Estos vicios contrarían el designio creacional significado en el contexto que hemos señalado, y que podemos resumir en estas palabras de la abadesa de Bingen: "Cuando Dios observó al hombre, Le agradó sobremanera, porque lo había creado con el ropaje de Su imagen y según Su semejanza, ya que el hombre había de proclamar, por el instrumento de su voz racional, todas Sus maravillas. Pues el hombre es la plenitud de la obra divina, porque Dios es conocido a través del hombre y porque Dios creó para él todas las criaturas y le concedió, en el beso del verdadero Amor, proclamarlo por su racionalidad, y alabarlo." (*Liber divinorum operum* 1, 4, 100, p. 243).

vertencias por parte de la abadesa, advertencias que a veces se dirigían a los sacerdotes mismos, pero más a menudo a las autoridades eclesiásticas, a las que correspondía velar por quienes estaban puestos bajo su obediencia. Veremos pues, dos cartas dirigidas al mismo destinatario, Felipe, arzobispo de Colonia, escritas entre los años 1167 y 1173, en las que podemos observar los vicios del poder que allí se denuncian.

En su primer párrafo, la primera de las cartas insiste sobre dos temas ya vistos en la epístola al Papa Anastasio: se trata de la obligación que tiene la luz de resplandecer e iluminar, y de la necesidad de la armadura protectora y defensiva para el soldado que ha de librar duro combate. Estos dos tópicos enmarcan el contenido de la carta que ahora leemos:

En la mística espiración de la verdadera visión vi y oí estas palabras, pues el Amor ardiente, Quien es Dios, te dice: ¿Qué nombre puede dársele a una estrella que brilla bajo el sol? Se la llama 'luminosa', porque gracias al sol resplandece con más luz que las otras estrellas. ¿Pero cómo podría ser que la misma estrella ocultase su luz de manera tal que brillara menos que las otras estrellas menores? Porque si esto hiciera no tendría ese glorioso nombre suyo sino que se la llamaría 'ciega' ya que, aunque se dijera luminosa, no se vería su luz. Asimismo el soldado que viniera a la batalla sin armadura, con toda seguridad sería aplastado por sus enemigos, porque su cuerpo no estaría defendido por la coraza, ni habría puesto yelmo sobre su cabeza ni protegido con el escudo, por lo que caería en medio de gran confusión y angustia.

Pero tú, que eres llamado 'estrella luminosa' en razón de tu ministerio episcopal, y que desde el altísimo oficio sacerdotal irradias tu luz—que son las palabras de la justicia—, no la ocultes a tus subordinados. Pues en tu corazón a menudo dices: 'Si yo amedrentara a mis subordinados con mis palabras, me tendrían por fastidiado, porque no puedo prevalecer sobre ellos. ¡Ojalá, callando, pudiera conservar su amistad!' Pero a nada te conduce hablar y actuar de esta manera. ¿Qué hacer entonces? No los atemorices a causa de tu oficio episcopal y de la nobleza de tu persona con aterradoras palabras, apoderándote de ellos violentamente como un halcón, ni con palabras da-

ninas los golpees, como con una maza; antes bien, mezcla las palabras de la justicia con la misericordia y úngelos con el temor de Dios, mostrándoles cuán peligrosa es la injusticia, para sus almas y para su felicidad. De seguro, ciertamente, con toda seguridad que así te escucharán.

No te mezcles con ellos en sus costumbres descuidadas y sucias, e inestables, ni consideres qué les agrada o desagrada, porque si haces esto aparecerás como por debajo de ellos a los ojos de Dios y de los hombres, pues tales actitudes no convienen a tu persona. Fíjate también que los animales que rumian son macerados si el forraje [con que se los sustenta] se hubiera mezclado con el alimento con que se ceba a los puercos. Así también tú, si te unieras a la compañía de los pecadores y a sus costumbres deshonestas, te ensuciarías. Los hombres malvados se alegrarían por ello y se turbarían los hombres rectos, diciendo: '¡Ay, ay, qué clase de obispo tenemos! Su luz no brilla para nosotros en los caminos rectos de la justicia.'

Toma pues a tu pueblo y apártalo de su funesta infidelidad, para que así no te encuentres sin la armadura de la fe, y muéstrale el camino de la justicia según las Sagradas Escrituras. Pon sobre tu cabeza el yelmo de la esperanza y ante tu cuello el escudo de la verdadera defensa, ³¹ para que en todos los peligros y adversidades seas el defensor de la Iglesia, venciéndolos. Ten la luz de la verdad de manera tal que aparezcas como un soldado probo en Mi milicia —Yo soy el amor verdadero ³²— y para que, en medio de un mundo que naufraga y en las duras batallas contra la iniquidad, seas fuerte y activo, y finalmente resplandezcas como luminosa estrella en la eterna felicidad.

Ahora tú, oh padre, que te encuentras en el oficio pastoral, no desdeñes la pobreza del ser humano que te escribe estas cosas, porque no las he dicho ni enviado por mí misma ni según hombre alguno sino que, porque me ordenaste que te escribiera algunas cosas, las he escrito del modo como las vi y oí en una visión verdadera, despier-

³¹ Ef. 6, 11-17.

³² 1 Juan 4, 8 y 16.

tos y atentos el espíritu y el cuerpo.³³

En continuidad con los temas que hemos destacado en el primer párrafo, el segundo párrafo ("Pero tú, que eres llamado 'estrella luminosa'...") señala uno de los deberes del ministerio episcopal: enseñar la justicia, practicar la justicia. Es con relación a esa obligación que afloran las falencias del dignatario eclesiástico. Porque en las palabras que la abadesa le atribuye encontramos la flojedad de ánimo que busca la aprobación ajena a costa de omitir la enseñanza y la corrección fraterna. Y en la advertencia acerca del trato para con quienes le están sujetos, y en la recomendación de la misericordia, vemos la soberbia del prelado unida a la dureza de corazón. En el tercer párrafo ("No te mezcles con ellos...") sigue presente la flojedad del ánimo, aliada con la mentira de un trato y una apariencia común con ese clero deplorable cuya amistad se desea, aun a costa del escándalo de la feligresía.

El cuarto párrafo ("Toma pues a tu pueblo...") corresponde al otro tema señalado en el comienzo: la necesidad de la fortaleza como armadura para luchar contra el mal que acecha y arremete contra el pueblo fiel: eclesiásticos y laicos. Y nuevamente aparecen como un trasfondo la flojedad de ánimo y la negligencia o desidia del arzobispo.

La carta que acabamos de ver reviste el carácter de una advertencia suave, acompañada de una exhortación. No es éste el tono de la segunda carta dirigida a Felipe de Colonia, muy dura y urgente en su pedido de conversión. De acuerdo con una costumbre propia de la literatura monástica, y muy suya, comienza con una a modo de parábola, para realizar luego la exégesis de la misma, y arribar a su aplicación. Veámosla.

> Oh tú, que te encuentras en aquella dignidad que proviene de Dios y no de los hombres, porque Dios, Quien rige todas las cosas, dispone a los hombres para que sean Sus vicarios, por lo que también tú considera de qué manera te hallas en representación de Cristo.

> Pues en una visión yo vi como un sol que refulgía con gran ardor sobre el lodo lleno de gusanos, que se erguían en su alegría por el verano pero luego, no pudiendo sufrir más la quemazón del calor,

³³ Carta 16r –a Felipe, arzobispo de Colonia–, años 1167-73, p. 49-51 (CCCM 91).

tornaron a esconderse, por lo que aquel barro emanó gran hedor. Vi también que el sol brillaba sobre un huerto en el que crecían rosas, lirios y toda clase de plantas aromáticas, y gracias al calor del sol las plantas florecieron, y las hierbas se fortalecieron y multiplicaron sus raíces, dando un delicioso perfume, de manera tal que muchos hombres, inundados con esta suavísima fragancia, se llenaron de gozo por este huerto como si fuera el Paraíso. Y oí una voz que de lo alto te decía: 'Considera, oh hombre, si quieres elegir permanecer en el mencionado huerto de delicias, o yacer en el hediondo estiércol con los gusanos; y si es más saludable para ti ser un templo elevado y bellamente adornado con sus torres, a través de cuyas ventanas pueden verse los ojos de las palomas,³⁴ o ser una mísera casucha techada con paja, en la que apenas cabe el campesino con su familia.

El lodo con los gusanos es la raíz primera del pecado original, surgida por el consejo de la antigua serpiente, ³⁵ a la que sofocó la naturaleza virginal, cuando el Hijo de Dios nació de la Virgen María. En Él surgió el huerto de todas las virtudes, a Quien también deben imitar los obispos. También a ellos les conviene ascender al egregio templo mediante la elevada enseñanza propia del oficio episcopal, al modo como también la paloma mira con sus ojos hacia lo alto, y no como los ojos del ave rapaz: esto es, no deben actuar según las costumbres mundanas, causando heridas que no ungen con óleo.

Líbrate también de los groseros hábitos de la avaricia, de manera tal que no acumules más de lo que tienes: porque la avaricia siempre es pobre y necesitada, y tampoco experimenta el gozo del pobre a quien le es suficiente con lo que posee. Por eso dispersa la avaricia como si fuera paja y pisotéala, porque desbarata todas las conductas honestas, como la polilla destruye la ropa. La avaricia siempre mendiga, y es como la mísera choza del campesino, que no tiene lugar

³⁵ Apoc. 12, 9; 20, 2.

³⁴ Cant. 1, 14; 4, 1. Los ojos de las palomas, vistos a través de las ventanas de la torre, pueden significar las almas puras y sencillas confiadas a su cuidado, y que el prelado contempla desde la elevación de la dignidad a él conferida por disposición divina. Por contraste, vivir en el hacinamiento de la casucha a ras de tierra es hacer caso omiso de dicha disposición, y tener comercio o mezcla con los pecadores y sus vicios.

donde pueda observar con decoro sus costumbres. Tú yaces junto a esta choza como un montículo de tierra que los gusanos, cavando, remueven: significa que muchos obispos, que debieran elevar el espíritu de los hombres mediante la recta enseñanza de la doctrina, ponen sus pensamientos en sus bienes y no se fijan en las palabras que deberían decir a otros, o en aquellas por las que ellos mismos deberían ser reconfortados.

Oh padre, en verdad te digo que vi y oí todas estas palabras en una visión verdadera, y las he escrito por tu petición y mandato. Por consiguiente, no te asombres de ellas, pero reflexiona sobre toda tu vida, desde tu niñez hasta hoy. Cambia también tu nombre, para que de lobo te hagas cordero, porque el lobo gustosamente se apodera del cordero. Y toma parte en el banquete del hijo pródigo, quien corrió hacia su padre para confesar sus pecados diciendo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. 36 Por él todos los coros de los ángeles se alegraban, maravillándose porque después de la maldad de sus pecados Dios le había otorgado perdón y gracia tan grande. Así, hazte provisión de flores y de hierbas aromáticas para que el pueblo se regocije gracias tu suave aroma, porque tiene un pastor digno y conveniente, y para que merezcas oír la voz del Señor: Bien hecho, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor³⁷. ³⁸

Los vicios que aquí se denuncian aparecen prácticamente mencionados por sus nombres. Así, en los párrafos segundo ("Pues en una visión yo vi...") y tercero ("El lodo con los gusanos...") vemos planteada la opción entre el amor a Dios y la alegría por la deseada bienaventuranza celestial, y el amor mundano que se queda enredado en la preocupación por los intereses terrenales, a lo que sigue la impiedad como el desconocimiento de Dios y la negación de la obediencia que Le es debida. El cuarto párrafo nos habla de la avaricia, y del deseo insaciable o avidez de bienes, en detrimento de las propias obligaciones y del bien del prójimo. Finalmente, en el párrafo quinto

³⁶ Luc. 15, 18 y 21. ³⁷ Mat. 25, 21.

³⁸ Carta 17 –a Felipe, arzobispo de Colonia–, años 1170-73, p. 51-53 (CCCM 91).

("Oh padre, en verdad te digo...") y bajo la figura del lobo se alude a la desmesura, siempre atenta a apoderarse, arrebatándolo, de cuanto le sea posible; y en el recuerdo de la parábola del hijo pródigo parece exhortar a abandonar el vicio contrario, esto es, la obstinación en el pecado.

2.4. LA ABADESA Y EL ABAD

Los destinatarios de las cartas que acabamos de ver son dignatarios de suprema autoridad y poder, como el emperador y el Papa, o bien de muy alta jerarquía, como el arzobispo de Colonia, y la abadesa se dirige a ellos con referencia al modo como cada uno de ellos ejerce la tarea de gobierno que le compete. Lo hace de manera objetiva, y sin interés personal alguno. No acontece lo mismo con la carta que veremos a continuación, dirigida a Hartwig, arzobispo de Bremen, pero referida al abad Kuno, de la abadía de San Disibodo, primera casa religiosa en la que vivió Hildegarda. Las circunstancias que dieron lugar a esta misiva son toda una historia, cuyo conocimiento se torna necesario para entender su sentido.

En 1150 Hildegarda se abocó a la fundación de su propio monasterio en San Ruperto, circunstancia que le trajo muchos problemas con su anterior convento, que no quería dejarla marchar por motivos de conveniencia económica, y de prestigio. Hildegarda, con sus visiones, sus escritos, su música y la correspondencia que llegaba a ella de todas partes del mundo conocido y de los estratos sociales más diversos, era un foco de atracción del que no querían desprenderse. Pero esto no era todo. San Disibodo, aunque por sus dimensiones -que habían quedado inadecuadas frente al crecimiento de la población del monasterio- les estaba haciendo sentir estrechez, era sin embargo un lugar bien construido y confortable; Rupertsberg era un lugar inhóspito, abandonado, en el que había mucho que trabajar antes de hacerlo habitable. Pero a pesar de que la nueva fundación y el lugar le habían sido mostrados por Dios en una visión, el abad y los religiosos se opusieron con todas sus fuerzas. Sin embargo, el proyecto prosperó, aunque no sin dificultades, porque debido a la gran diferencia que había entre los dos monasterios en punto a las comodidades para la vida cotidiana, una parte de las religiosas abandonó el lugar, cosa que significó un duro golpe para la abadesa. A esto se sumó la defección de la religiosa Ricarda von Stade —hija de la marquesa von Stade y hermana de Hartwig, arzobispo de Bremen—, quien fuera por años su confidente y colaboradora y que, impulsada en gran parte por las ambiciones de su propia familia, se trasladó al convento de Bassum para ocupar allí —aunque era para las monjas una perfecta desconocida— el cargo de abadesa.

Hildegarda se opuso a ello por todos los medios. Tengamos en cuenta que la abadesa estaba llevando a cabo una lucha muy fuerte, tremenda, contra la corrupción del clero y de los religiosos, que era grande en su época. Y la juventud excesiva de Ricarda en función del cargo de abadesa para el que se la postulaba, su inexperiencia en funciones de gobierno y el desconocimiento absoluto del monasterio al que se la quería destinar (en realidad, su hermano era quien le había conseguido un cargo de abadesa, de mayor figuración sin duda alguna que el de simple secretaria, que era el que desempeñaba) hacían pensar en las motivaciones no religiosas sino mundanas que allí se estaban manejando, y también en la ineptitud de la joven noble, que terminaría perjudicando así no sólo a sí misma sino a todas las religiosas del monasterio. O sea que Hildegarda ve también allí corrupción presente y futura, y por eso se opone. Por esos mismos días una parienta de Ricarda, más joven que ella, estaba tomando posesión de otro monasterio, conseguido igualmente por influencias. O sea que dos mujeres demasiado jóvenes, por influencias de tipo político-religioso, estaban haciéndose cargo como abadesas de dos monasterios, en tiempos muy dificiles aun para mujeres de mayor edad y experiencia. Hildegarda dice haber visto el grave peligro que esta situación entrañaba para ellas y para las personas que ellas deberían gobernar.

Tal es el contexto de la carta que veremos a continuación.

Oh laudable dignidad –necesaria al hombre– que por el oficio pontifical detenta la sucesión del Dios altísimo. Que tu ojo vea a Dios y tu inteligencia conozca Su justicia, que arda tu corazón en el amor de Dios de manera tal que tu alma no desfallezca. Con suma diligencia edifica la torre de la Jerusalén celestial, y Dios te dé como ayuda a la dulcísima, materna Misericordia. Sé luminosa estrella que brilla en medio de las tinieblas nocturnas de los hombres malvados, y sé el

ciervo veloz que corre hacia la fuente de agua viva.³⁹ Mira con cuidado, porque en estos días muchos pastores son ciegos y cojos y ladrones del patrimonio de la muerte, sofocando la justicia de Dios.

Oh estimado, tu alma me es muy amada a causa de tu familia. Ahora escúchame, postrada a tus pies con lágrimas y quebranto, porque mi alma está extremadamente triste: cierto hombre horrible⁴⁰ apartó a nuestra queridísima hija Ricarda de mi consejo y mi voluntad y de los de mis otras hermanas y amigos, separándola de nuestro claustro en virtud de su voluntad temeraria. Porque Dios sabe todas las cosas, sabe dónde es útil el cuidado pastoral, por lo que el hombre fiel no da vueltas buscando lugares y cargos de preferencia, ya que si con espíritu inquieto lo hiciera, queriendo ser maestro, más desearía la voluntuosidad del poder que prestar atención a la voluntad de Dios; hay en él un lobo rapaz,⁴¹ y su alma jamás busca los bienes espirituales con sincera lealtad: allí hay simonía.

De donde no era necesario que nuestro abad, en su obcecación e ignorancia, destinara a un alma santa a esta empresa, y a semejante temeridad propia de un espíritu enceguecido. Si nuestra hija hubiese permanecido tranquila, Dios la hubiera preparado para su gloriosa Voluntad.

Por eso me dirijo a ti, que te sientas en el trono episcopal según el orden de Melquisedec:⁴² y te ruego por Aquél Quien entregó Su vida por ti, y por Su nobilísima Madre, que me envíes a mi queridísima hija, porque yo no dejo de lado la elección de Dios ni la contradigo dondequiera que fuere. Y así que Dios te dé la bendición que Isaac

³⁹ Sal. 41, 2.

⁴⁰ Este hombre es el abad Kuno. Dado que la marquesa von Stade apoyaba en un todo a Hildegarda —y su apoyo incluso material se marchaba con ella a San Ruperto—, no seria extraño que Kuno hubiera querido crear un lazo de favores (la propuesta o el apoyo al nombramiento de Ricarda como abadesa) para retener la benevolencia de la marquesa quien, sin duda alguna, adhirió a la promoción de su hija y la alentó, desoyendo las protestas de Hildegarda, quien argumentaba válidamente la extrema juventud de la joven por un lado y la intención de la propuesta por el otro.

⁴¹ Gén. 49, 27.

⁴² Sal., 109, 4.

dio a su hijo Jacob, ⁴³ y te bendiga con la bendición que a través de Su ángel dio a Abraham por su obediencia. ⁴⁴

Ahora óyeme, no deseches mis palabras como lo hicieron tu madre, tu hermana y el conde Hermann. No te hago injuria ignorando la voluntad de Dios y la salvación del alma de tu hermana, sino que suplico pueda yo ser consolada por su intermedio, y ella por mí. Lo que Dios ha ordenado, no lo contradigo.

Que Dios te dé la bendición del rocío del cielo, 45 y todos los coros angélicos te bendigan, si me escuchas a mí, sierva de Dios, y cumples la voluntad de Dios en esta causa. 46

Nuevamente, el primer párrafo ("Oh laudable dignidad...") brinda las líneas directrices del resto de la carta: aquel que gobierna ha de tener en todos sus actos conciencia de la presencia de Dios, el discernimiento de la justicia, la inspiración y el aliento del amor divino, la fortaleza y la diligencia en el cumplimiento de su labor, y todo ello con el acompañamiento de la misericordia. Y ya aquí aparece la referencia a los malos pastores, los que no quieren ver ni brindar a otros la luz de la verdad, los que carecen de rectitud en el obrar, y actúan movidos por la codicia de los bienes mundanos, violando toda justicia con su avaricia.

En el segundo párrafo ("Oh estimado, tu alma...") se refiere ya directamente al abad Kuno y a la situación que se ha suscitado. Los vicios que denuncia son: la vanagloria, que lleva a la labilidad, inestabilidad o ánimo vagabundo –actitud tanto más grave cuanto que una de las características de la Regla benedictina es la estabilidad— en pos de personales apetencias; se siguen de allí la impiedad que desconoce a Dios como Señor y a Su voluntad; la injusticia y la codicia, a la que Hildegarda aplica, en el concreto caso de que se trata, un durísimo término, cual es el de "simonía".

El párrafo tercero ("De donde no era necesario...") habla de la voluntaria ceguera del abad, que conducen a una desmesura extremadamente impru-

⁴³ Gén. 27, 27-29.

⁴⁴ Gén. 22, 15-18.

⁴⁵ Gén. 27, 28.

⁴⁶ Carta 12 –a Hartwig, arzobispo de Bremen-, años 1151-52, p. 27-28 (CCCM 91).

dente primero, y a la obstinación después.

Los párrafos siguientes ratifican la obediencia de Hildegarda a la voluntad de Dios, en el marco de su exhortación al arzobispo para que verdaderamente vea, discierna y actúe en consecuencia. Cosa que éste no hizo.

3. LOS VICIOS DEL PODER

En las muy concretas situaciones y personas reflejadas en las cartas de la abadesa de Bingen, acabamos de ver algunos vicios surgidos en las personas en ocasión del poder, y que a veces son de las personas mismas con anterioridad a la situación de gobierno, pero que otras veces son producto de la fragilidad humana cediendo a la tentación. Veremos ahora la consideración de Hildegarda acerca de los vicios mismos, y lo haremos a través de la presentación que de ellos hace en la segunda obra de su gran trilogía: *Liber vite meritorum*, escrita entre los años 1158 y 1163.

El texto adopta la forma de un diálogo entre Virtudes y Vicios⁴⁷ (son treinta y cinco pares en total), diálogo que constituye una verdadera batalla entre los deseos desordenados del hombre y el orden ético cristiano. La intención es eminentemente didáctica, en pro de la consolidación de una vida acorde a las exigencias de la religión; pero también ha sido considerada, en nuestros días, desde la medicina holística y la psiquiatría, por la profundidad de sus planteos que constituyen un aporte para la consecución de la salud humana. La obra se desarrolla en torno a una imagen, la de "un Hombre de de estatura tan grande que tocaba desde lo más alto de las nubes del cielo hasta el abismo", del que se dice: "este Varón de tan alta estatura que se extiende desde la parte más alta de las nubes del cielo hasta el abismo, representa a Dios."⁴⁸ En cada una de las seis secciones del libro el Hombre vuelve sus ojos hacia diferentes direcciones; habla entonces de lo que ve y oye, interpretando su significado para Hildegarda. Su mirada se dirige sucesivamente hacia el este y el sur (I), el oeste y el norte (II), el norte y el este (III),

⁴⁷ Dado que en esta obra están personificados, hemos considerado conveniente emplear la mayúscula para así significarlo.

⁴⁸ Liber vite meritorum 1, 19, p. 21.

el sur y el oeste (IV), a la totalidad del mundo desde arriba (V), para finalmente moverse dentro de las cuatro zonas de la tierra (VI).

Las Virtudes han sido trabajadas en la tercera parte de la anterior obra de la abadesa, *Scivias*, por lo que en ésta se refiere principalmente a los Vicios. En primer término los Vicios se presentan a sí mismo, justificándose con su capciosa mezcla de verdades, medias verdades y falsedades, presentación a la que responden las Virtudes opuestas. Acto seguido se explica la figura del Hombre, que da lugar a definiciones y argumentaciones de carácter teológico. Viene luego la descripción en particular de cada uno de los Vicios y de los castigos que corresponden para su punición y purificación, y el sentido de dichos castigos, para finalizar con el llamado a la conversión de la vida, para la salvación.

Si bien este libro no fue ilustrado pictóricamente por Hildegarda – contrariamente a lo sucedido con las obras primera y tercera de la trilogía—, la descripción de los Vicios —"odiosas caricaturas, en parte animales y en parte humanas", tiene el valor simbólico de las imágenes, y también su carácter didáctico: la abadesa aclara que las figuras en las cuales se manifiestan los Vicios no corresponden a una realidad sino a su presentación, en función de una mejor comprensión intelectual y de la más eficaz moción de la voluntad, a partir del impacto afectivo.

Veamos pues, en la mirada de Hildegarda, los Vicios que hemos señalado. El orden en que los expondremos será el de su aparición en el libro de la abadesa, aunque tengamos presente que se producirán algunos hiatos, dado que no nos referiremos a la totalidad de los Vicios. El tratamiento del texto, y las notas, responden —dentro de los límites de este trabajo— al modo propio de lo que sería una *lectio medievalis*, es decir que más allá de la explicación de la letra se busca una comprensión en función de la aplicación a la vida.

3.1. EL AMOR MUNDANO⁵⁰

⁴⁹ GRONAU, EDUARD. Hildegard. Vita di una donna profetica alle origini dell'età moderna, p. 479.

⁵⁰ Liber vite meritorum 1, 1, p. 13 y 67, p. 39.

"Tenía la forma de un hombre y la negrura de un etíope. Estaba desnudo; con sus brazos y sus piernas había rodeado el tronco de un árbol en su base, por debajo de sus ramas, en el cual árbol crecían toda clase de flores. Y recogiendo con sus manos aquellas flores dijo:

PALABRAS DEL AMOR MUNDANO. Míos son todos los reinos del mundo, con sus flores y sus honras. ¿Por qué he de marchitarme, cuando poseo toda la lozanía y la fecunda vitalidad (*uiriditatem*)⁵¹? ¿Por qué vivir como un anciano, cuando florezco en mi juventud? ¿Por qué cegar la bella visión de mis ojos? Si esto hiciera, me avergonzaría. En tanto pueda tener la belleza de este mundo, gustosamente la retendré. Me es desconocida esa otra vida, acerca de la cual tampoco entiendo las conversaciones que oigo.' ⁵²

Después que hubo dicho estas cosas, el árbol se secó hasta la raíz y se derrumbó en las tinieblas; y la misma imagen cayó con él."53

"EN PARTICULAR SOBRE EL AMOR MUNDANO, SU ASPECTO, Y QUÉ

⁵¹ Viriditas: es uno de los conceptos característicos de Hildegarda a lo largo de toda su obra — y que podría traducirse como verdor, fuerza vital, fecundidad, lozanía, vida—, con el que se refiere a Dios, a la Vida divina, a la acción creadora de Dios, a la presencia de la fuerza divina en el mundo y en el hombre, a las virtudes como fuerzas divinas que trabajan con el hombre, etc.

Los placeres de la carne —el deleite que proporcionan las flores con la belleza de sus variadas formas y colores, su grato perfume, la suave frescura de su tacto— son la abierta puerta de entrada al amor mundano en sus diversas manifestaciones: la soberbia y su acompañante, la vanagloria; el deseo de la eterna juventud con su ilusión de poder y de suficiencia; la fáustica, inmoderada necesidad de la posesión de los bienes; la necia ignorancia que no quiere saber. El exceso insaciable de esta actitud conduce al colapso y a la caída —insatisfacción angustiante, pérdida de energía, debilidad, y finalmente, enfermedad y muerte—, como lo indica en el párrafo siguiente la caída del árbol, ahora seco, y la caída de la imagen misma.

⁵³ En la réplica del Amor Celestial al Amor Mundano aparece desenmascarada la malicia de este último, que hablando de la luminosa belleza del mundo vive, sin embargo, en la oscuridad de sus deseos ocultos; que queriendo erguirse con ficticia dignidad es como un gusano que se arrastra y se disimula en la voluntad del hombre para conseguir lo que quiere; que anhelando eternizar el instante fugaz –Fausto redivivo— lo pierde como el heno bíblico (Sal. 101, 12), y todo lo pierde. En su discurso, el Amor Celestial se presenta con la firmeza de una columna frente al árbol endeble que se seca y se derrumba, polvo y ceniza.

SIGNIFICA. La primera imagen designa al Amor Mundano, porque el antiguo seductor, infundiendo primeramente en los hombres el amor por las cosas mundanas, los conduce también a los demás pecados. *Tiene la forma de un hombre y la negrura de un etiope*, porque enredándose enteramente en los deseos carnales, no desea para sí ningún esplendor ni claridad alguna.

Está desnudo; con sus brazos y sus piernas rodea el tronco de un árbol en su base, por debajo de sus ramas: porque no teniendo ropaje alguno de santa felicidad, con sus obras y con la huella de sus pasos abraza la fuerza de la vanagloria, disimulado por algunos otros pecados que como ramas proceden de ella; en el cual tronco crecía toda clase de flores: porque en la vanagloria y en los pecados que nacen de ella se encuentra el conjunto de todas las vanidades que pertenecen a lo mundano.

Por lo que recoge con sus manos aquellas flores, porque con sus deseos deshonestos, su obrar atrae para sí todas las vanidades del mundo presente. Pues cuando el hombre presa del amor mundano da vueltas en su pensamiento en pos de las vanidades, deseándolas las busca; y cuando las encuentra, con gran deleite, como si fueran flores de toda clase, las reúne disponiéndolas para sí de acuerdo a su voluntad, como lo muestra el pecado mismo con sus palabras.

Pero después de dichas estas cosas, el árbol se seca hasta la raíz y se derrumba en las tinieblas, de manera tal que la misma imagen cae con él: esto significa que la vanagloria, que es enteramente falente y engañosa, va hacia las tinieblas de la infidelidad en las que también se encuentra el diablo, de manera tal que todos los que aman el mundo y desprecian la vida eterna caen con ella, porque no pueden retenerla mientras cae. Pero aunque caiga, la vanagloria no considera que ha caído: porque de tal forma está enraizada en las cosas del mundo que nada piensa acerca de las celestiales."

3.2. LA DUREZA DE CORAZÓN⁵⁴

"Era como un denso humo que alcanzaba la estatura de un hombre, pero

⁵⁴ Liber vite meritorum 1, 7, p. 15-16 y 70, p. 41-42.

no tenía forma humana alguna,⁵⁵ excepto los ojos grandes y negros que aparecieron en ella. No se movía hacia arriba ni hacia abajo ni se volvía hacia aquí o allá, sino que permanecía fija en las tinieblas antes mencionadas. Y decía:

PALABRAS DE LA DUREZA DE CORAZÓN. Yo nada he creado, ni he establecido orden alguno. ¿Por qué, entonces, afligirme y esforzarme por alguien, y desgastarme? No lo haré. Pues ya no me preocuparé más por nadie, a no ser que me beneficie. Dios, Quien creó todas las cosas, decida sobre ellas y las cuide. Porque si yo, amablemente, preguntara sobre los asuntos ajenos, ¿en qué me aprovecharía? Tampoco haré bien o mal a nadie. Porque si en mí hubiera una compasión tan grande que ningún sosiego pudiera ya tener, ¿qué sería de mí entonces? ¿Qué clase de vida tendría, si prestara atención y respondiera a todas las voces y palabras, regocijadas o llorosas? Yo me conozco, y que cada uno se conozca."

"EN PARTICULAR SOBRE LA DUREZA DE CORAZÓN, SU ASPECTO, Y QUÉ SIGNIFICA. Esta imagen muestra la Dureza de Corazón, que aquí imita al Descaro: 56 pues cuando el hombre, fatigado por las diversiones, ha llegado a hastiarse, comienza a endurecer su espíritu porque no ha sido tocado por el rocío celestial, de manera tal que tampoco ha abierto surcos en su espíritu con los mandamientos de la Ley ni con el arado de las Escrituras; por lo que no percibe que haya bien alguno en el refrenarse.

Es como un denso humo que alcanza la estatura de un hombre: porque en la dureza de corazón no hay delicadeza alguna, sino cierta maliciosa firmeza propia de la malignidad.⁵⁷ Y tiene la estatura del hombre, pues por de-

⁵⁵ La imagen de la Dureza de Corazón no tiene figura humana: porque "la imagen de Dios desaparece en un hombre que no tiene compasión" (STREHLOW, WIGHARD. *Spiritual Remedies*, p. 80).

⁵⁶ El Descaro es el vicio que le antecede, en la obra de Hildegarda.

⁵⁷ Véase el episodio de la reacción de los fariseos, que buscaban cómo acusarlo para una condena de muerte, cuando Jesús curó al hombre de la mano paralizada en día sábado: "Y mirándolos con ira, contristado por la ceguera de su corazón [...]" (Marc. 3, 5). La ceguera es maliciosa, proviene de un corazón endurecido por una mirada opacada por la intención negativa hacia el otro: la malignidad que lo rechaza, sin querer verlo como lo que es. No olvidemos

bajo o por encima del hombre no hay mal que él no abarque con sus obras, ya que no existe mal pequeño o grande en el que el hombre malicioso no se deleite.

Pero no tiene forma humana alguna, excepto los ojos grandes y negros que aparecen en ella. Esto significa que este vicio endurece de tal manera a los hombres que no quieren conocer la imagen de Dios ni reconocerla en los otros hombres, pues al no tener en sí benignidad alguna, carecen absolutamente de misericordia y de benevolencia. Pero en su grandísima infamia y en la negrura de su olvido de Dios miran a su alrededor buscando a quien dañar con el veneno de la envidia, que es como el veneno del áspid.

No se mueve hacia arriba ni hacia abajo ni se vuelve hacia aquí o hacia allá, porque la dureza de corazón no tiende hacia las cosas superiores, para derretir su malicia y deshacerse de ella por Dios; ni se vuelve hacia las inferiores, para ablandar su dureza en favor del hombre; ni se mueve hacia las otras creaturas para cesar por ellas en su iniquidad, sino que permanece fija en las tinieblas antes mencionadas, porque en el mismo estado y sin cambio alguno persevera en sus infames maldiciones, pues no desea otra cosa que afligir a los hombres. Es como el plomo, que lanzado a las aguas correntosas yace en lo profundo, sin moverse hacia ningún otro lugar; pero huye de la diestra del Señor, Quien concibe todo lo que hay en las creaturas para provecho del hombre, y Quien exaltó al hombre y lo estableció en Su paz.

Porque Dios puso al hombre en la tierra como una preciosísima piedra en cuyo fulgor toda otra creatura se contempla a sí misma, pues él está por encima de todas ellas.⁵⁹ Por eso no es lícito que la dureza de corazón Lo ten-

que tras esta actitud estaba el descaro con que los fariseos negaban la verdad, para perpetuar una situación de poder y de consideración social: el amor mundano.

⁵⁸ Misericordia y benevolencia son los atributos con los que Dios se presenta a Moisés, cuando éste Le pide ver Su gloria (Éx. 33, 19), atributos afirmados en innumerables ocasiones. Para conocerlo así, para reconocerlo en el prójimo –puesto que el hombre es imagen y semejanza de Dios– se requiere una mirada, una intención buena hacia el otro, la benignidad generadora de una eficaz sintonía –misericordia y benevolencia– con ese otro. Por eso el hombre de corazón duro no puede ver a Dios.

⁵⁹ Toda creatura se contempla en el hombre porque el mundo es reflejo del hombre, para cuyo servicio fue creado. En el pensamiento de Hildegarda, el universo es presentado como una antropofanía, un mundo descripto con bellísimas imágenes tomadas de la realidad del hombre. La dirección ha sido invertida: no estamos ante un macrocosmos que incluye al microcosmos,

ga por nada y que se endurezca contra Él. Es el mal peor entre todos los males, que a nadie respeta y a ninguno muestra misericordia, sino que desprecia al hombre y se aparta de su necesidad; ni se alegra con él ni lo induce al bien. Es dura en todo, todo lo desprecia, como se manifiesta en sus palabras, ya vistas. La verdadera Misericordia le responde, y le aconseja para que con benevolencia emplee sus bienes en beneficio de todos."

3.3. La Flojedad de Ánimo⁶⁰

Tenía como una cabeza humana, excepto que su oreja izquierda era como la oreja de la liebre, pero tan grande que cubría toda la cabeza. El resto del cuerpo se asemejaba al cuerpo de un gusano, que carece de huesos y yace metido y enroscado en su agujero, como un infante que está envuelto en sus ropitas. El temblando dijo:

sino ante el hombre que irradia y proyecta su ser en un mundo que tiene en él su sentido, puesto que fue hecho para el hombre.

⁶⁰ Cicerón la da como contraria a la fortaleza, y la vincula a la molicie como condición anímica: "Contraria es la flojedad de ánimo a la fortaleza, a la justicia la injusticia" (2 Invent. 54. 165). Y: "La inercia se halla en aquél no tiene absolutamente capacidad o trabajosa diligencia para actuar de manera esforzada; la flojedad se encuentra en quien puede hacerlo, pero por la blandura de su ánimo no quiere actuar con firmeza; la desidia significa la pereza no sólo del ánimo, sino también del cuerpo" (1 Herenn. 5. 8). La presentación de este vicio en el texto de Hildegarda se encuentra en Liber vite meritorum 1, 9, p. 16-17 y 71, p. 42-43.

⁶² La imagen del gusano remite al profético anuncio del Salmo 21, 7-8: "Pero Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo. Todos los que me ven se burlan de Mí; hacen una mueca con los labios moviendo la cabeza", referido a Cristo, a Quien a tra-

En el Antiguo Testamento la liebre aparece mentada como un animal impuro (Lev. 11, 6 y Deut. 14, 7) que estaba prohibido comer. En el Medioevo, el Diccionario de Símbolos de Hans Biedermann señala significaciones positivas: la liebre blanca a los pies de la Virgen María simboliza la victoria de la castidad sobre la carnalidad; la indefensión del animalito lo hace símbolo de quien tiene puesta toda su confianza en la Divina Providencia. Pero también trae dos significaciones negativas: la cobardía —representada por un hombre armado que huye ante una liebre— y la lujuria —por su disposición al apareamiento y por su fertilidad— (v. Liebre, p. 269); ambas se compadecen en un todo con el texto sobre la Flojedad de Ánimo, y más aún si se contraponen los sentidos mencionados: castidad-lujuria y confianza-cobardía, puesto que ni la castidad ni la confianza son posibles en un ánimo carente de rectitud y que, llevado por su molicie, rehúye el esfuerzo y los trabajos de la perseverancia en toda circunstancia.

PALABRAS DE LA FLOJEDAD DE ÁNIMO. No quiero perjudicar a nadie, para no ser desterrado y encontrarme sin el consuelo de una ayuda. Porque si yo injuriara a otros, perdería mis medios de subsistencia y quedaría sin amigos. Honraré a los nobles y a los ricos, pero no me ocuparé de los santos y de los pobres, porque no pueden reportarme beneficio alguno.

Quiero complacer a cada uno para no perecer. Pues si luchara con alguno, quizá me golpearía; y si dañara a alguien, me devolvería un daño mayor. En tanto esté con los hombres, permaneceré tranquila con ellos; y ya sea que actúen bien o mal, guardaré silencio. Pues a veces es mejor para mí mentir y engañar que decir la verdad; también es mejor adquirir algo que perderlo, y huir de los fuertes que pelear contra ellos. ¿De qué serviría que comenzara lo que no puedo acabar? Los triunfadores y los sabios se ríen de mí; que ellos tengan lo que tienen, pero yo tendré la casa que elegí. Pues a menudo quienes dicen la verdad pierden sus bienes, y quienes pelean a veces pierden la vida."

"EN PARTICULAR SOBRE LA FLOJEDAD DE ÁNIMO, SU ASPECTO, Y QUÉ SIGNIFICA. Esta imagen muestra la Flojedad de Ánimo, que aquí sigue a la Dureza de Corazón como una despreciable y mala condición, como los gusanos deformes que salen de la tierra, multiplicándose. Porque cuando el hombre duro de corazón no busca bien alguno, su ánimo se vuelve pusilánime de manera tal que ya no desea honor ni santidad, sino que permanece como fastidiado y olvidado de toda probidad; tampoco quiere oponerse a los vicios, sino que los atrae hacia sí a causa de su desidia.

Tiene cabeza humana, 64 excepto que su oreja izquierda es como la ore-

vés de la despreciable figura del gusano muestra en Su máxima humillación. Retenemos la afirmación: "no hombre": este vicio deshumaniza al hombre porque lo enajena de lo propio: la clara luz de la inteligencia, la fortaleza del amor, la libertad del albedrío. Tal el hombre que se coloca por debajo de sí mismo, el hombre pecador: gusano, no hombre...

⁶³ La seguridad, el bienestar, la vida misma..., todos los bienes legítimos mencionados por la Flojedad de Ánimo se tornan ilegítimos, y son tan sólo ceniza y vacío cuando son buscados por sí mismos como bienes absolutos, cuando como verdaderos ídolos sustituyen al verdadero Dios.

⁶⁴ La cabeza humana significa la presencia de la racionalidad como condición específica del

ja de la liebre, pero tan grande que cubre toda la cabeza.⁶⁵ Pues los hombres necios, en su insensatez, creen que son honestos; en esa misma insensatez aman la ociosidad y no avizoran ni proveen para sí bien alguno sino que, volviéndose hacia lo malo que han escuchado, cobardemente se dedican a las murmuraciones y a la difamación.

El resto del cuerpo se asemeja al cuerpo de un gusano, que carece de huesos y yace metido y enroscado en su agujero, como un infante que está envuelto en sus ropitas. Esto es que a causa de su vicio, los hombres fastidiados y timoratos vuelcan en sus sórdidos y ocultos placeres—como un gusano inmundo— la confianza que deberían tener en el auxilio de Dios y en la ayuda de los hombres. Entrando en lo oculto de sus pensamientos y enredándose con ellos—de manera tal que no pueden levantarse y elevarse hacia la honestidad de virtud alguna, sino que con apatía permanecen en la torpeza de su negligencia y en la necedad de sus vanidades—, confian más en la debilidad de su carne que en la fortaleza divina, como lo muestra el mismo vicio con sus palabras ya vistas."

3.4. LA IMPIEDAD⁶⁶

hombre; por ello es que a continuación se hace mención de la necedad como negación de la razón operante, esto es, del conocimiento; negación que lleva a la insensatez, al obrar irracional y, por tanto, inhumano. Sin embargo la naturaleza humana está allí y clama, y por eso el hombre quiere creerse honesto, es decir, un hombre de bien. A la insensatez se ha unido la ociosidad, y por eso el hombre, incapaz ahora de bien alguno, ya no puede discernir en función de una elección que honre su libertad, sino que llevado por la ley del menor esfuerzo decide en función de su comodidad que no quiere ser estorbada, y de una imagen que no acepta ver mancillada. Mancillada, porque en la renuncia al esforzado uso de la razón y a los trabajos de la voluntad; en la entrega de su libertad al arbitrio de otros de quienes a modo de retribución espera tan sólo un lábil bienestar sujeto a diversas vicisitudes, en todo ello vulnera gravemente su imagen creacional, la imagen de Dios.

⁶⁵ Cubriendo el oído, la oreja de la liebre ha obstruido la puerta de entrada del conocimiento del bien –recordemos que tanto la cultura antigua cuanto la medieval son culturas principalmente orales–, que hubiera permitido al hombre obrar con rectitud; y éste, con el desinterés de su negligencia, ha abierto la puerta de su corazón al demonio y su malicia, con lo que se cumple aquello de que "de la abundancia del corazón habla la boca".

⁶⁶ Liber vite meritorum 2, 5, p. 76 y 44, p. 95-96.

"Tenía forma de hombre, a excepción de su cabeza que, sobresaliendo de su pecho entre los omóplatos, más se asemejaba a la cabeza de una fiera que a la de un hombre. Tenía ojos grandes y ardientes, y boca como la de un leopardo; de una y otra mandíbula descendía hacia el mentón una línea de color negro como de la pez. De los extremos de su boca colgaba la cabeza de una serpiente, y emitía muchas llamas por su boca. Estaba sobre sus rodillas, el resto del cuerpo erguido. A la manera de las mujeres, había rodeado su cabeza con un velo también negro como la pez, y cubría el resto del cuerpo con una túnica negrísima cuyas mangas pendían vacías, porque había recogido sus brazos en el interior del vestido. Y decía:

PALABRAS DE LA IMPIEDAD. No quiero obedecer ni a Dios, ni al hombre. Pues si obedeciera a otro, me ordenaría hacer lo que considerara provechoso para él y no miraría mi conveniencia, sino que me diría: '¡Vete!' Pero esto no sucederá. Porque si alguien me injuria, le devolveré la ofensa centuplicada, y dispondré mis asuntos de manera tal que nadie osará hacerme frente. No quiero yacer bajo los pies de nadie. Haré cualquier cosa que me produzca utilidad, como lo hace todo aquel que no es tonto. Si Dios quiere que haga lo que Le place, no lo haré a no ser que me acarree algún bien."

"EN PARTICULAR SOBRE LA IMPIEDAD, SU ASPECTO Y QUÉ SIGNIFI-

⁶⁷ En su *Diccionario de los símbolos*, Chevalier y Gheerbrant presentan al leopardo como un animal orgulloso y cruel, poderoso y agresivo. Y recuerdan que es uno de los cuatro animales que en la visión de Daniel (*Dan.* 7) simboliza calamidades de fuerza irresistible sobre la Humanidad. (v. **Leopardo**, p. 639).

⁶⁸ La Piedad, respondiéndole, le dice: "Cuando comenzaste a hacer el mal Dios te arrojó como plomo al infierno, por lo que también te persiguen todas las creaturas. Por consiguiente, ¿dónde está ahora tu poder? En ti hay tinieblas, blasfemias y desprecio. ¿Dónde descansas? En la maledicencia y la difamación. ¿Dónde te alimentas? En la confusión. ¿Dónde está tu morada? Allí donde cada uno está contra el otro, y donde cada uno siempre está como rumiando la infelicidad, y donde, con el malvado derramamiento de sangre, hay un homicidio." (Liber vite meritorum 2, 6, p. 77). Cuando comenzaste a hacer el mal Dios te arrojó como plomo al infierno, por lo que también te persiguen todas las creaturas: es un categórico mentís a la declaración de la Impiedad, dispondré mis asuntos de manera tal que nadie osará hacerme frente. No quiero yacer bajo los pies de nadie.

CA. Esta imagen representa la Impiedad, que avanza después de la Acritud,⁶⁹ porque cuando la acritud se encuentra en el espíritu de los hombres, allí se le une la impiedad, que no perdona ninguno de los inalterables gozos de los bienes de Dios, sino que destroza todos los bienes que puede.

Tiene forma de hombre, excepto que su cabeza, sobresaliendo de su pecho entre sus omóplatos, más se asemeja a la cabeza de una fiera que a la de un hombre: porque reinando sobre los hombres y poniendo de manifiesto su inicio en la naturaleza de su conocimiento, ⁷⁰ tiene a la vista las mordaces costumbres propias de las bestias, pero también engañosas costumbres ocultas bajo la humana apariencia. Pues rehúsa la doctrina verdadera, la bondad, la obediencia y la sumisión que están en Dios, y en todo carece de la belleza de la justicia.

Tiene ojos grandes y ardientes, y boca como la de un leopardo: porque mostrando en su mirada una gran dureza y ardiente furor, todo lo que puede destroza y esparce. No quiere gracia ni misericordia, no discierne la sabiduría, sino que dondequiera que fuere procura conculcar a los santos y a los justos.

De una y otra mandíbula desciende hacia el mentón una línea de color negro como la pez, porque tanto en la mordacidad de su cólera cuanto en la de su obra tiene la tenacidad de su crudelísima y pésima voluntad, que también se encamina hacia la insensatez: pues sin el honor de Dios está en la ilusión del engaño.

De los extremos de su boca cuelga la cabeza de una serpiente, pues en su desprecio a Dios y al hombre no pone fin a su mordacidad, sino que siempre se mueve avanzando hacia nuevos comienzos, al modo de las ser-

⁶⁹ La Acritud es el vicio que le antecede, en la obra de Hildegarda.

⁷⁰ El inicio de la Impiedad está en su peculiar conocimiento, el conocimiento del diablo. Lucifer tuvo —de algún modo— la ciencia del bien y del mal, pero no su sabiduría, ya que no podrá
jamás gustar del bien y elegirlo. En el Nuevo Testamento el apóstol Pedro dice: "Pues si Dios
no perdonó a los ángeles que pecaron [...]" (2 Pedr. 2, 4), abundando los textos que dan a entender el carácter definitivo e irrevocable de la caída, del pecado del ángel. Porque en el pecado del ángel no se trata de un error de la inteligencia, de una ignorancia suya, sino de una voluntad perversa, de una elección y una decisión absolutamente libres, incluso por la lucidez de
su conocimiento... El conocimiento del diablo o, más bien, su ignorancia, que no obedece a la
falta de inteligencia, sino a una torpeza maliciosa e inicua, que no sabe a Dios porque no quiere honrarlo como a Único, y Creador omnipotente.

pientes; y emite muchas llamas por su boca, ya que arroja a los hombres los ardientes dardos de sus palabras, mientras de todas formas los enfurece.

Está sobre sus rodillas, el resto del cuerpo erguido: esto significa que se inclina y rinde su fuerza ante el culto de los ídolos, ⁷¹ porque hace que los hombres, endureciéndose en su impiedad, sean semejantes a los idólatras. También a éstos engaña de manera tal que creen que son justos y que cultivan la justicia. ⁷²

A la manera de las mujeres, rodea su cabeza con un velo también negro como la pez, porque en su dureza sujeta y aprisiona el espíritu de los hombres con la oscura y persistente sombra de la liviandad; ⁷³ y cubre el resto del cuerpo con una túnica negrísima, pues se reviste con el error de una crudelísima maldad, por lo que carece del luminoso esplendor de la vida; cuyas mangas penden vacías, porque ha recogido sus brazos en el interior del vestido, ⁷⁴ lo que significa que sus obras no tienen utilidad alguna, sino que dejada de lado su fuerza, a ningún hombre se muestran como un bien, como el mismo vicio lo declara con sus palabras, según se ha dicho."

3.5. La Mentira⁷⁵

"Estaba rodeada por tinieblas tan densas que no podía discernir en ella

⁷¹ La Impiedad disminuye la fuerza con la que se oponía a Dios, a fin de hacer lugar al culto tributado a los ídolos, con lo que engaña al hombre doblemente: alejándolo del Dios verdadero al que descalifica y deshonra, y haciéndole creer que tiene uno en el falso dios al que adora.
⁷² La justicia a la que se refiere es, precisamente, la que consiste en tributar a Dios el honor que Le es debido, y el debido culto. El idólatra cree cumplir dicha justicia, cuando en realidad está cayendo en la suprema injusticia: la de quitar a Dios honra y culto —desconociéndolo como tal— y dárselos a sus creaturas, incluso a las obras de sus manos, con lo que a la impiedad une su gran necedad.

⁷³ A un planteo religioso serio, y de profunda incidencia en la vida personal, se contrapone la liviandad y la superficialidad de la consideración idolátrica, cuyos dioses son hechos a imagen y semejanza del hombre, dios hacedor de los dioses, sus creaturas.

y semejanza del hombre, dios hacedor de los dioses, sus creaturas.

74 Es el gesto de quien no quiere, de quien se niega a actuar; es la actitud —y la figura— que bien puede contraponerse a la de Cristo con Sus brazos abiertos, extendidos sobre la cruz, en la actuación suprema de Su amor.

⁷⁵ Liber vite meritorum 2, 7, p. 77-78 y 45, p. 96-97.

ninguno de sus miembros. En aquella oscuridad apenas podía distinguir una figura humana deforme y monstruosa. Estaba de pie sobre algo como una espuma seca, dura y negra, que emitía llamas de fuego abundante. Y dijo:

PALABRAS DE LA MENTIRA. ¿Quién hay que pueda decirlo todo con verdad? Si verazmente dijera y reconociera a otros su buena fortuna, ésta me perjudicaría, pues la elevación de otro es mi caída; por lo que pondré en mi boca palabras que son sólo viento, ⁷⁶ las cuales me procurarán honor: y así lo que no puedo tener en una parte, lo demandaré en otra. Porque si yo fuera veraz, me quedaría sin un entorno para todas mis exigencias. Cuando me ocupo de un asunto mío, fabulo los que me son ajenos, y así podré decir lo que quiera. Pues muchas personas sinceras son tan inamovibles en la verdad que, como si estuvieran atadas a un poste, no pueden moverse de ella; solamente proclaman esto que ven y oyen, por lo que muchos de ellos se vuelven pobres, indigentes y desterrados.

Pero lo que yo busco, valiéndome de la mentira lo encuentro. Porque cuando quiero ser más noble y rica que otros, entonces con mis palabras me muestro más noble y rica que ellos; y esto es para mí mejor que estar atada a un árbol. También a menudo digo lo que ni veo ni oigo, y así me evito muchos males, y me abro camino a través de muchísimos más. Pues si mi hablar fuera de una única manera, coherente, todos me rechazarían; por eso multiplico mis discursos, mis maneras de expresarme, para no ser superado por ninguno, y esto me es más provechoso que ser golpeada con bastones y espadas.⁷⁷ Porque jamás hallé a quienes fueran nobles y ricos sin este trabajo mío."

"EN PARTICULAR SOBRE LA MENTIRA, SU ASPECTO Y QUÉ SIGNIFI-CA. Esta imagen significa la Mentira, que aquí acompaña a la Impiedad, por-

⁷⁶ "palabras que son sólo viento", es decir, palabras sin contenido, sin entidad alguna: sin verdad. Esta frase se conecta con otra que viene poco después: "imagino los que me son ajenos, y así podré decir lo que quiera", donde el contenido de la locución es una fantasía sin asidero en la realidad, una construcción mentirosa que depende, como tal, de la voluntad de quien la profiere, y para sus fines.

⁷⁷ La alusión es a los juegos de poder, en los que muchas veces la verdad ocasiona la pérdida del favor político a quien la profesa y defiende.

que cuando un hombre es impío, se aproxima a la mentira, y rechazando la verdad fabrica con empeño todas y cada una de sus mentiras. Está rodeada por tinieblas tan densas que no puedes discernir en ella ninguno de sus miembros, porque se ha cebado en la infidelidad, y de ninguna manera tiene en sí la rectitud de las buenas obras, ya que no se encuentra en ella probidad alguna, sino que tan sólo abundan en ella las tinieblas de la muerte.

En aquellas tinieblas apenas puedes distinguir en dicha imagen una figura humana deforme y monstruosa. Esto es que, careciendo de la belleza de la verdad y del ornato de la justicia en todas sus palabras y en todas sus acciones, camina no en la integridad sino solamente en las tinieblas de la muerte, de manera tal que a veces está segura de sus caminos, y otras veces camina en la incertidumbre. Porque en ella no se encuentra la diligencia del amor en el que se ve a Dios, sino el engaño mentiroso y sin fruto que lleva a cabo asiduamente en los hombres, a través de los hombres.

Está de pie sobre algo como una espuma seca, dura y negra, que emite llamas de fuego abundante: porque la mentira, cimentada sobre la ilusión de palabras que no tienen fuerza alguna, sin la fecunda lozanía de la justicia se muestra árida, y dura sin la suavidad de la benevolencia, y negra sin la claridad de las virtudes. Pues en ella no hay serenidad alguna, sino la llama de la ira que profiere muchísimas injurias, como también se ha visto antes en su

⁷⁸ Y la primera gran mentira, en este punto, suele ser la negación misma del problema, que no proviene de la ignorancia del mismo, sino de la voluntad que no quiere admitirlo. Tras esta negación se esconde a menudo la ilusión de la propia imagen, la no aceptación de la realidad de sí mismo y la falta de humildad para pedir ayuda. Es el inicio de una serie de mentiras más, que se unen a otros pecados como ser el robo, la ira, la agresión, y a situaciones como el descuido de las propias obligaciones, la pérdida del trabajo, el abandono de la familia y a veces, como tan dolorosamente lo comprobamos a diario, el riesgo de la propia vida o el asesinato, al volante o con otras armas. Y siempre, en medio de una maraña de mentiras.

⁷⁹ En las palabras de la serpiente: "De ninguna manera moriréis. Pues Dios sabe que el día en que comáis de él [el árbol que está en el medio del Paraíso] se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal", está condensada la historia misma del ángel caído quien, deslumbrado por su propia perfección, quiso hacerse como Dios, quiso ser él mismo Dios, y en su infidelidad murió para la vida en la que había sido creado, la vida en Dios, Verdad y Bien, felicidad eterna. Así conoció el ángel, protagonizándola, no sólo la mentira de sí mismo que él había forjado sino también toda mentira: es el padre de la mentira, con la que engañó a Eva, y ésta a Adán, y de ahí en más...

discurso."

3.6. LA DESMESURA⁸⁰

"Era como un lobo⁸¹ que yacía echado sobre sus pies, con las patas dobladas; miraba a su alrededor, para devorar todo lo que pudiera arrebatar. Y decía:

PALABRAS DE LA DESMESURA. Yo me apoderaré de cualquier cosa que desee, lo haré siempre y no me abstendré de nada. ¿Y por qué privarme de algo, cuando ninguna retribución tendría por ello? ¿Cómo renunciar a lo que soy, cuando cada especie procede según lo que le es propio? Si de esta manera viviera, que apenas pudiera respirar, ¿qué vida sería entonces la mía? Haré todo aquello que me proporcione diversión y risas. Cuando mi corazón se alegra, ¿por qué sujetarlo? Y cuando mis venas rebosan de placer, ¿por qué restringirlas? Y cuando sé hablar, ¿por qué callar? Pues todo movimiento de mi cuerpo me es saludable, y yo actúo de acuerdo a como he sido creada. ¿Por qué habría de transformarme en algo diferente de lo que soy? Cada creatura crece de acuerdo con su naturaleza, y actúa según lo que le conviene; así también lo haré."

"EN PARTICULAR SOBRE LA DESMESURA, SU ASPECTO Y QUÉ SIGNI-FICA. Esta imagen designa la Desmesura, que convenientemente acompaña a

⁸⁰ Liber vite meritorum 2, 13, p. 80-81 y 49, p. 100.

La imagen del lobo, dentro del Cristianismo, remite a las vivencias del pueblo de Israel, para quien el lobo era tan sólo una cosa: el enemigo de sus ovejas, el asesino de sus corderos, el mal del que había que huir, o enfrentándolo combatir. Las palabras de Jesús no dejan dudas al respecto: "Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas como propias, ve venir al lobo y abandona las ovejas, huye, y el lobo las arrebata y las dispersa." (*Juan* 10, 11-12) Dispersión que implica soledad, abandono, vulnerabilidad y, finalmente, destrucción, muerte: lo opuesto, precisamente, a unidad, comunión, vida. Por otra parte y en la *Physica*, Hildegarda nos dice que "el lobo siempre está al acecho del hombre y gustosamente lo destrozaría si pudiera, aunque no estuviera hambriento." (*Physica* 1326C).

la Infelicidad:⁸² porque cuando el hombre se rebela contra los bienes de Dios, al punto la desmesura se multiplica y se extiende en cualquier cosa en la que considera que puede establecerse. Pero tampoco allí prevalecerá, ya que lo que es contra Dios no se asentará, sino que irá a su destrucción.

La séptima imagen es como un lobo, porque está sin discernimiento por la rabia del engaño y por la penosa sucesión de todos los males; yace echado sobre sus pies, con las patas dobladas; mira a su alrededor, para devorar todo lo que puede arrebatar, pues inclinada por su propia fuerza hacia todo lo peor, se empeña en los caminos pésimos de su propia voluntad; y examina todo lo que es vano y frívolo para reunirlo junto a sí, a fin de arruinar mediante esas vanidades todo el decoro del recto gobierno de sí mismo y aniquilarlo, y para persistir en el placer de su caprichoso deseo, ⁸³ como lo demuestra también con sus palabras. A lo que se responde por el verdadero Discernimiento, que advierte a los hombres para que guarden la medida conveniente en todas las cosas."

3.7. LA SOBERBIA⁸⁴

"Tenía rostro como de mujer, cuyos ojos eran como de fuego, la nariz estaba sucia con barro y su boca, cerrada. Carecía de brazos y de manos, pero en uno y otro hombro tenía alas semejantes a las alas del murciélago; 85 el

⁸² La Infelicidad es el vicio que le antecede, en la obra de Hildegarda.

⁸³ La Desmesura torna irracional y fáustico el apetito de la propia excelencia, que no reconoce límites. Pierde así el hombre la noción de su creatureidad y, al igual que lo hiciera el que siendo "portador de la luz" (*Lucifer*) olvidó que la había recibido del Sol, quiere el hombre en su soberbia detentar poder absoluto –poder alimentado por el afán de las riquezas que lo sustentan— y recibir la totalidad de la honra, vanagloria que no se cimenta en la perfección de aquel a quien se tributa, sino en el temor de quien la tributa.

⁸⁴ Liber vite meritorum 3, 3, p. 125 y 34, p. 141-143.

⁸⁵ En su *Diccionario de los símbolos*, Chevalier y Gheerbrant hacen del murciélago un símbolo de la envidia, porque despliega su actividad en las sombras de la noche (v. **Murciélago**, p. 736-38). Hildegarda, quien pone a la Soberbia las alas del murciélago, dice que vuela de noche, a la hora en que los espíritus del aire —espíritus malignos— acechan a los hombres mientras duermen. (*Physica* 6, 61, PL 197, 1308C) Chevalier y Gheerbrant subrayan en el murciélago su imposibilidad de la luz y su vuelo bajo e incierto, como también su apariencia repug-

ala derecha se desplegaba hacia el este, y la izquierda hacia el oeste. Tenía pecho de hombre, en el que se insertaban piernas y pies como las piernas y los pies de la langosta; ⁸⁶ pero carecía de vientre y de espalda. No vi cubiertos la cabeza y el resto del cuerpo por cabellos ni por ropaje alguno, pero estaba totalmente inmersa en las tinieblas mencionadas, a excepción de un delgadísimo hilo que, como un círculo dorado, se extendía sobre una y otra mejilla, desde la coronilla hasta debajo del mentón. Y esta imagen dijo:

PALABRAS DE LA SOBERBIA. Elevo mi voz sobre los montes: ¿quién hay que se me asemeje? Sobre colinas y valles extiendo mi manto, y no quiero que nadie triunfe sobre mí. Sé que nadie me iguala."87

"EN PARTICULAR SOBRE LA SOBERBIA, SU ASPECTO, Y QUÉ SIGNIFI-CA. La Soberbia es el inicio de todos los vicios y la materia y la madre de todos los males: porque arrojó al ángel del cielo y expulsó al hombre del paraíso, y a las almas que desean retornar a la vida mediante sus buenas obras les pone insidias al término de esas mismas obras, para quitarles la recompensa celestial. Pues a menudo el hombre se engríe por sus buenas acciones, y así es despojado de la feliz recompensa a causa de la soberbia.⁸⁸

nante; la abadesa de Bingen llama la atención sobre las alas, que en el texto asumen el valor de un manto. Estas consideraciones: la ceguera, el vuelo bajo e inseguro, la apariencia repugnante y el hecho de que con las alas de ese vuelo pretenda abarcar el mundo, confluyen para contrastar la ridícula pretensión de la soberbia, expresada en sus palabras.

⁸⁶ La langosta ha sido considerada en todo momento como una imagen de devastación. En el Antiguo Testamento hace una de sus más importantes apariciones en la octava plaga con que Dios azotó a Egipto, destruyendo todas sus cosechas, para lograr la liberación del pueblo de Israel (Éx. 10, 12-19); en el Nuevo Testamento, es la plaga anunciada por la quinta trompeta del *Apocalipsis*, pero esta plaga no tocará los campos sino que atormentará, exclusivamente, a los hombres (*Apoc.* 9, 1-11).

⁸⁷ La Soberbia es el apetito desordenado de la propia excelencia y, de manera implícita o explícita, en detrimento y hasta negación del reconocimiento y alabanza de la excelencia de Dios, en cualquier ámbito en el que la soberbia se manifieste: "El inicio de la soberbia del hombre es el apartarse de Dios; porque su corazón se aleja de Quien lo creó, porque el inicio de todo pecado es la soberbia." (*Eclo.* 10, 14-15).

⁸⁸ La antítesis de esta actitud es la que recomienda Jesús en *Luc*. 17, 10: "Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os fue mandado, decid. Siervos inútiles somos; hicimos lo que debíamos hacer."

La cual imagen tenía rostro como de mujer: porque mudó en necedad toda la voluntad del primer ángel que se precipitó desde el cielo, necedad con la cual también arrojó del paraíso a la primera mujer, como también ahora suele poner fuera de sí a los hombres con su tortuosa seducción. 89

Sus ojos son como de fuego, pues su intención arde en su malicia; la nariz está sucia con barro porque careciendo de discernimiento se ensucia con su insensatez; ⁹⁰ y su boca está cerrada, ya que no ama la rectitud en las palabras, sino que en su corazón niega a Dios y a todo lo que es bueno.

Carece de brazos y de manos, porque su fuerza y sus obras no tienen vida sino muerte; ⁹¹ y en uno y otro hombro tiene alas semejantes a las alas del murciélago, ya que tanto en los asuntos celestiales como en los terrenales falazmente prepara para sí como una defensa imperial, porque no se une al recto vuelo de la justicia sino a una confianza engañosa y oscura como la

⁸⁹ Como mujer se personifica a la Sabiduría y a su contraria, la Necedad (*Prov.* 14, 1). En cuanto a la seducción de la necedad en la figura de la mujer, y su efecto sobre el hombre, véase *Ecl.* 26-27.

⁹⁰ En Liber divinorum operum Hildegarda atribuye a la nariz el discernimiento y, a partir de allí, la sabiduría: "En la nariz se manifiesta la sabiduría, que es la perfumada disposición de todas las ciencias o conocimientos, de manera tal que el hombre conozca por su aroma la ordenación de la sabiduría. Pues el olfato se extiende hacia todas las cosas atrayéndolas a fin de saber qué son, y cómo son." (Ibíd. 1, 4, 105, p. 250). En la base de esta concepción está la tarea que la abadesa atribuye a cada sentido: "Dios ha consolidado y fortalecido al hombre con las energías de todas las creaturas [...], para que por medio de la vista conozca a las creaturas, las comprenda por el oído, las distinga por el olfato, gracias al gusto sea alimentado por ellas y las domine por el tacto" (Ibíd., 1, 4, 97, p. 231). A la capacidad del olfato, de distinguir o discernir, el texto anterior añade la nota del buen aroma o perfume, que hacen referencia al objeto formal propio y adecuado del sentido, según leemos en un texto de Hugo de San Víctor: "Tiene el incienso su aroma, tienen su olor los ungüentos, tienen los rosedales su perfume, tienen las zarzas, los prados, los desiertos, los bosques, las flores su aroma, y todos los que ofrecen suave fragancia y emanan dulces olores complacen al olfato y para su deleite fueron creados." (HUGO DE SAN VÍCTOR. Eruditio didascalica (Exposición didáctica del saber). Libro VII, cap. XIII: Las cualidades de los seres sensibles, PL 176, 0821D). Por donde se ve cómo la nariz sucia de barro no puede discernir, carece de sabiduría y cae en la insensatez.

⁹¹ Recordamos que en la pintura que ilustra la visión de *Scivias* 2, 1—que narra la caída original—, las manos de Adán no aparecen, significando así que el primer hombre no quiso poner en práctica, con la obra de sus manos y de su vida, la Verdad que había conocido. Y sobrevino la muerte...

noche. ⁹² El ala derecha se despliega hacia el este, y la izquierda hacia el oeste: ya que en los asuntos del cielo se opone a Dios, pero en los de la tierra corre hacia el diablo.

Tiene pecho de hombre, pues su corazón siempre está como ensanchado por una gran vanidad; en el pecho se insertan piernas y pies como las piernas y los pies de la langosta, porque en esa misma hinchazón y vanagloriándose de su ejemplo frívolo e inestable, exhibe el cambiante fundamento de sus pasos; pero carece de vientre y de espalda, ya que ofrece pasturas sin utilidad alguna, y a nadie brinda la fortaleza de algún refuerzo con la que pudiera perseverar en el bien.

No ves cubiertos la cabeza y el resto del cuerpo por cabellos ni por ropaje alguno: esto es que la soberbia avanza necia y desnuda en su espíritu y en sus obras, sin la cabellera de la prudencia y sin la vestidura de la salvación, como se te muestra; pero está totalmente inmersa en las tinieblas mencionadas, porque de todas las maneras posibles yace en la perversidad de la infidelidad; a excepción de un delgadísimo hilo que, como un círculo dorado, se extiende sobre una y otra mejilla, desde la coronilla hasta debajo del mentón: pues no manifiesta ningún honor ni dilección alguna, sino solamente desprecio hacia aquel que conoce a Dios, Quien conoce y abraza todas las cosas. Y esto ha exteriorizado de manera casi superficial desde el inicio de

⁹² Al Dr. Javier González debo la sugerencia de considerar estas alas de murciélago de la Soberbia como una alusión —invertida y satánica— a las alas del águila imperial romana, emblema familiar en el Medioevo, y vigente en el Sacro Imperio Romano Germánico. Las alas del murciélago serían un falaz, nocturno remedo de las alas del águila, signo éstas de un poder legítimo, justo y bienhechor, en tanto aquéllas, finalmente, nada defienden. Por otra parte, también se hace aquí presente la contraposición luz-tinieblas: porque el águila es el ave que, según los bestiarios medievales, levanta vuelo elevándose hacia el sol, al que mira directamente, y ha sido considerada símbolo de Cristo, Quien luego de su ascensión ve al Padre cara a cara; el murciélago, por el contrario, vive en las tinieblas de la noche porque no soporta la luz, como tampoco la tolera el demonio, quien en la iconografía muchas veces es representado con alas de murciélago. Finalmente, no está de más recordar que la soberbia fue, precisamente, el pecado de Lucifer, y que el engaño fue y es su modo de presentación ante el hombre....

⁹³ Porque la Soberbia se pone a sí misma como valor supremo y absoluto, su único punto de referencia, su única "estabilidad" es ella misma; de ahí que todos sus caminos varíen de acuerdo con lo que, en cada situación, se presenta como el término de comparación frente al cual debe seguir afirmándose.

su insolencia hasta aquella insensatez por la que, rechinando los dientes y mordiendo se enfrentó a Dios, sobre Quien no pudo prevalecer.⁹⁴

Pero así como entonces cayó vergonzosamente abatida, así también ahora, cuanto más alto se eleva en el espíritu y en las acciones de los hombres necios, tanto más hondo los arrastra consigo hacia las profundidades del abismo. Y no quiere que nadie se le parezca, como se ha mostrado más arriba."

3.8. La Vanagloria⁹⁵

"Tenía figura humana, excepto porque sus manos estaban cubiertas de pelo, y las piernas y los pies se asemejaban a las piernas y los pies de una grulla. En su cabeza llevaba un gorro hecho de manojos de hierbas, y vestía un ropaje negro. En su mano derecha tenía una ramita verde, y en la izquierda unas flores que contemplaba con gran cuidado. Y dijo:

PALABRAS DE LA VANAGLORIA. Yo examino diligentemente todas las causas y soy mi propio testigo, ya que por mi integridad puedo abarcarlas y comprenderlas bien. Lo que veo y lo que sé, ¿cómo podría faltar a la honestidad en ello? También confío en mi posibilidad de volar a través de aldeas y

⁹⁴ La Soberbia y la consiguiente necedad del hombre no son otra cosa que una pobre imitación de la insensata desmesura del demonio en su enfrentamiento con la verdad de sus límites: "Cuando la soberbia henchida de aire crece en ti, quieres elevarte por encima de los astros, de las demás creaturas y de los ángeles, quienes en todas las cosas cumplen los mandatos de Dios. Pero caerás, como también cayó aquel que opuso la mentira a la verdad." (*Scivias* 1, 4, 10, p. 73).

⁹⁵ Liber vite meritorum 3, 7, p. 128 y 37, p. 145-146.

⁹⁶ La grulla es una hermosa ave migratoria, de alto vuelo, a la que acompaña una serie de leyendas que, en los Bestiarios, configura una simbología generalmente positiva. No es fácil, por consiguiente, interpretar los motivos de Hildegarda para colocarla en esta imagen de la vanagloria. Sin embargo, en el *Diccionario de Símbolos* de Biedermann encontramos una frase que tal vez nos proporcione una clave: "La grulla, al elevarse hacia el sol, expresa el deseo de ascenso social" (v. Grulla, p. 217). Y Chevalier y Gheerbrant, junto a las interpretaciones favorables, nos dice que en Occidente suele ser símbolo de necedad y de torpeza, por su costumbre de apoyarse en una sola pata. (*Diccionario de los símbolos*, v. Grulla, p. 543-44).

de plazas, como los pájaros que viven en las forestas y que cantan cuando quieren. Yo quiero aprender su canto y cantar como ellos, y lo uniré al sentir humano; y pondré en práctica las costumbres de las cortes de los animales⁹⁷ con la graciosa belleza de las jovencitas. Todas mis cosas las dispongo de modo tal que todos cuantos me vean se regocijen en ellas, y que todos los que me oigan me honren por ellas, de manera que también todos se admiren por mi probidad. Pues yo soy cítara con los pájaros, cortesana con las bestias y sabia con los hombres; acojo toda alegría con regocijo digno de alabanza. Y una vez hecho esto, ¿quién puede asemejárseme?⁹⁸ Si yo no investigara, nada encontraría, y si no pidiera, nada me sería dado: pues no hay prosperidad para mí, a no ser la que adquiera gracias a mi sabiduría y mi integridad. No tomo en cuenta si a alguien resulta molesto y gravoso que yo sea sabia y proba, sino que quiero tener mi propia gloria. ¿Por qué esto molestaría a Dios, cuando así he sido creada?"

EN PARTICULAR SOBRE LA VANAGLORIA, SU ASPECTO, Y QUÉ SIGNI-FICA. Esta imagen significa la Vanagloria, que aquí viene después de la Envidia, 99 porque es su compañera a causa de la incesante variación de los bienes ajenos: pues los hombres, cuando envidian el éxito de los otros, desean esa gloria para sí mismos. 100

⁹⁷ Muy posiblemente se refiera a las costumbres y maneras propias de los animales, carentes del decoro –tomado este concepto en su sentido más abarcador– que conviene a la conducta humana. De allí, y en la continuidad del texto, la intención de disfrazar la grosería propia de las bestias "con la graciosa belleza de las jovencitas". Las cortes de los animales es una expresión que remite al esópico mundo de la fábula, recurso siempre válido como alegoría del mundo humano, usada con una intención moralizante.

⁹⁸ En su discurso, la Vanagloria toca todos los aspectos que configuran su presentación al mundo, para su aplauso. Así desfilan sabiduría y probidad, ubicación social y poder, la gracia de las artes y el encanto social, alegría y placer. Dueña de una excelencia tal que no hay otra que la iguale –y que según afirma a continuación, ha obtenido por su propio esfuerzo y méritos–, la vanagloria reclama para sí la admiración y la gloria. La pintura es perfecta; podría llamarse "El exhibicionismo de la frivolidad", y seguramente la encontraremos colgada, a modo de espejo, en muchas paredes de nuestro mundo.

⁹⁹ La Envidia es el vicio que le antecede, en la obra de Hildegarda.

La gloria que el envidioso desea para sí no está dada por la estable posesión de un valor estable, sino por la deseada apropiación de los éxitos ajenos, con las variaciones que un tal parámetro supone.

Tiene figura humana, porque se encuentra en los deseos y en la codicia de la carne; 101 excepto porque sus manos están cubiertas de pelo, ya que convierte en actos bestiales las obras que de acuerdo a la racionalidad debería orientar hacia el entendimiento humano; y las piernas y los pies se asemejan a las piernas y los pies de una grulla, porque tendiendo—por las propuestas del diablo, como por sus piernas— hacia una opción frívola e inconsistente, funda sus pasos en la inconstancia, por lo que graba en los hombres que la imitan una excelsitud hueca, sin la firmeza de los buenos caminos, y que más se parece a la necia irracionalidad que a la recta y verdadera prudencia. 102

En su cabeza lleva un gorro hecho de manojos de hierbas: porque los hombres que siguen la vanagloria aman en su espíritu los honores terrenales y caducos, que en un momento reverdecen y muy rápidamente se secan, como las hierbas.

Viste un ropaje negro, pues este vicio no habita en la vida sino que está rodeado por las tinieblas de la infidelidad, en la destrucción de la muerte. 103

los Recordemos que "carne" no significa sólo lo corpóreo, sino más bien la consideración exclusiva del "sí mismo" en el mundo, con exclusión de toda otra persona estimada como tal, ya que queda convertida, por tanto, en objeto de uso. Toda otra persona: Dios, y el prójimo... Por eso enumera San Pablo las que llama "obras de la carne", y entre ellas encontramos algunas que, en el sentir cotidiano, hubiéramos tenido como del espíritu: "Pero las obras de la carne son manifiestas: fornicación, impureza, obscenidad, lujuria, idolatría, hechicería, enemistades, enfrentamientos, rivalidades, ira, riñas, discordia, divisiones, envidia, homicidios, ebriedad, orgías y otras similares a éstas. [...] Fruto del Espíritu es el annor, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fidelidad, la modestia, la templanza, la castidad." (Gál. 5, 19-23) Finalmente, y en la Carta a los Efesios, da forma más explícita y profunda a lo dicho anteriormente, con una importante variación en la exposición: "Porque para nosotros la lucha no es contra la carne y la sangre sino contra los príncipes y las potestades, contra quienes gobiernan este mundo de tinieblas, contra los espíritus de la maldad en los cielos." (Ef. 6, 12). Queda con esto, creemos, un poco más perfilado el sentido de los términos. En cuanto a la relación de la "carne" con la vanagloria, véase supra, nota 52.

¹⁰² Es la opción por el éxito antes que por la excelencia, la opción por el dudoso mérito de un aplauso efimero en lugar del reconocimiento de la virtud. Y cuando un éxito, cuando un aplauso se agota, la vanagloria busca otra novedad que lo suscite, y luego otra, y otra... La inconstancia, la falta de solidez, la frivolidad, la insensatez.

La Vanagloria engaña al hombre y lo induce a la idolatría de su propia voluntad y a la infidelidad hacia su Dios, distorsiona su visión del mundo que ya no se le aparece como don divino sino como posesión suya a ultranza, y le dificulta gravísimamente el conocimiento de su

En su mano derecha tiene una ramita verde, y en la izquierda unas flores que contempla con gran cuidado. Esto significa que los hombres que fingen una gloria vana muestran jactanciosamente y con frivolidad las obras espirituales, como si ellos mismos poseyeran lozana fecundidad en los asuntos celestiales. Pero a veces y a causa del favor del mundo, muestran las obras terrenales, como si en ellas florecieran por su probidad; y ponen en esto todo su esfuerzo, porque debido a su vanidosa jactancia desean ser glorificados en todas sus obras, como lo declara el mismo vicio en su discurso."

3.9. LA INFIDELIDAD¹⁰⁴

"Tenía figura de hombre a excepción de la cabeza, y desde las rodillas hasta la planta de los pies estaba sumergida en las tinieblas mencionadas. En su cabeza no apareció forma alguna, a no ser porque estaba llena de negrísimos ojos por todas partes, entre los cuales había un ojo como en su frente, que de cuando en cuando se encendía como fuego ardiente. Tenía colocada su mano derecha sobre su pecho, pero en la izquierda llevaba un bastón y se había envuelto en un manto de color negro. Y dijo:

PALABRAS DE LA INFIDELIDAD. Yo no conozco otra vida que ésta que veo y toco, que puedo palpar. ¿Qué recompensa podría darme una vida de la que no tengo certeza? Pero de ésta digo: Es, o no es. Y así, preguntando y buscando, viendo, escuchando y conociendo, nada encuentro sobre la otra. Porque si a través de la manifestación de una creatura viera algo que me resulta provechoso, ¿qué daño podría hacerme? Mas yo no voy por ningún camino ni vuelo hacia ciencia alguna, a no ser camino y ciencia que conozco bien. ¹⁰⁵ Pues cuando quiero volar sobre las alas de los vientos soy derribada

tan endeble situación, condición necesaria para salir de la misma.

¹⁰⁴ Liber vite meritorum 3, 11, p. 131-132 y 39, p. 147-148.

¹⁰⁵ No es ésta una actitud propia de la prudencia, sino de la soberbia de quien no admite la fe en el conocimiento que otro posee y que él no tiene, la falta de la confianza en la veracidad y la buena intención del otro, la estrechez de quien sólo acepta un modo de conocimiento: el propio. Esta actitud conduce, finalmente, a la idolatría de sí mismo o bien, si queremos recordar un momento de la historia de la Humanidad, al encumbramiento de la Diosa Razón de la

a tierra; o cuando pregunto al sol y a la luna qué debería hacer, poco me responden; y cuando oigo algún sonido, no sé si me favorece o si me daña, porque no sé pronosticar: esto que veo, esto conozco. ¹⁰⁶ Oigo también muchos rumores, muchas conversaciones y muchas doctrinas que ignoro. Por lo que haré todo aquello que fuere de óptimo provecho para mí. ¹⁰⁷

"EN PARTICULAR SOBRE LA INFIDELIDAD, SU ASPECTO, Y QUÉ SIG-NIFICA. Esta imagen muestra a la Infidelidad, que viene aquí detrás de la Desobediencia, ¹⁰⁸ porque cuando los hombres escogieron aquel vicio, llegarán a la infidelidad de manera tal que negarán a Dios.

Tiene figura de hombre a excepción de la cabeza, ya que sabe que Dios existe, y sin embargo rehúsa tributarle dignamente culto, pues en su espíritu, vuelto hacia la incredulidad, carece del recto comienzo por el que puede conocer a Dios en virtud de la fe. 109

Revolución Francesa.

¹⁰⁶ La Naturaleza es un libro en el que, como lo celebra el Salmo 18, 1-4, "los cielos narran la gloria de Dios y el firmamento proclama las obras de Sus manos", donde "cada día transmite al siguiente la Palabra, y una noche la da a conocer a la otra", y en el que las creaturas todas "no son palabras ni discursos cuya voz no pueda percibirse". La infidelidad no escucha la voz del sol y de la luna, ni puede reconocer los signos de los tiempos; en su rechazo de la fe, no ve la Luz ni ove la Palabra.

¹⁰⁷ El discurso de la Infidelidad comienza con un planteo desde el conocimiento o, más bien, desde su ignorancia; y finaliza con la afirmación de su voluntad soberana, que expone como siguiéndose del haber buscado y no haber encontrado. Pero su malicia —a la que Hildegarda llama "el engaño del diablo" queda al descubierto: porque señalando en primer término la mano puesta en el pecho subraya la voluntad de negar la justicia, esto es, a Dios; y sólo después apunta al pensamiento, cuyos ojos han sido cegados por la voluntad de no ver. Es oportuno recordar aquí la exhortación de Jesús a Tomás, cuando luego de resucitado se le aparece con Sus llagas y la herida de Su costado, para satisfacer la demanda del azorado discípulo (Juan 20, 27). El texto latino, literalmente dice: Et noli fieri incredulus sed fidelis, es decir: "Y no quieras ser incrédulo, sino fiel." No dice: "No seas", sino "No quieras ser", dando a la voluntad el papel de motor de la acción, y a la persona toda su responsabilidad. Y, consecuentemente, no dice "sino creyente", que sería un acto del entendimiento, sino "fiel", que lo es de la voluntad, a la que pertenece la fidelidad.

¹⁰⁸ La Desobediencia es el vicio que le antecede, en la obra de Hildegarda.

^{109 &}quot;Sabe que Dios existe" pero le niega el reconocimiento de Su señorio y por lo tanto se niega a actuar en la obediencia a Dios, el Señor. Por eso "carece del recto comienzo", porque hay allí una voluntad perversa que, subvirtiendo el orden debido, se pone a sí misma por encima

Desde las rodillas hasta la planta de los pies está sumergida en las tinieblas mencionadas: porque ni se muestra inclinada hacia la verdadera fe, ni camina en la fe verdadera, sino que permanece inmóvil en las tinieblas de la infidelidad mientras ignora completamente a Dios, de palabra y de obra.¹¹⁰

En su cabeza no aparece forma alguna, a no ser porque está llena de negrísimos ojos por todas partes, entre los cuales hay un ojo como en su frente, que de cuando en cuando se enciende como fuego ardiente: porque en su espíritu no hay prudencia alguna, sino la necedad de la ciencia humana. Por eso con las oscuras miradas de su intención más íntima revela, a través de la infidelidad, su plena y total incredulidad, cuando mirando a su alrededor en todas direcciones atrae hacia sí todas las obras de la infidelidad, y cuando con negligencia desprecia y arroja lejos de sí las luces de la verdad de quien ve rectamente. Pues los hombres infieles muchas veces dicen que tienen una fe recta, aunque sus actos abundan en toda clase de perversos engaños. Por lo que entre sus malvadas intenciones, que no pueden ocultar en sus espíritus, introducen a veces una que abiertamente muestran como de una fe resplandeciente, mientras confirman su infidelidad cuando, engañados, ponen su esperanza en los elementos y en la disposición de las estrellas. Sin embargo no podrán descubrir en ellos ninguna esperanza cierta de

de toda otra voluntad, y específicamente por encima de la voluntad de su Creador: su voluntad es la voluntad de no obedecer. Por eso a la Desobediencia sigue la Infidelidad.

¹¹⁰ Deus en el original; suponemos error y sustituimos por Deum, puesto que no tiene sentido alguno pensar a Dios como sujeto de ignorat, en tanto es lógico ponerlo como objeto directo.

Muy a propósito de este texto es aquello de Sant. 2, 19: "Tú crees que hay un solo Dios; haces bien. también los demonios lo creen, y tiemblan". Por eso es que antes ha dicho el apóstol: "Así también la fe, si no tiene obras, está muerta como tal. [...] Muéstrame tu fe sin las obras, y yo, a través de las obras, te mostraré mi fe." (Sant. 2, 17-18). La referencia es al que dice que tiene fe, pero no obra según la fe que dice profesar: miente, y engaña.

¹¹² Además de la referencia a la avidez del hombre por saber, y ello más por el deseo de poder y por vanidosa figuración que por amor a la verdad, puede haber aquí una alusión a la astrología y la adivinación, que merecieron duras palabras en *Scivias* 1, 3: "Pero estos hombres obstinadamente Me tientan con sus perversas artes, tal que escrutan a la creatura que fue hecha para servirles pidiéndole que, de acuerdo a su voluntad, les manifieste lo que quieren saber. [...] Oh necios, cuando Me entregáis al olvido y ya no os volvéis a mirarme ni Me adoráis, sino que consideráis qué presagia y qué revela una creatura que os está sometida, entonces pertinazmente Me rechazáis, rindiendo culto a una débil creatura en lugar de hacerlo a vuestro Creador." (Ibíd. 1, 3, 20, p. 50).

felicidad ni luz de vida alguna.

Tiene colocada su mano derecha sobre su pecho, pero en la izquierda lleva un bastón. Esto significa que los hombres perversos, amantes de la infidelidad, siguiendo los deseos de su corazón son perezosos cuando se trata de las obras buenas y santas; y ponen una confianza vana e ilusoria en las malas acciones, confianza en la que dividen a Dios en dos partes, cuando a través de las creaturas superiores e inferiores Lo escudriñan e indagan en los elementos, sin poder llegar a la verdad de la vida. 113

Y se envuelve en un manto de color negro, porque más se defiende con el engaño de las tenebrosas artes diabólicas de lo que lucha para alcanzar la vida bienaventurada, como también se muestra en sus palabras antedichas."

3. 10. La Injusticia¹¹⁴

"Tenía cabeza como de cervatillo y cola como de oso, pero el resto del cuerpo se parecía al de un cerdo. 115 Y esta imagen decía:

¹¹³ Reitera Hildegarda la orientación de la Infidelidad hacia prácticas idolátricas y supersticiosas, como son la astrología, la adivinación, los horóscopos... Porque detrás de la infidelidad no está tanto la falta de una creencia en Dios, sino la negativa a considerarlo como tal, con la aceptación de la relación de creatura-Creador que ello implicaría, del señorio de Dios y Su ley, y de la consiguiente obligación de la obediencia en cuanto a dicha ley. Mediante la astrología, la adivinación y otras prácticas por el estilo, el hombre quiere adquirir el entero control sobre su propia vida, negando así la verdad de esa vida, la realidad que la experiencia le muestra a diario pero que él no quiere ver: su voluntad produce esas tinieblas que tornan ciega su mirada.

¹¹⁴ Liber vite meritorum 4, 1, p. 173 y 26, p. 187-188.

la voracidad sin medida, el gusto por el lodo, la ausencia de todo discernimiento. Animal llamado impuro y prohibido en el *Antiguo Testamento*—por motivos espirituales y sanitarios—, paradójicamente ha sido utilizado para burlarse de los judíos, presentando a la Sinagoga montada sobre un cerdo, en lo que podríamos también encontrar la alusión a una asociación con el demonio, si recordamos el pasaje de los demonios expulsados por Jesús de dos endemoniados, y arrojados por pedido de los propios espíritus malignos a una piara de cerdos que se arrojan al precipicio, con lo que los habitantes del lugar le piden que se retire de su ciudad (*Mat.* 8, 30-34). En *Scivias* 3, 11, 5 (p. 579) y refiriéndose a los últimos tiempos de la Humanidad, Hildegarda menciona cinco animales, entre los que se encuentra un cerdo negro, que interpre-

PALABRAS DE LA INJUSTICIA. ¿Sobre quién afirmaré mi justicia? Sobre nadie. Porque si tomara en consideración a éste o a aquél no sería una creatura de Dios sino que sería como un borriquillo, que avanza lentamente si no se lo aguijonea. Yo soy más sabia y más prudente que los otros. Conozco el sol, la luna, las estrellas y las restantes creaturas, y correctamente sitúo a cada cosa y a su causa. Por qué habría de hacerme a un lado, como si nada supiera? Si yo rechazara la postura de alguno, éste tal vez haría lo mismo conmigo. Si no lo hago, mi posición será más provechosa. ¿Y por qué debería languidecer como si nada bueno supiera, cuando todo lo mío es mejor y de mayor provecho que lo de los demás? Pues valgo tanto cuanto valen aquellos que disciernen y juzgan todas las cosas." 118

ta así: "Esa época tiene gobernantes que experimentan en sí mismos la negrura de una gran tristeza, y que se revuelcan y se cubren con el lodo de la inmundicia, dejando de lado la ley divina por las muchas fornicaciones y otros males semejantes, y urdiendo muchas divisiones y cismas en cuanto a la santidad de los divinos mandatos." Porque la justicia es la virtud propia de los gobernantes, fundada en la ley y en pro de la paz de los gobernados; la injusticia, de la que aquí se habla, es su vicio contrario.

la Justicia le recuerda que "Dios estableció todo cuanto existe de manera tal que cada uno tomara en consideración al otro, pues cuanto más uno sabe por el otro lo que por sí mismo ignora, tanto más aumenta su conocimiento. Por esto también en virtud de la ciencia tiene ojos —los ojos del conocimiento—, para prevenirse de caer en algún peligro y para no aventurarse a riesgo alguno." (Liber vite meritorum 4, 2, p. 174). Y más adelante añade: "¿Por qué rechazas la enseñanza y el don del Espíritu Santo, que el Santo Espíritu infunde en los hombres?" (Ibíd.). El don del Espíritu Santo al que aquí se hace referencia es la racionalidad, en virtud de la cual y mediante el conocimiento la justicia es posible.

¹¹⁷ Esta afirmación pretende emular a Dios Creador y Legislador (*Sal.* 103 y 147), y no está de más recordar que la soberbia y la envidia de Lucifer obraron la primera injusticia que fue, precisamente, la pretensión de ser como Dios y aún superarlo.

conveniencia, por lo que tampoco considera a las personas con las que trata. Cesare Ripa, al tratar de la Justicia, dice que "la Justicia lo ve todo, siendo calificada por los Antiguos Sacerdotes como verdadera vidente de la totalidad de las cosas. De ahí viene que Apuleyo realizara su juramento juntamente por el ojo del Sol y la Justicia" (RIPA, CESARE. *Iconología*, T. 2, p. 8). Contrariamente a la imagen habitual de una mujer con los ojos vendados, que subraya la no acepción de personas, esta iconografía la representa con mirada agudísima para enfatizar el pleno conocimiento como fundamento de la rectitud del juicio, del juicio justo. Concepto que vemos confirmado en la presente obra de la abadesa de Bingen, por las palabras con que la

"EN PARTICULAR SOBRE LA INJUSTICIA, SU ASPECTO, Y QUÉ SIGNI-FICA. Esta imagen significa la Injusticia, que carece del gozo de la vida y adhiere a la iniquidad primera: porque aquel que es enteramente injusto produjo esta iniquidad primera para destruir mediante ella todo lo que fue y es justo.¹¹⁹

Y esta imagen tiene cabeza como de cervatillo: porque el espíritu de los hombres injustos en su perversidad avanza a los saltos, pasando por encima de todo prudente cuidado y conocimiento de los bienes y cayendo en el precipicio; y encima con su ciencia, que siempre rumian para sus adentros, quieren parecer útiles.

Y cola como de oso: ya que todas las artimañas de sus caprichos acaban y mueren a causa de la inestabilidad de la perversidad y el rugido de la malicia cuando intentan oponerse a todos y rechazar a todos, por lo que son abatidos, vencidos por el verdadero y justo juicio y devueltos a la nada. 120

Pero el resto del cuerpo se parece al de un cerdo, porque los hombres que van en pos de la injusticia se ven envueltos por el barro de su mismo vicio, y yacen en su suciedad. Pues sus obras, tortuosas y retorcidas a causa del gruñido de la iniquidad y abominables por la afrenta cometida contra muchos, no prevén rectitud alguna de sabiduría, ni atraen a sí ningún consejo de la justicia, sino que quieren hacer todas las cosas por sí mismos y acabarlas según sus deseos, pretendiendo ser superiores a los demás, como el mismo vicio lo pone de manifiesto en su discurso, según se ha dicho."¹²¹

Justicia responde a la Injusticia.

[&]quot;aquel que es enteramente injusto" es Lucifer, quien después de su caída produjo el engaño perpetrado contra el hombre para vencer en él a Dios. Hay aquí una doble mudanza de inclinación: la de Lucifer, que ya no confronta directamente con Dios sino a través del hombre, y la del hombre, que ya no se inclina en obediencia hacia Su Creador sino que se vuelve sobre sí mismo, siguiendo su propia voluntad, que termina siendo la del diablo, su señor.

¹²⁰ En tiempos de Hildegarda el oso, antaño temido por su ferocidad y adorado por los pueblos bárbaros del norte de Europa, y ahora domesticado, era objeto de exhibición y diversión en las plazas y los mercados de los pueblos: obligado a bailar (la inestabilidad) y a rugir para poner de manifiesto su ferocidad (el rugido de la malicia).

¹²¹ El inicuo ávido de poder ha sido seducido por los criterios de un mundo que valora como supremos la riqueza, el mando despótico, la violencia, el éxito..., todo ello logrado con prescindencia de la cualidad moral de las actitudes y los actos conducentes a su obtención. "El fin

3.11. La Pereza, Indolencia o Desidia 122

"Tenía rostro infantil y cabellos blancos; 123 vestía una túnica descolorida que ocultaba sus brazos y sus manos, y que cubría sus pies y los restantes miembros de tal manera que yo no podía discernir ninguna otra forma. Y decía:

PALABRAS DE LA INDOLENCIA. ¿Por qué he de llevar y sufrir una vida difícil y laboriosa, y por qué he de soportar muchísimas tribulaciones, cuando no he cometido tantos pecados? Pues a cada creatura le acompaña y le asiste su propio ser. ¹²⁴ Muchos lloran y gimen y maceran su cuerpo de manera tal que apenas pueden vivir, y sin embargo tienen costumbres malvadas, y juntan pecado sobre pecado. ¿Y de qué les aprovecha tanto trabajo? Pero yo, en la molicie y huyendo de las fatigas, tengo una mejor vida que éstos, y no quiero molestia alguna. ¹²⁵ Si huyo del trabajo y de otras cosas que me son

justifica los medios" es la máxima que se esgrime para legitimar, precisamente, la acción injusta. Por eso la justicia de Dios desprecia esos logros y "les arrebata la prosperidad de este mundo, donde perecen a causa de tantas y tales calamidades que no pueden superar." (Scivias 1, 4, 14, p. 76-77).

¹²² Liber vite meritorum 4, 3, p. 175 y 27, p. 188.

¹²³ Tanto la fragilidad del rostro infantil cuanto la vejez que denotan los cabellos blancos hablan de debilidad.

¹²⁴ En Scivias 1, 3, 28, p. 57 encontramos una parábola en la que Dios responde a este planteo de la Indolencia: "Pero en tu gran necedad quieres apoderarte de Mí cuando Me amenazas diciendo: 'Si a Dios Le place que yo sea justo y bueno, ¿por qué no me hace [un hombre] probo?'. Así quieres cazarme, como si un cabrito petulante quisiera cazar a un ciervo, que lo empujará y lo atravesará con sus poderosísimos cuernos. Así también Yo, cuando con toda desvergüenza quieres burlarte de Mí con tus costumbres, te abato con los preceptos de Mi Ley como con Mis cuernos, en virtud de Mí justo juicio. Pues son trompetas que resuenan en tus oídos, pero tú no las sigues sino que corres tras el lobo al que piensas que has sometido de manera tal que ya no pueda lastimarte. Mas el lobo te devora diciendo: 'Esta oveja ha tomado el camino equivocado y no quiso seguir a su pastor sino que corrió tras de mí; por lo tanto también quiero tenerla, porque me eligió y abandonó a su pastor."

¹²⁵ Nuevamente Ripa nos ofrece una acertada imagen, esta vez de la Indolencia o Desidia: "Mujer con el cabello suelto, y vestido pardo [...]. Estará sentada, reposando las manos sobre

perjudiciales, ¿acaso Dios me condenará por esto?",126

"EN PARTICULAR SOBRE LA INDOLENCIA, SU ASPECTO, Y QUÉ SIGNIFICA. La Indolencia o torpeza aquí sigue a la Injusticia: porque descuida la justicia y no es vigilante en la fe, sino que su espíritu está ciego, de manera tal que no vuelve sus ojos hacia Dios con sinceridad de corazón.

Tiene rostro infantil y cabellos blancos: porque los hombres que eligen la negligente torpeza no se aplican a procurarse la disciplina de la sabiduría y el discernimiento —que ponderan las razones de aprovechamiento—, ya que son necios e inconstantes en sus acciones y manifiestan en su espíritu cierta debilidad, en tanto no aman ni eligen la probidad sino una peligrosa pereza. 127

Viste una túnica de descolorida que oculta sus brazos y sus manos, y que cubre sus pies y los restantes miembros de tal manera que no puedes discernir ninguna otra forma: pues los hombres perezosos, a causa de su ociosidad, se rodean de las tinieblas nocturnas y paralizantes de la negligen-

las rodillas. Lleva la cabeza baja y tiene una oveja a su lado. Se pinta a la desidia con el cabello suelto, mostrando así lo tardo y perezoso de su obrar, siendo éste un defecto que ella misma se causa; pues el hombre que la sufre vale poco, y es lento y perezoso en sus acciones. Y como no vale para realizar ninguna actividad industriosa, a causa de su dejadez, se representa con las manos colocadas sobre las rodillas. [...] Se sienta inclinando la cabeza hacia el suelo, porque el hombre que vale poco no se atreve a mantenerla alzada, comparándose con ello a los demás hombres; ni tampoco a caminar por la vía del éxito, que nos reporta la fama, por consistir sus acciones en cosas de gran dificultad. En cuanto a la oveja, es un animal estúpido que nunca sabe qué camino tomar ante los sucesos que se le presentan. Por eso dice Dante en el Infierno: 'Sed hombres, y no ovejas bobas'. (RIPA, CESARE, ob. cit., T. 1, p. 271).

¹²⁶ La Fortaleza, que es la virtud opuesta, le contesta: "No eres semejante ni a los gusanos que trabajando en sus cuevitas se procuran el alimento ni a las aves que construyen su nido, y que también en la penuria de la escasez buscan el sustento de sus cuerpos. ¿Pues qué ser viviente hay en esta vida que viva sin preocupación? Ninguno. [...] Pero tú deseas tener lo que nadie te dará, porque quieres recibir sin trabajo aquellas cosas de las que no podrás apoderarte por tu embotadora pereza." (*Liber vite meritorum* 4, 4, p. 175). Véase *Prov.* 6, 6-11.

127 Muy a menudo, y bajo disculpas y pseudojustificaciones por errores de variada índole y en diversos asuntos: omisiones, imprevisiones, olvidos, equivocaciones y tanto más (Yo no lo sabía", "No sé como hacerlo", "No me di cuenta", "Estaba cansado", "No me dan las fuerzas", etc.), se oculta este vicio, que una actitud seria y honesta distingue de un estado patológico debido a factores psicosomáticos. La frontera es delgada y sutil, pero existe.

cia —en las que esconden la fortaleza que debieran tener en sus acciones—cuando descuidan la realización de obras buenas y esforzadas. Con esas tinieblas ocultan también con tal desidia y haraganería sus pasos —con los que debían caminar por el camino de la rectitud— y las restantes relaciones y proyecciones de sus actos, que no es posible advertir en ellos forma alguna de santa virtud. Pues están sumidos en el tedio y viven en el tedio; ni tienen solicitud por la salud de su alma ni trabajan por su cuerpo, sino que embotados por el ocio dicen que quieren vivir con tranquilidad, como el mismo vicio lo ha mostrado con sus palabras. La refuta la Fortaleza, y persuade a los hombres para que no se manchen con la torpe negligencia, sino que socorran diligente y esforzadamente tanto a los demás como a sí mismos, en las necesidades del alma y del cuerpo; y para que usen sus manos en obras de provecho."

3.12. EL OLVIDO DE DIOS¹²⁸

"Su cabeza era como la cabeza de la salamandra, 129 y el resto del cuerpo

¹²⁸ Liber vite meritorum 4, 5, p. 176 y 29, p. 190-191.

¹²⁹ En la simbología medieval la salamandra ha tenido siempre resonancias positivas, fundamentalmente por la propiedad que se le atribuía, no sólo de no ser afectada por el fuego sino de extinguirlo. Por ello se la ha considerado emblema de la fortaleza y de la realeza (la indestructibilidad del poder real), de la castidad y de la virginidad (la resistencia al fuego de la pasión seductora), y por ello de Cristo y de Su Madre virginal. Sin embargo, Hildegarda la pone aquí como parte, tan luego, del Olvido de Dios, y para comprender el motivo de esta inclusión recurrimos a su Physica, en la que nos dice que "su veneno es mortifero. En sí mismo no causa gran daño al hombre mientras vive, pero si los hombres prueban su veneno, mueren." (8, 8, 1312B, PL 197). En la misma línea san Isidoro de Sevilla, en sus Etimologías (L. 12, c. 4: "De las serpientes") y bajo la voz Salamandra, escribe: "Es el más venenoso entre todos los animales, pues los demás hacen daño a cada uno, pero éste mata a muchos al mismo tiempo, pues si sube a un árbol infecta con su veneno a todos sus frutos y mata a todos los que los coman; si por casualidad cayera en un pozo, muere todo el que bebiere de él." También en El Bestiario de Cristo (CHARBONNEAU-LASSAY, vol. II, p. 815) encontramos una referencia a la parte delantera de la salamandra -y es precisamente la cabeza de dicho animal lo que la abadesa de Bingen pone aquí en juego-: "La parte trasera pisciforme, que podría llevar al animal a la superficie de los manantiales y de las claras fuentes, suele verse arrastrada la mayoría de las veces por la parte delantera de saurio hacia los lodos nauseabundos y los limos fétidos en

se asemejaba al cuerpo de un lagarto.¹³⁰ Delante de la imagen apareció una nube negra, tormentosa y difusa, mezclada con una densa nube blanca. La imagen había puesto sus patas delanteras sobre dicha nube, y decía:

PALABRAS DEL OLVIDO DE DIOS. Dado que Dios me ignora, y como tampoco yo Lo conozco, ¹³¹ ¿por qué debería apartarme de mi voluntad propia, puesto que ni Dios me quiere, ni yo Lo siento a Él? Por eso, lo que en cada asunto me es provechoso y lo que quiero, esto es lo que en todo momento tomaré en cuenta: porque haré lo que sé, y lo que entiendo, y lo que me gusta.

Muchos me hablan a gritos de una vida extraña que ni conozco ni oigo de ella y que nadie me ha mostrado. Muchísimos también me dicen: "Haz esto o aquello"; éstos me muestran a Dios, y la vida y la recompensa que he de recibir, para que sepa qué puedo hacer. Pero también muchísimos poderosos vienen corriendo hacia mí y me proponen magníficos preceptos que son más falsos que verdaderos, y que ellos mismos no cumplen enteramente. Lo que me conviene hacer, esto es lícito que me sea prescripto. No quiero muchos dioses, esto es, maestros. Si Dios existe, ciertamente me

los que pulula toda una masa de larvas impuras y de gusanos repugnantes." Por donde creemos haber dado razón de por qué el Olvido de Dios tiene cabeza de salamandra.

¹³⁰ El lagarto aparece mencionado entre los animales impuros cuya ingesta estaba prohibida al pueblo de Israel (Lev. 11, 29); a esto puede sumarse el hecho de que se arrastra sobre la tierra (no olvidemos que se lo ubica entre los reptiles), y que permanece en la misma posición, expuesto al sol, durante mucho tiempo, lo que hizo de él un símbolo de la pereza e indolencia. Recibe la luz del sol, pero no se mueve, permanece en su misma postura.

¹³¹ El Salmo 138 nos ubica en las antípodas de la premisa del Olvido de Dios: "Dado que Dios me ignora..."

¹³² Podría referirse a la vida monástica y a los predicadores religiosos, como San Bernardo de Claraval, de gran presencia y eficacia en el atraer a los hombres a la vida religiosa.

¹³³ Aquí la referencia podría ser a la predicación de los eclesiásticos, sacerdotes y obispos, en torno a los preceptos de la Iglesia y su cumplimiento para la obtención de la recompensa eterna.

¹³⁴ Las posibles interpretaciones son dos: o los cátaros y sus heréticas afirmaciones, o los miembros de la jerarquía eclesiástica de los que habla Hildegarda en varias de sus cartas – como las que hemos visto—, denunciando su venalidad, su codicia, su deseo de poder, su lujuria, y su compromiso con el poder político.

¹³⁵ La Santidad, opuesta al Olvido de Dios, le recuerda que "no es la tierra la que da a los

conoce."

"EN PARTICULAR SOBRE EL OLVIDO DE DIOS, SU ASPECTO, Y QUÉ SIGNIFICA. Esta imagen representa el Olvido, que aquí viene después de la Indolencia porque los hombres negligentes, tanto en lo que al servicio de Dios se refiere cuanto a otras necesidades suyas, llegan finalmente a esto: que relegan a Dios al olvido como desconociéndolo, y que a causa de las muchas preguntas de los sarcasmos del diablo¹³⁶ no desean ir hacia Él, sino que retienen para sí sus propios pareceres y juicios anteponiéndolos a Dios, por lo que también tienen al diablo en lugar de Dios.

Cuya cabeza es como la cabeza de la salamandra, y el resto del cuerpo se asemeja al cuerpo de un lagarto: porque los hombres que escogen este vicio son contumaces en su espíritu y en su voluntad, y obstinadamente se oponen a Dios con todas sus obras, de manera tal que realizan apresuradamente y sin moderación alguna todas sus acciones. Pues este vicio, en medio de la envidia y de la incredulidad, 137 en algunas ocasiones los aterroriza de tal forma que muchas veces no saben qué hacer.

Delante de la imagen aparece una nube negra, tormentosa y difusa, mezclada con una densa nube blanca: porque quienes relegan a Dios al olvido ponen ante sí las variadas consideraciones de sus propios proyectos, por lo que ora son negros en su impiedad, ora tormentosos en la incredulidad, y

hombres el alimento, los vestidos y las otras cosas necesarias, sino Dios. Los hombres ven surgir y crecer estas cosas, pero no ven de dónde y de qué modo surgen y crecen; sólo saben esto, que surgen y crecen por obra de Dios. Pues nadie podría hacer surgir y crecer a todos los hombres y todas las generaciones, y nadie podría dar vida a lo más pequeño que hay en el mundo, sino Dios; por esto se conoce que Dios existe." (*Liber vite meritorum* 4, 6, p. 176-177).

¹³⁶ Son las malintencionadas preguntas del diablo, cuestionamientos que brotan de su actitud burlona y que, al tiempo que lastiman y humillan, siembran la duda y el desconcierto. Para no afrontarlas, para no sufrir el sarcasmo y para no padecer incertidumbre, el hombre prefiere relegar el tema, y así, día tras día, llega al olvido de Dios, Quien ya no tiene presencia en su vida.

¹³⁷ El Olvido de Dios se mueve en medio de la envidia en cuanto al prójimo y la incredulidad con respecto a Dios: porque se trata, finalmente, de la afirmación de la propia voluntad como instancia absoluta. De allí la opción por el propio proyecto, y la dureza de corazón a que hace referencia la simbología de la imagen.

nebulosos en la fluctuante vaguedad de sus circunstancias. Todo lo cual, sin embargo, les complace en gran manera —como si estuvieran en medio de una nube blanca—, cuando entremezclan todas sus obras según el beneplácito de su voluntad, porque no hacen ninguna otra cosa que lo que su deseo les muestra.

La imagen pone sus patas delanteras sobre dicha nube: esto es que aquellos en quienes se da el olvido de Dios no orientan sus pasos —que en primer lugar debieran dirigir hacia la salvación de sus almas— hacia el bien sino hacia el mal; y en todas sus obras y en todos sus recorridos se dividen en dos caminos, esto es en el olvido de Dios y en la dureza de corazón, atendiendo solamente aquellas cosas hacia las que su espíritu los conduce, como también lo manifiesta el mismo vicio en sus palabras, según se dijo. Pero la Santidad se le opone, advirtiendo a los hombres para que dejando de lado el olvido de Dios, Lo amen con una dedicación verdadera."

3.13. LA PREOCUPACIÓN POR LAS COSAS TERRENALES 138

"Tenía forma de hombre y cabellos de color claro, y que estaba desnuda en medio de las tinieblas, como dentro de un tonel. Y decía:

PALABRAS DE LA PREOCUPACIÓN POR LAS COSAS TERRENALES. ¿Qué cuidado es mejor que el solícito cuidado de este mundo, donde crecen las hierbas y los árboles frutales, las vides y todas las otras cosas necesarias para la vida, por las que los hombres son reconfortados y sustentados? Pues si yo derramara las lágrimas de mis ojos, o si golpeara mi pecho entre suspiros, o doblara mis rodillas, no obtendría de allí alimento ni vestido, sino que perecería. Si además clamara al cielo, y si suplicara al sol, a la luna y a las estrellas lo que necesito, nada me darían. ¹³⁹ Por lo cual me procuraré todas

¹³⁸ Liber vite meritorum 4, 9, p. 178 y 31, p. 193-194.

¹³⁹ La primera parte del alegato de la Preocupación... es insidiosa, puesto que presenta de manera ponderativa el cuidado legítimo y obligado de la creación por parte del hombre, valiéndose luego de ello para engañosamente denunciar la falta de cuidado por parte de Dios hacia el hombre, y justificar así sus desvelos. En tanto la Preocupación por las cosas terrenales se presenta como una preocupación por y para la vida sobre la tierra, la respuesta del Deseo Ce-

aquellas cosas que pueda obtener gracias a mi pensamiento, mi palabra y mi obra, para poder vivir sobre la tierra." ¹⁴⁰

"EN PARTICULAR SOBRE LA PREOCUPACIÓN POR LAS COSAS TERRE-NALES, SU ASPECTO, Y QUÉ SIGNIFICA. Esta imagen designa la Preocupación por las Cosas Terrenales, y acompaña aquí a la Inconstancia: 141 porque los hombres que son inconstantes en sus costumbres y en sus obras, a causa de la inestabilidad que con frecuencia albergan en su espíritu muy a menudo quedan envueltos en la preocupación por las cosas terrenales, que se opone a la preocupación por las celestiales, y no busca el alimento y el fortalecimiento de la vida.

Como ves, tiene forma de hombre —el ocuparse de los asuntos mundanos y terrenales— y cabellos de color claro, que significan el ánimo errante que corre por doquier, en medio de la locura y de gran estrépito: porque los hombres que se afanan por este vicio padecen grandísima inquietud no sólo en el alma sino también en el cuerpo. Pues lo que es inquietud para los otros hombres, para éstos es quietud y paz; y lo que es quietud para otros, es in-

lestial ("Dios provee todo lo necesario: pues así como el cuerpo no puede vivir sin el alma, así tampoco crece fruto alguno de la tierra sin la gracia de Dios. Observa los huesos de los muertos que yacen en los sepulcros, y considera qué hacen. Pues nada hacen, sino yacer en la putrefacción. Así tampoco tú haces algo, sino que vives despreocupadamente, porque quieres vivir sin la gracia de Dios, y ni deseas ni buscas a Dios en todos tus cuidados y preocupaciones", Liber vite meritorum 4, 10, p. 179) le muestra que esa vida sin Dios no es otra cosa que muerte, sepultura y podredumbre; y mientras la Preocupación proclama todo su quehacer, el Deseo Celestial llama a ese quehacer nada, porque se ha despreocupado de Dios. Véase al respecto Mat. 6, 25-34.

¹⁴⁰ Todo el discurso de la Preocupación por las Cosas Terrenales es una falta de confianza en la Divina Providencia, una negación de la misericordia de Dios y una acusación de dureza de corazón contra el Señor. En realidad toda la Cuarta Parte de esta obra, desde los vicios que anteceden—Injusticia, Indolencia, Olvido de Dios, Inconstancia— y en los que vienen inmediatamente después —Obstinación, Deseo Desordenado e Insaciable o Avidez, Discordia—, nos habla de la persona sin Dios y sin ley, centrada en si misma y en su propio querer y conveniencia, obligada por su autoafirmación a bastarse a sí misma, dilatando en esa autosuficiencia los límites de su apetencia, de sus posibilidades y de su obrar hasta una necia obstinación que desemboca en la agresión contra todos.

¹⁴¹ La Inconstancia es el vicio que le antecede, en la obra de Hildegarda.

quietud para ellos a causa de este vicio. 142

Estaba desnuda en medio de las tinieblas, como en un tonel, porque los sentidos y el corazón de esos hombres están de tal manera puestos en la negrura de los cuidados y minucias terrenales y envueltos en ellos que, desnudos de la bienaventuranza celestial, descansan en cuidados y minucias como sentados placenteramente en los baños. Pues por una parte aman la desnudez de su primera ignorancia, ¹⁴³ y por otra parte ni deseándola, ni suplicándola, piden a Dios la vestidura de la salvación, porque todas sus intenciones y todos sus esfuerzos se dirigen a los bienes del mundo, y porque con enardecida actividad se apoyan en éstos, que son temporales y caducos, como también el mismo vicio lo dice con sus palabras, como se muestra más arriba. Al cual le responde el Deseo Celestial, exhortando a los hombres para que no pospongan tras lo que es temporal, aquellas cosas que son celestiales y eternas."

3.14. LA OBSTINACIÓN O CONTUMACIA 144

"Tenía figura de búfalo. 145 Y dijo:

La actitud viciosa radica en ocuparse exclusivamente de los asuntos terrenales, con exclusión de Dios y de Su divina providencia. Este vicio supone en quien lo posee la soberbia de la omnipotencia, puesto que su afán obedece a que cree que todo depende de él, por lo que debe saberlo todo, nada puede escapar a su conocimiento y previsión. Por eso le da un simulacro de paz su inquietud esforzada e insaciable, con la que acumula los conocimientos que le permitirán el manejo de la situación, pero que siempre resultan insuficientes por la novedad de cada nuevo momento. Por el contrario, la quietud y la paz lo inquietan profundamente, porque siente que entonces ignora lo que ahora sucede, y lo que sucederá después, y que el control se le escapa de las manos.

¹⁴³ La primera ignorancia del hombre, que lo hizo descubrirse desnudo de la bienaventuranza celestial, fue ignorar el valor del precepto divino y la astucia de la serpiente (*Gén* 3, 6-13). Amar dicha ignorancia es continuar prefiriendo su propia voluntad antes que la salvífica voluntad de Dios.

¹⁴⁴ Liber vite meritorum 4, 11, p. 179-180 y 32, p. 194-195.

¹⁴⁵ En sus *Etimologiae* (L. 12, c. 1: "Del ganado y de los jumentos") Isidoro de Sevilla nos dice que este animal, muy semejante al buey pero de mayor tamaño, vive en África, se caracteriza por ser indómito y, a causa de su fiereza, no acepta el yugo. De inmediato salta a la vista la elección del mismo para significar la obstinación.

PALABRAS DE LA OBSTINACIÓN. No hay en mí, absolutamente, exceso o redundancia de cosas y de asuntos; mas cuando digo esto, no puedo expresarlo con apatía y sin fuerza. Pues si la tierra siempre fuera blanda por la lluvia y la materia fertilizante y no tuviera dureza alguna, no sería de provecho, porque de esta forma su fruto no crecería y maduraría; o si fuera tierna, las aguas fluyendo sobre ella e inundándola la destruirían totalmente.

¿Y en qué me daña esto de no ser blanda en ningún asunto, siendo que una lluvia desproporcionada y repentina que cae sobre la tierra la perjudica tanto? Si no puedo suspirar, que así sea; o si no lloro, no me importa en absoluto: porque muchos mueren de tristeza, y muchos desfallecen a causa de sus lágrimas. ¹⁴⁶ Ya que toda gracia que Dios quiere brindar, la otorga: ¿por qué me esforzaría con tanta porfía y tenacidad por ella? ¿Y por qué habría de trabajar por aquello que no puedo llevar a cabo? ¹⁴⁷ Pues cuando alguien bus-

¹⁴⁶ Véase al respecto la actitud contraria en: Sal. 6, 7; todo el admirable Salmo 101; Sal. 118, 28. ¿Y qué decir del llanto de la pecadora a los pies del Divino Maestro, lágrimas que le merecieron el perdón de sus pecados? (Luc. 7, 37-50). La abadesa de Bingen, con notable finura espiritual, precisa que no se trata del dolor que sólo padece y se lamenta sino de una actitud dinámica, protagónica, que rompe la dura obstinación del corazón humano y lo encamina hacia su conversión: "De estos suspiros y de estas lágrimas nace en este hombre el lozano, fecundo vigor de la penitencia. Y por eso, despertando nuevamente en las buenas acciones, examina la carga de sus pecados con tanta diligencia y arrepentimiento, que la carne de sus miembros se seca un tanto, y en su corazón la amargura deviene tan grande que a menudo se dice: ¿Por qué he nacido con la disposición hacia tan grandes culpas? Con mi alma he pecado contra Dios, y con ella hago penitencia suspirando hacia El, Quien se ha dignado asumir el cuerpo de Adán a partir de una virgen. Por lo cual también yo confio que no me despreciará, antes bien me liberará de mis pecados y por el rostro de Su santa humanidad me recibirá, si hago penitencia en la verdadera fe." (Liber divinorum operum 1, 4, 32, p. 168-69). Gemido y lágrimas, dolor y amor, abonan la tierra de la buena voluntad del hombre, los esforzados trabajos de su resolución, que ha de ser fructífera.

la Ambas interrogaciones responden a dos pecados opuestos: la primera habla de presunción por exceso de confianza, y de desesperanza la segunda, por la absoluta desconfianza. Ambas dejan al hombre en la inmovilidad de la inercia, una de las consecuencias de la obstinación. A esa estéril inercia hace referencia la Compunción del Corazón en la primera parte de su respuesta, que transcribimos: "¿Qué eres tú, oh amarga obstinación, que dices que no puedes trabajar en tu vida, cuando las aves, los peces, las bestias y el ganado, los gusanos y los reptiles trabajan para obtener su comida? También las crías de los animales piden a sus madres el sustento, y la tierra pide al aire toda su lozanía y fecundidad. ¿Por qué Dios es llamado 'Padre', a no ser porque cuando Sus hijos Lo invocan, y cuando Él por Su gracia les brinda cosas bue-

ca lo que no puede hallar, no le aprovecha."

"EN PARTICULAR SOBRE LA OBSTINACIÓN, SU ASPECTO, Y QUÉ SIGNIFICA. La sexta imagen, que representa la Obstinación del espíritu, sigue aquí a la Preocupación por las cosas terrenales. Porque los hombres que se hunden por entero en las preocupaciones terrenales caen en la obstinación del espíritu, tal que no hay en sus corazones ninguna consideración en cuanto a Dios—como si sus corazones estuvieran untados y pegados con pez—, y hablan y actúan como si Dios no existiera: pues ignoran lo que es el bien y no buscan la suave ternura de la piedad sino que en su dureza son contumaces contra Dios.

Tiene figura de búfalo, porque este vicio hace que los hombres sean duros y ásperos en su espíritu, y que asciendan a la altura de una seguridad insegura, tal que a nadie consuelan y ningún cuidado tienen de los otros en lo que hace a la benevolente honestidad de la ciencia racional, ¹⁴⁸ sino que salen al encuentro de cualquiera con los dardos de sus palabras y con la amargura de sus obras. A nadie guían, a nadie protegen, sino que infunden asombro y

nas, conocen que Él es Dios? ¿Y por qué tú te querellas contra Dios? Pues yo bebo del rocío de Su bendición, y Le sonrío desde la compunción del corazón, y con una voz hecha de gozo y llanto Le digo: 'Dios, ayúdame'. Y los ángeles me responden con resonante voz alabando a Dios, porque Lo invoco. Entonces también la aurora de Su gracia brilla para mí, y me da el alimento de vida: porque Se lo pedí para no desfallecer. Pero porque tú nada Le pides, nada se te dará." (Liber vite meritorum 4, 12, p. 180). No creemos que este bellísimo texto requiera explicación alguna. Está el reconocimiento de la filialidad del hombre con respecto a Dios, su Padre, y además aparece muy clara la secuencia indicada por Hildegarda: el movimiento primero de Dios y gracia Suya, "el rocío de Su bendición", que se ofrece en suavidad para que el alma fiel, inclinando su cabeza, beba; "la compunción del corazón", esto es, el arrepentimiento, que implica ya un salir de la situación de pecado y alzar confiadamente la mirada sonriente hacia Dios; y finalmente el clamor que suplica los divinos auxilios para resistir la tentación; "Dios, ayúdame". Luego de la alabanza de los ángeles por el pecador que se convierte, el perdón y "la aurora de la gracia" se hacen presentes, y el hombre, reconfortado por "el alimento de vida" suplicado y recibido, se pone de pie para continuar su camino -el camino hacia su Padre Dios-sin desfallecer.

¹⁴⁸ Se marcan aquí dos actitudes contrapuestas: la de quien, guiado por el saber racional, va al encuentro de los hombres con la honestidad de la verdad y la intención amorosa del bien, esto es, con una actitud benevolente; y la de quien, bajo la dureza de su necia obstinación, sale a confrontar con el otro agrediéndolo para neutralizar toda razón que pudiera oponérsele.

temor en cuantos pueden, como el mismo vicio lo dice en las palabras que profiere, como se ha mostrado."

3. 15. EL DESEO DESORDENADO E INSACIABLE, O AVIDEZ¹⁴⁹

"Era semejante a una mujer hasta las rodillas, pero sus rodillas y sus pies estaban hundidos en las mencionadas tinieblas de tal forma que no podía verlos a causa de las tinieblas. Había cubierto su cabeza a la usanza de las mujeres, y vestía una túnica blanca. Y decía:

PALABRAS DEL DESEO DESORDENADO E INSACIABLE, O AVIDEZ. Intensamente deseo y vivamente me esfuerzo por atraer a mí y apoderarme de toda riqueza, todo honor y toda belleza, y recibir cualquier pequeño obsequio que se me haga y que yo pueda tener: porque cuanto más tenga, tanto más se multiplicará mi conocimiento. Pues por mis hermosos anillos, mis collares y mis pendientes y otras riquezas se reconoce que soy sabia con probidad, y por las cosas pequeñas que distribuyo con rectitud. Porque si no tuviera estas cosas, estaría vacía de todo bien y de toda integridad, y me asemejaría a una rama podrida, en la que no hay ni dureza ni flexibilidad. Pero puedo hacer cosas buenas de acuerdo con Dios y con los hombres, y beneficio a los hombres juntamente con las demás creaturas." 150

¹⁴⁹ Liber vite meritorum 4, 13, p. 180-181 y 34, p. 196-197.

¹⁵⁰ El Desprecio del Mundo —la virtud que se le opone— califica al Deseo desordenado o Avidez de "lazo siniestro", y no exagera, porque todo el discurso de este vicio parece estar refiriéndose a la figura del rey Salomón, de acuerdo con la palabra de Dios: "Porque esto fue lo que agradó a tu corazón y no pediste riquezas ni bienes ni gloria, ni la muerte de quienes te odian, pero tampoco una larga vida, sino que pediste sabiduría e inteligencia para poder juzgar y gobernar a Mi pueblo sobre el que te establecí como rey: por eso te son dadas sabiduría y entendimiento, pero también te daré riquezas y bienes y gloria tal que ninguno de los reyes que te precedieron ni los que vendrán después de ti se te asemejará." (2 Par. 1, 11-12. Véase también Sab. 7 y 8). De todo esto habla con seductor discurso el Deseo desordenado, y no parece malo. Pero la diferencia que cambia absolutamente su cualidad moral es la primera frase: porque lo que desea, busca y procura con desmesurada avidez no es en primer término la sabiduría, sino todo otro bien—riqueza, honor, belleza— que le permita recibir el reconocimiento debido a su sabiduría y probidad, reconocimiento que se suma a aquellos bienes. Deseo des-

"EN PARTICULAR SOBRE EL DESEO DESORDENADO E INSACIABLE, O AVIDEZ, SU ASPECTO, Y QUÉ SIGNIFICA. Esta imagen, como ves, significa el Deseo desordenado e insaciable, que aquí viene detrás de la Obstinación. Porque cuando debido la perversidad del espíritu de los hombres la obstinación no busca a Dios, pronto le sigue el deseo desordenado, que no dirige su mirada hacia Dios sino que, dando vueltas por todas partes y corriendo de aquí para allá, busca como el lobo a quién devorar, dañando también a otros con su inquieta inquietud, y apresurándose a hacer acopio de todo lo que puede de cualquier manera. Y esta imagen es semejante a una mujer hasta las rodillas, pero sus rodillas y sus pies están hundidos en las mencionadas tinieblas de tal forma que no puedes verlos a causa de las tinieblas. Pues en la molicie de la vanidad que todo lo desea se encamina hacia aquel punto en el que, con los pasos de su iniquidad, se hunde de tal modo en la infidelidad que no es posible discernir en dicha infidelidad ni su término ni sus pasos. En efecto, la avidez infunde en los hombres que hace suyos esta indulgente suavidad en el hablar: porque dicen que ellos buscan por todas partes y reúnen lo que no tienen para una necesidad presente, y que no reparten lo que han acumulado, en previsión de una necesidad futura. Pero llevan esa misma condescendencia al colmo de su perversidad, pues allí no se percibe ningún bien, porque los bienes reunidos no se dispensan ni a sí mismo ni a los demás. 151

ordenado de posesión y vanidosa apariencia de generosidad son los motivos que la alocución pretende disfrazar. Se trata, finalmente, del *ordo amoris*, del orden en el amor, como bien lo dice San Agustín en *De civitate Dei* (La Ciudad de Dios): "De donde me parece que una definición breve y verdadera de la virtud es: el orden del amor. Por eso en el *Cantar de los cantares* la esposa de Cristo, la ciudad de Dios, canta: Ordena en mí el amor." (SAN AGUSTÍN DE HIPONA. *De civitate Dei* 15, 22, 107). Porque no todos los seres son iguales ni ostentan por consiguiente el mismo grado de perfección ni son perfectivos para el hombre de la misma manera; por eso no todos deben ser deseados, apetecidos, buscados con la misma solicitud e indistintamente amados. Cristo enuncia de manera absoluta el *ordo amoris*: "Buscad el Reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura." (*Luc.* 12, 22-31). A quien así Lo busque, a quien con tal solicitud busque al Bien Supremo, promete Dios todos los otros bienes, que son "por añadidura". No se trata entonces de despreciar el mundo en sentido peyorativo, sino de justipreciarlo, es decir, de valorarlo adecuadamente.

Su cabeza está cubierta a la usanza de las mujeres: esto es que los hombres instalados en este vicio esconden con engaño todas sus intenciones, sin permitir que se conozca lo que hay en sus corazones, ya que no tienen moderación alguna, como debiera tenerla el hombre que es celestial y terrenal.

Y viste una túnica blanca, porque mediante la simulación manifiesta que toda opinión y toda determinación suya es útil y honesta; y porque todo aquello que en cuanto a las diversas cosas y bienes diversos puede arrebatar, dice que lo acapara por una intención buena y necesaria, como también se ha mostrado en sus palabras arriba mencionadas. Pero el Desprecio del Mundo la rechaza, y persuade a los hombres para que huyan de los bienes temporales y caducos, y suspiren y fielmente anhelen los bienes eternos."

3.16. LA DISCORDIA¹⁵²

"Esta imagen pendía sobre las tinieblas con los pies levantados, fuera de ellas; tenía cabeza como de leopardo, ¹⁵³ pero el resto de su cuerpo se asemejaba al de un escorpión. Se había vuelto en sentido contrario al sur y al este, ¹⁵⁴ y dijo:

PALABRAS DE LA DISCORDIA. Rechazo el oriente y no quiero el sur, pues el oriente quiere tenerlo todo, y el sur quiere retenerlo y sujetarlo to-

la Divina Providencia, juntamente con la soberbia omnipotencia de querer sustituirla por los propios recursos; pero en segundo lugar, y más radicalmente, la negación misma de Dios por el desmesurado amor de sí mismo, que se dilata hasta donde alcanza el propio e insaciable deseo, en un vano intento por sustituir con bienes creados y finitos al Bien infinito, único capaz de colmar la hondura del deseo humano. Por eso al hablar de la avidez o deseo desordenado, se habla de perversidad, de iniquidad y de infidelidad.

¹⁵² Liber vite meritorum 4, 15, p. 181-182 y 35-36, p. 197-198.

¹⁵³ Véase nota 67.

¹⁵⁴ El texto dice "occidentem", pero a la luz de las palabras de la Discordia suponemos un error: entendemos que debe ser "orientem", porque: 1) la Discordia le vuelve la espalda al igual que lo hace con el sur; 2) porque con sus palabras expresa el rechaza hacia ambos puntos cardinales; 3) porque el este, esto es el oriente, es el lugar que simboliza a Cristo, el rey pacífico, el Cordero de Dios.

do. 155 Pero ¿qué obtendrán el occidente y el norte? La aurora brilla y resplandece con el refulgente sol, mas el occidente lleva en sí tinieblas. ¿Y el norte puede hacer algo? Sí. Pues las tinieblas oscurecen el sol, pero el sol no se aproxima a las tinieblas para atenuarlas; 156 así, ambos mantienen su propia energía, y el norte sustenta lo que se mueve en las tinieblas. ¿Qué podrán hacer las aves en el cielo, y las bestias y el ganado en la tierra? ¿Qué posibilidad tienen las diversas especies de peces en las aguas? Hacen lo que pueden. Y yo habito con todos éstos, y discierno lo que son, y lo que pueden hacer. A todos, nobles y plebeyos, ricos y pobres, doy vueltas como una rueda. Si pusiera mi atención sólo en una cosa me aburriría de ella; pero en todas ellas estoy mientras me place. Cada uno, esto es el rico y el pobre, el no-

¹⁵⁶ En *Liber divinorum operum* 1, 2, 11 (p. 71) leemos: "Desde el nacimiento primero del oriente, o sea desde donde sale el sol cuando los días comienzan a alargarse, hasta el ocaso último del occidente, es decir hasta donde el sol ya no avanza más, se extiende la línea, esto es el camino del sol que evita la región septentrional; porque el sol no se introduce en esas partes sino que tiene como dejadas de lado aquellas que el antiguo seductor escogió como sede de su mansión, por lo que Dios las privó también de la presencia del sol."

¹⁵⁵ En Scivias 3, 2, 6 (p. 353-54) y refiriéndose al Edificio de la Salvación, Hildegarda da la significación de los cuatro ángulos del edificio -los cuatro puntos cardinales-: "El Hijo de Dios nació de una Virgen y padeció en Su carne para que, en el principio y aurora de la justicia, el hombre fuera restituido a la vida, a la que toda justicia va unida: es el ángulo oriental [tenerlo todo, como dice la Discordia, es tener el Sol de la justicia con la que se rescata al hombre, y con él a la creación toda, recuperándolos para la vidal. Desde allí germinó la salvación de las almas, porque Dios cumplió acabadamente en Su mismo Hijo toda la justicia prefigurada desde Abel hasta el mismo Hijo de Dios, en Oujen llegó a su término la Ley de la observancia carnal del Antiguo Testamento. Y así llegó la salvación de los hombres fieles en virtud de la fe que el Hijo de Dios trajo, cuando fue enviado por el Padre al mundo, en el ocaso de los tiempos: es el ángulo occidental [en el que el Sol se pone, y quedan las tinieblas]. También contra el diablo se levantó la justicia en Abraham y en Moisés, quienes en ella anunciaban la gracia prometida mediante la cual el hombre ha sido salvado, el hombre a quien el demonio había engañado dándole muerte como un ladrón en la caída de Adán: es el ángulo septentrional [es el lugar de la oscuridad de la muerte, del poder y la fuerza del diablo, de la discordia primera y suprema]. Por lo que la miserable y mortal caída que tuvo lugar en el género humano fue luego noble y convenientemente restaurada en virtud de la gracia celestial, con pleno fruto en la ardiente obra de Dios y del hombre: es el ángulo meridional [retenerlo y sujetarlo todo, en palabras de la Discordia, es esta restauración que supera en gracia y fruto a la condición previa a la caída, puesto que aquí se aúnan la obra de Dios y la del hombre -a partir del Dios hecho hombre- para la plenitud del fruto, tal vez como referencia a la Iglesia]".

ble y el plebeyo, haga lo que pueda; así haré yo también, como asimismo lo hacen el oriente y el sur." 157

"EN PARTICULAR SOBRE LA DISCORDIA, SU ASPECTO, Y QUÉ SIGNI-FICA. Y ves otra imagen que representa la Discordia, que sigue aquí al Deseo desordenado e insaciable: porque cuando los hombres malvados, debido a su avidez, buscan muchas cosas que no pueden tener, en la insensatez de su espíritu vienen a parar en la discordia y agreden y atormentan a los demás, lo mismo que el perro cuando se enfurece ataca al hombre. Armando y generando muchos desacuerdos y conflictos, en su aspereza y amargura esparcen y disipan lo que Dios ha hecho, pues no quieren la paz y se alegran sobremanera cuando despedazan a los demás con sus palabras y sus acciones.

Pende sobre aquellas tinieblas con los pies levantados, fuera de ellas: porque los hombres así instigados por este vicio, a causa de su arrogancia y de su obstinación están siempre dispuestos a la prevaricación de la infidelidad en sus caminos, sin ceder ante nadie, sin respetar a nadie, sino trastocando todo lo que pueden destruir, sin considerar el bien común, como lo hicie-

¹⁵⁷ Tras el discurso de la Discordia se oculta la pretensión de omnipotencia, omnipotencia que tan sólo existe en sus palabras, como claramente lo señalan los límites que le puntualiza la Concordia ("¿Acaso podrías destruir el cielo y sus elementos? De ningún modo. Ni siquiera puedes hacer una mosca. En tu querella profieres toda clase de injurias, pero aunque pronunciaras mil invectivas para destruir una ciudad, no podrías dañarla con ellas, ¿Por ventura podrías apoderarte del sol y de las estrellas? No, ya que hasta el polvo del fulgor del sol te desprecia. Cuando en el principio comenzaste a luchar fuiste arrojada al infierno; y no puedes hacer más que lo que ves en la creación. Pues es en ella que desempeñas tu servicio, al modo como el buey sirve a su señor". Liber vite meritorum 4, 16, p. 182): no puede crear ni destruir, ni sobrepasar en su actividad el ámbito de la creación. Como acontece con toda creatura, lo suyo es un trabajo; en su caso, al servicio del mal. Además, la Discordia carece de la verdadera fortaleza, que se relaciona íntimamente con la estabilidad del ánimo, porque la discordia es lábil en su ir y venir con el veneno de su lengua, esto es, con la picadura de la cola del escorpión. Cesare Ripa la define como "un movimiento y alteración del ánimo y de los sentidos, que se produce en virtud de muy diversas acciones humanas, induciendo a enemistad; siendo sus causas la ambición, el ansia de poseer y la diversidad de naturalezas, estados, profesiones, naciones e inclinaciones" (RIPA, CESARE, ob. cit., T. 1, p. 286), y es claro que, provocando la enemistad y por apetencias personales, carece también de la actitud de servicio. Porque quien es fuerte puede servir sin desmedro de sí mismo, cosa que no sucede con el débil, quien en el servicio ve una mengua de su propio ser.

ran aquellos que ponían todo lo que tenían como bienes comunes, a favor de los otros, como está escrito: La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Ninguno de ellos, poseyendo algo, decía que era suyo, sino que todo era común entre ellos. (Hech. 4, 32). [...]

Tiene cabeza como de leopardo, porque conduce toda voluntad de los hombres inicuos a una doble locura, ¹⁵⁸ cuando de palabra y de obra los hace enfurecerse y delirar, y cuando mediante los ardides de su insensata crueldad sacude a todos –tanto a las personas apacibles cuanto a las inquietas— con la horrible agitación de la desazón y la turbación del alma, y esto hace de manera disimulada o abiertamente. Por esto, imitando al diablo de quien procede, con sus malvadas sugerencias inquieta a todos y los trastorna. Pero el resto de su cuerpo se asemeja al de un escorpión: porque todo lo que hace está lleno del veneno de la muerte, ya que no cultiva otra cosa que las causas de la infelicidad y de la muerte.

Se vuelve en sentido contrario al sur y al este, esto es que se opone a las virtudes que arden en el amor de los bienes celestiales; y allí permanece, trastocando todo lo que puede con sus diabólicas insidias, como lo declara con sus dichos, según se ha mostrado."

3. 17. LA INESTABILIDAD O ÁNIMO VAGABUNDO 159

"Tenía una figura infantil, salvo porque carecía de cabellos en su cabeza, y porque tenía el rostro y la barba de un anciano. En dichas tinieblas pendía envuelta en un paño o saco de tela —casi como en una cuna—, movida como por el viento de aquí para allá. Pero no vi en ella otra vestimenta. A veces se levantaba del paño y otras veces se escondía en él. Y dijo:

PALABRAS DEL VAGABUNDEO O LABILIDAD. Tengo por una estupidez permanecer en un solo lugar y entre una sola gente. Quiero mostrarme en todas partes para que en todas se oiga mi voz, y para que mi rostro se vea en

¹⁵⁸ La doble locura, en relación con la cabeza del leopardo, nos remite a la doble naturaleza de este animal, que se dice engendrado por león y por pantera (véase nota 67).

¹⁵⁹ Liber vite meritorum 5, 4, p. 221 y 30, p. 234-235.

todas partes: así se ampliará mi gloria. 160 Pues la hierba crece y aparece su

160 En tiempos de Hildegarda ésta era la actitud y costumbre de muchos maestros con cátedra en las escuelas catedralicias, quienes a veces y por diversas razones se trasladaban de una escuela a otra, de una ciudad a otra, pudiendo darse el caso que sus alumnos los siguieran. Entre esas diversas razones estaba el afán de ser oídos, aclamados y honrados, cobrando fama y cierto poder. En una carta al deán de Colonia Felipe de Heinsberg dice la abadesa de Bingen: "Pero vosotros ya os habéis fatigado buscando cualquier transitoria reputación en el mundo, de manera que a veces sois caballeros, a veces siervos, otras sois ridículos trovadores, y con vuestras fabuladas tareas algunas veces espantáis las moscas en el verano." (Carta 15r -al deán de Colonia Felipe de Heinsberg-, año 1163, p. 37, CCCM 91). La referencia es a los sacerdotes que en lugar de ocuparse de instruir y acompañar al pueblo en el conocimiento y la práctica del Evangelio, se procuraban fama y riquezas -y una vida más cómoda- por su desempeño como maestros en las escuelas catedralicias. Hoy, la situación ya no es la misma, es diferente. ¿Es diferente...? Hoy nos encontramos con que las personas no se han formado en el discernimiento y la objetividad, en la honestidad que se requiere para ello y en la fortaleza que demanda el obrar en consecuencia; disciplina, paciencia y perseverancia son rechazados en nombre del "yo hago lo que yo siento en este momento" con toda la secuela de labilidad de un sentimiento sin apoyo racional, humano. Hoy las Universidades, tratando de responder a determinadas "exigencias", se han convertido en una "fábrica de titulados": títulos de grado, posgrados, maestrías, doctorado, cada uno con su papelito, uno tras otro, y más..., más..., que muchas veces sólo acreditan haber hecho los cursos, haber entregado un trabajo "suficiente", y quedar habilitado para el incremento del puntaje correspondiente. Muchas veces se elige un tema por la facilidad para cumplimentarlo en los breves plazos fijados por diversas exigencias, y son pocas las veces que el tema elegido responde a una auténtica pasión que lleva a continuar su estudio más allá de la obtención del título. Doctorarse cuanto antes -no se habla de "ser docto", porque el doctorado ya no es la coronación del estudio de un autor o de una materia y de una vida dedicada al mismo -coronación que no todos pueden, y no tienen por qué alcanzar-, sino que es una condición para comenzar a trabajar en tal o cual ámbito; y allí no se detiene la bola de nieve que ha ido formándose, y por eso aparecen los cursos de posdoctorado... Y todo esto se transforma en una persecución de títulos para exhibir, queriendo así acreditar una idoneidad en tal o cual especialidad, cuando en realidad lo que se ha hecho muchas veces es saltar de un tema a otro y en el menor tiempo posible, por el simple motivo de que ése era el curso que se ofrecía. ¿Estamos ante la sabiduría de un profesional, o ante el oropel, que no es sino un oro falso? La respuesta de la Tranquila Estabilidad es también una respuesta a estas actitudes: "Tú, oh diabólica argucia, caerás como la flor de heno y como el barro serás pisoteada en el camino. Tú eres la voz de la vanidad, la mirada de la iniquidad, y no tamizas las palabras de la racionalidad sino que avanzas con una marcha imprecisa y cambiante, como la langosta, por lo que también te esparces por diversos lugares, como la nieve. No comes el alimento de la sabiduría ni bebes la bebida del discernimiento, sino que imitas la vida de las aves, que no tienen estabilidad alguna en cuanto al lugar donde hacen sus nidos. Eres, pues, ceniza y podredumbre, y no tendrás ningún sosiego." (Liber vite meritorum 5, 5, p.

flor; si esto no sucediera, ¿qué gloria tendría el hombre? Yo soy hierba en mi sabiduría y en mi razón, y en mi belleza soy flor. Y por esto me manifestaré dondequiera."

"EN PARTICULAR SOBRE EL VAGABUNDEO O LABILIDAD, SU ASPEC-TO, Y QUÉ SIGNIFICA. Esta imagen designa al Espíritu Vagabundo, que aquí acompaña al Sarcasmo: 161 porque por él cae en la inestabilidad, 162 conduciendo a la falta de moderación y al exceso todo lo que está rectamente dispuesto, y hasta el fin considera a Dios como si tuviera límites. 163

Tiene una figura infantil, ya que no considera ni el cielo con regocijo, ni la tierra con solicitud, sino que en el círculo de los elementos sólo descubre una inconsistente vacuidad; 164 nada provee con rectitud, nada divide con justicia, sino que acomoda todas sus obras a sus costumbres pueriles. 165 Carece de cabellos en su cabeza, y tiene el rostro y la barba de un anciano: porque manteniendo fijo su espíritu en el tedio se aparta del honor de la sabiduría; 166

^{221-222).} Y si trasladamos la condición de labilidad al ámbito de la política, y de allí al gobernante, la situación y las reflexiones a que da lugar son harto conocidas y malamente cobijadas bajo la famosa definición de que "la política es el arte de lo posible"...

¹⁶¹ El Sarcasmo es el vicio que le antecede, en la obra de Hildegarda.

Porque el sarcasmo, en su afán de herir con sus burlas, busca aquí y allá los puntos débiles y la fragilidad de los otros, y avanza y retrocede según su conveniencia, falto de toda rectitud en su conducta.

La desmesura del Espíritu Vagabundo lo hace buscar una omnipresencia de sabiduría, fama y gloria, casi como un remedo de Dios. Y en el deseo de imitarlo de esa manera, se produce el camino inverso: termina proyectando un dios a su imagen y semejanza, esto es, limitado. le Por la frivolidad de su mirada, por la falta de madurez de sus criterios, por la puerilidad de sus deseos, el mundo está vacío de toda otra presencia que no sea la suya. De ahí también la necesidad del vagabundeo, de su labilidad: debe llenar nada menos que el mundo.

¹⁶⁵ Y una de las características del niño, y de la puerilidad en el adulto, es precisamente el egocentrismo.

¹⁶⁶ La carencia de cabellos en la mujer (y la imagen es femenina), como la falta del velo, indicaba vergüenza, deshonor, humillación (recordemos lo sucedido en Francia con las mujeres acusadas de colaboracionistas con los alemanes, luego de la Segunda Guerra Mundial); por eso san Pablo recuerda que para la mujer la cabellera es gloria, y le ha sido dada a modo de velo (1 *Cor.* 11, 15). Por otra parte, el tedio es significativo de un vacío que produce, precisamente, la necesidad de poblarlo con ese constante vagabundeo que asume la apariencia de una múltiple y provechosa actividad, la cual da buena fama ante los demás. Este activismo a ultranza no es otra cosa que la huída del tedio, sí; pero una mirada más profunda nos dice que

sin embargo, en su intención desea aparecer venerable y virtuosa ante los hombres, como conviene a los hombres piadosos.

En aquellas tinieblas pende envuelta en un paño o saco de tela -casi como en una cuna-, movida como por el viento de aquí para allá. Esto significa que los hombres inmersos en este vicio están neciamente envueltos y como atrapados en la infidelidad y en el entretejido de su voluntad -como si descansaran cómodamente-, cuando por las tentaciones diabólicas se dispersan en las múltiples y diferentes vanidades de muchas cosas y juegos desconocidos. Nada comienzan rectamente, nada finalizan con rectitud, pero corren de un lado a otro cambiando como nube inquieta, en todo siempre errantes, en todo eligiendo lo que desconocen, y buscando siempre moradas ajenas.

Pero no ves en ella otra vestimenta: porque estos hombres no se revisten de la estabilidad propia de la integridad, sino que siempre caminan vacilantes a causa de su inestabilidad.

A veces se levanta del paño y otras veces se esconde en él, ya que esos hombres a veces muestran que quieren abandonar sus deseos y elevarse a un mayor respeto, pero otras se ocultan en su voluntad, cuando a nadie manifiestan lo que planean hacer. Actúan así instigados por el mismo vicio, que no busca ninguna saludable quietud, ninguna estabilidad verdadera, sino que siempre quiere ir de aquí para allá y en todo mostrarse petulante, como más arriba lo indican sus palabras."

3. 18. LA AVARICIA¹⁶⁷

"Su imagen aparecía con la figura de un hombre, excepto porque carecía de cabellos, tenía barba como de chivo, pupilas pequeñas y el blanco de los ojos dilatado; con sus narices aspiró el viento y lo emitió con gran fuerza.

es la huída de una mirada honesta, humilde y valiente sobre uno mismo, de un discernimiento ordenador de valores y prioridades, de una actitud seria, equilibrada y madura ante la vida: en otras palabras, es apartarse de la sabiduría, pero queriendo retener para sí la apariencia de su honor.

¹⁶⁷ Liber vite meritorum 5, 8, p. 223-224 y 33, p. 238-240.

Sus manos eran de hierro, las piernas sanguinolentas, y sus pies como los pies de un león. Vestía una túnica tejida con una mezcla de colores blanquecino y negruzco, que parecía angostarse en su parte superior pero en la inferior, cerca de las piernas, se ensanchaba ampliamente. Sobre su pecho apareció un buitre de color negro, que había clavado sus patas en el pecho pero había vuelto su dorso y su cola contra la imagen.

Junto a ella había un árbol cuyas raíces se hundían en la Gehena, y cuyos frutos eran negros como la pez y sulfúreos. La imagen miraba este árbol con gran amor y, arrebatando con su boca un fruto, lo devoraba ávidamente. También rodeaban a la imagen muchos gusanos horribles que con sus colas producían mucho ruido y gran movimiento en las tinieblas, como los peces sacuden el agua con los golpes de sus colas. ¹⁶⁸ Y la imagen decía:

PALABRAS DE LA AVARICIA. Yo no soy necia, sino que soy más sabia que aquellos que miran los vientos y piden al aire todo lo que necesitan. En cuanto a mí, todo lo arrebato y lo reúno en mi seno, y cuanto más recojo, tanto más tengo. Pues mucho más útil me es tener todo lo que necesito que pedirlo a otro; y no hay culpa en quitar lo que he reunido a aquél que tiene más de lo que necesita. Cuando yo tengo lo que quiero, no tengo que preocuparme en manera alguna de pedir algo a otro. 169 Y cuando veo en mi re-

¹⁶⁸ La experiencia cotidiana nos permite concluir, en muchas oportunidades, una preocupación obsesiva a partir de la ausencia de cabellera; la barba de chivo habitualmente da al rostro un aspecto torvo, oscuro, y de ahí que a menudo en las historietas, o en caracterizaciones actorales, el tradicional "villano" ostente dicha barba para subrayar su carácter de tal; las pupilas pequeñas hacen un rostro astuto, taimado y hasta cruel, que en lugar de una apertura buena al prójimo muestra un estudio del mismo, frío y calculador, para los propios fines; el venteo fuerte de la nariz señala avidez ansiosa e insaciable; las manos de hierro hablan de fuerza en el arrebatar y retener; las piernas sanguinolentas y las garras de león denotan crueldad; la vestimenta oscura y el buitre negro y carroñero, no hacen otra cosa que corroborar la sensación de malignidad. Los frutos sulfurosos del árbol maldito añaden, a lo que hasta ahora era una impresión proveniente de la vista, del olfato y del tacto, la sensación del gusto, amargo y picante, que no impide su ingesta por parte de la codiciosa imagen, a quien tan sólo le importa tener, sin reparar en "qué". Finalmente, la presencia de los gusanos y su actividad significan la apelación al oído, a través del desagradable ruido del tumulto y de los golpes, cuya estridencia completa el retrato de una realidad interior a partir de los sentidos. Lo oculto del alma se revela en la manifestación de los sentidos...

¹⁶⁹ Se hace presente aquí la pretensión de suficiencia absoluta de la avaricia, su deseo de bas-

gazo todo lo que quiero, llevo a cabo felizmente todo lo que me da placer. Entonces no temo a nadie sino que vivo feliz, y a nadie necesito pedir compasión, porque gracias a mi dureza tengo una astuta sabiduría, pido todo lo mío y nadie puede engañarme. Y qué daño me causará la amenaza de alguno, cuando nadie puede perjudicarme? Tampoco soy un bribón ni un ladrón, sino que tomo todo lo que quiero, y lo adquiero por mi habilidad."

"EN PARTICULAR SOBRE LA AVARICIA, SU ASPECTO, Y QUÉ SIGNIFI-CA. Esta imagen muestra a la Avaricia, que camina detrás del Ocultismo, ¹⁷¹ porque es el oficio y la plenitud de la obra de aquél. ¹⁷² También es servidora

tarse a sí misma, juntamente con la ilimitada dilatación de sus necesidades, que la obliga a un continuo apropiamiento y acopio de bienes.

170 La virtud contraria, el Contento con lo Propio, dice a la Avaricia: "Yaces en la dureza, y en todo olvidas a Dios, porque no confias en Él. Eres dura y áspera, sin misericordia, puesto que no quieres el progreso del otro. Como el gusano se oculta en su cueva así tú, grosera y extremadamente vil y despreciable, te apartas de toda prosperidad ajena, porque nada te es suficiente." (Liber vite meritorum 5, 9, p. 224-225). Te apartas de toda prosperidad ajena, porque nada te es suficiente: bajo la apariencia de envidia ("no quieres el progreso del otro", "te apartas de toda prosperidad ajena"), la segunda parte de la frase ("porque nada te es suficiente") parece indicar el verdadero motivo de tal actitud: lo que el otro tiene o está consiguiendo, precisamente porque es del otro es lo que el avaro no tiene, y esa carencia le ocasiona zozobra ante una posible necesidad que no podrá cubrir, porque no lo tiene. La pretensión de suficiencia absoluta de la avaricia...

¹⁷¹ El Ocultismo es el vicio que le antecede, en la obra de Hildegarda. Bajo esta palabra subsumimos varios conceptos que, si bien no designan realidades idénticas, coinciden en apuntar a características que las hacen semejantes: el ser ocultas, el desarrollarse bajo un secreto o sigilo que abarca a las personas que se involucran de algún modo en ellas, el presentarse como un saber que a veces pretende ser una ciencia, las fuentes y los procedimientos puestos en práctica, y sus consecuencias. Nos referimos entonces a la magia, la brujería, la hechicería, la astrología y otras tales.

172 El Ocultismo dice: "Pero yo, con estos conocimientos y artes, reino y domino donde quiero: en las luminarias del cielo, en los árboles y las hierbas y en todo lo que reverdece en la tierra, en las bestias y los animales sobre la tierra, y en los gusanos sobre la tierra y bajo la tierra. ¿Quién se me opondrá en mis caminos? Dios ha creado todas las cosas, por lo que ninguna injuria Le hago con mis conocimientos, pues Él mismo quiere que se Lo reconozca y aprecie en las Escrituras y en la plenitud de Sus obras. ¿En qué aprovecharía que Sus obras estuvieran tan escondidas que ninguna causa pudiera considerarse y reflexionarse en ellas? De nada serviría." (Liber vite meritorum 5, 6, p. 222-223). En la raíz de esta compulsión por conocer se reconoce entonces la soberbia del querer señorear, o dicho de otro modo, el "no ser-

de los ídolos, ya que siendo como el vientre del diablo no se llena, pues no puede llevar a término ninguna obra según su voluntad.

Aparece con la figura de un hombre, porque desea los bienes de la tierra y no los celestiales; excepto porque carece de cabellos, pues no cultiva honestidad alguna en su voluntad; tiene barba como de chivo, porque en lugar de la belleza del decoro ama la fealdad; pupilas pequeñas y el blanco de los ojos dilatado, ya que no se alegra con la prosperidad de los otros sino que manifiesta en su mirada una envidia horrible; y con sus narices aspira el viento y lo emite con gran fuerza, porque sobresaliendo por su aspiración desmedida se carga de mundanas deseos, y se desprende de ellos para nuevamente procurarse otros mayores: esto es porque pretende recibir de lo poco, mucho, y de lo moderado, lo excesivo.

Sus manos son de hierro, porque sus obras llevan a cabo gran número de robos con dureza y acritud; las piernas sanguinolentas, pues debido a su fuerza llega al derramamiento de sangre para satisfacer su deseo, cuando mata a los hombres a causa de sus propios intereses; y sus pies como los pies de un león, ya que dirige todos sus pasos hacia los caminos de la ferocidad y de la rapiña, sin respetar a nadie cuando encuentra algo, para apoderarse de ello.

Viste una túnica tejida con una mezcla de colores blanquecino y ne-

viré" luciferino. Por aquí se entiende mejor la alusión de Hildegarda al verdadero mal que se esconde tras la existencia de astrólogos, adivinos y otros tales. El presunto saber de los astrólogos -que sustituye la presciencia divina, omnipotente y creadora, por el saber de las estrellas que ellos interpretan- y la angustiosa consulta de quienes con la mirada puesta en los astros acuden a ellos -en un loco intento por asumir el control de su vida a partir de ese saberconfiguran una forma de idolatría que la abadesa de Bingen denuncia por boca del mismo Dios en un texto que ya hemos visto pero que reiteramos por considerarlo oportuno: "Oh necios, cuando Me entregáis al olvido y ya no os volvéis a mirarme ni Me adoráis, sino que consideráis qué presagia y qué revela una creatura que os está sometida, entonces pertinazmente Me rechazáis, rindiendo culto a una débil creatura en lugar de hacerlo a vuestro Creador." (Scivias 1, 3, 20, p. 50) En nuestros días, en que parece haber un renacimiento de brujos, adivinos, astrólogos y tanto más, el Catecismo de la Iglesia Católica puntualiza: "La consulta de horóscopos, la astrología, la quiromancia, la interpretación de presagios y de suertes, los fenómenos de visión, el recurso a 'mediums' encierran una voluntad de poder sobre el tiempo, la historia y, finalmente, los hombres, a la vez que un deseo de granjearse la protección de poderes ocultos. Están en contradicción con el honor y el respeto, mezclados de temor amoroso, que debemos solamente a Dios." (§ 2116). Esta voluntad de poder es la que conecta al Ocultismo con la Avaricia.

gruzco: porque toma para sí todas las riquezas que puede, adquiridas justa o injustamente, sin preguntar a nadie de dónde provienen o de quién son; que parece angostarse en su parte superior pero en la inferior, cerca de las piernas, se ensancha ampliamente, ya que a veces muestra, con disimulado fingimiento, que roba a los religiosos en pro de una recompensa celestial, ¹⁷³ mientras que entre los seglares, que llevan sobre sí el cuidado y la solicitud por lo terrenal, extiende la amplitud de sus pliegues para robarles en cuanto a la estimación del valor de sus bienes. ¹⁷⁴

Sobre su pecho aparece un buitre de color negro, porque la voracidad de sus muchas rapiñas sostiene y halaga su conciencia en la negrura de su codicia; que clava sus patas en el pecho, ya que dirige sus pasos según la voluntad de su conciencia, puesto que hace todo lo que desea; ¹⁷⁵ pero vuelve su dorso y su cola contra la imagen, porque extiende y acrecienta su energía y la realización de sus maldades a favor de la avaricia, esforzándose para ello de todas formas.

Junto a ella hay un árbol cuyas raíces se hunden en la Gehenna, y cuyos frutos son negros como la pez y sulfúreos. Esto es que en los corazones de los hombres infieles la avaricia muestra su solicitud por las cosas del mundo, la cual solicitud, inmersa con todas sus fuerzas en la muerte, con el retorcido andar de sus cuidados extremadamente perversos y dañinos lleva adelante y da a conocer el fruto de su vileza, de un hedor insoportable, cuando no considera cosa alguna del cielo, sino siempre las de la tierra. 176

La imagen mira este árbol con gran amor y, arrebatando con su boca un fruto, lo devora ávidamente: porque la avaricia, fijando sagazmente su mirada en esta necia solicitud, se apodera con ávida mordida de esas cosas

¹⁷³ Frase de dificil interpretación. Podría significar que de varias formas roba o comete fraude contra los religiosos, quienes padeciendo de buena manera semejante mal ganarán mérito en el Cielo; pero también podría referirse a que obtiene bienes de los religiosos con el pretexto de usarlos para obras de bien, con el consiguiente mérito celestial para los donantes.

¹⁷⁴ Aquí la interpretación parece más sencilla: se trata de defraudar en cuanto al precio justo, en las transacciones comerciales.

¹⁷⁵ Queda aquí subrayado el pleno conocimiento y el asentimiento de la voluntad en la avaricia, dando así mayor fuerza a lo afirmado en la frase que sigue, en cuanto a la dilatación del campo de sus maldades y el sostenido despliegue de las energías que ello supone.

¹⁷⁶ Las notas 139 y 140 dan razón de este párrafo: del por qué se habla de la infidelidad del avaro, y por qué toda su solicitud lo lleva finalmente a la muerte.

que produce con sus cuidados mundanos, y sin moderación alguna las arrebata para sí. Pues los hombres que sirven a este vicio jamás están seguros, ni confían en Dios, sino que se sumergen apasionadamente y por entero en las cosas perecederas.

También rodean a la imagen muchos gusanos horribles, ya que la avaricia está rodeada y ceñida por indescriptibles y monstruosas artes diabólicas:177 con sus colas producen mucho ruido y gran movimiento en las tinieblas: porque con la fuerza y la realización de su iniquidad causan grandísimo estrépito e inconmensurable inquietud en medio de las tinieblas de la infidelidad, ya que a nadie permiten disfrutar tranquilamente de sus bienes. Y esto también lo hacen mediante los hombres inicuos, como cuando los peces sacuden el agua con los golpes de sus colas, o sea, cuando en ellos la perversidad de sus obras depravadas, consolidadas y llevadas a cabo, perturba y estorba la pureza de la buena ciencia en los hombres santos, 178 de manera tal que les quitan lo que les pertenece y porfiadamente lo toman para sí, como también lo manifiesta el mismo vicio con sus palabras arriba mencionadas. Se le opone el Contento con lo Propio, advirtiendo confiadamente a los fieles que los dones de Dios bastan y son suficientes, para que no caigan en la amargura de la cruel infelicidad, si de manera insolente persisten en su avaricia."

¹⁷⁷ Estas artes diabólicas son todas las argucias que el deseo de la avaricia, sus mentiras y engaños, la violencia y tanto más ponen en práctica para apoderarse de lo ajeno y retenerlo, en una escalada sin fin. Esto, ya grave y gravoso en un particular, resulta magnificado a niveles y alcances insospechados cuando se trata de quien o quienes detentan autoridad y poder institucionales.

¹⁷⁸ Las palabras de la Avaricia se referían a la maligna astucia de su sabiduría, que aquí aparece contrapuesta a la pureza del conocimiento—la fe y las costumbres— de los hombres de bien. Puede tratarse de una referencia a la avaricia de algunos miembros del clero de entonces y de algunos miembros de las órdenes religiosas, quienes trataban de justificar con mil argumentos su escandalosa conducta. Tal vez haya aquí un eco de la situación religioso-política de su tiempo, que hemos visto en la primera parte de nuestro trabajo, y también y en particular, de la confrontación vivida por la abadesa con el abad Kuno, de San Disibodo. En ambos casos, lo que se quita y se retiene no son sólo bienes materiales, sino los bienes espirituales de la justicia, la buena fe y la confianza por una parte, y la verdad y la recta doctrina por otra.

4. CONCLUSIÓN

Damos fin a este artículo con palabras de Hildegarda a propósito de una cita bíblica, que nos han parecido oportuna a modo de epílogo y motivo de reflexión.

PALABRAS DEL PROFETA JEREMÍAS SOBRE ESTE TEMA. ¿Dónde están los príncipes de las naciones y los que dominan sobre las bestias de la tierra, los que se distraen con las aves del cielo, los que atesoran la plata y el oro en que confian los hombres? No hay un límite para el tesoro de esos que trabajan la plata con solícito esfuerzo, y tampoco hay rastro de sus obras. (Bar. 3, 16-18). El sentido del texto es éste.

¿Dónde están, y qué recompensa tienen aquellos que con su tiranía oprimen a los pueblos? Ciertamente se encuentran en los lugares aterradores y repugnantes que sus obras prepararon para ellos; recibieron la recompensa del castigo porque abandonaron los preceptos de la Ley; porque en aquel dominio que ejercieron sobre los pueblos se endiosaron a sí mismos, y porque con su avaricia acabaron con sus bienes. También quienes ejercen su dominio sobre las fieras que viven en su estado salvaje —sin conocer en la tierra otra cosa que lo que es propio de las bestias— las tienen en su poder como si las hubieran hecho, sin pensar que Dios las creó para servirles. Y así abandonan la altura y la anchura de las divinas recompensas por el magro precio de su propia voluntad, ya que hacen lo que quieren.

Pues no elevan su espíritu hacia Dios sino que sirven a la avaricia,

¹⁷⁹ Si bien se anuncian palabras de Jeremías, el texto se encuentra en el libro de Baruc. Transcribimos una explicación de Mons. Straubinger, en su introducción al libro de Baruc: "No hay duda de que el autor es aquel Baruc que conocemos como amanuense de Jeremías, quien le dictó sus profecías y luego, hallándose preso, le encargó las leyera delante del pueblo, como lo hizo también más tarde ante los príncipes" (*Jer.* 36). Si bien todo el capítulo 36 expone la situación, traemos a modo de confirmación el v. 4: "Llamó pues Jeremías a Baruc, hijo de Nerías, y de boca de Jeremías escribió Baruc en el rollo del libro todas las palabras que el Señor le había dicho." Por donde se ve que no es errada la atribución del texto a Jeremías, según lo hace Hildegarda, aunque la cita bibliográfica pertenezca al libro de Baruc.

por lo que en medio de una espantosa oscuridad no reciben otra cosa que la paga de las bestias. Y quienes satisfacen sus placenteras diversiones con las aves que atraviesan el aire, y desechando la armoniosa música del Espíritu Santo —con la que deberían regocijarse en los preceptos de Dios¹⁸⁰— vuelven sus gozos hacia las caprichosas costumbres de las aves, alegrándose con ellas de manera inapropiada en su constante variación,¹⁸¹ soportarán por ello grandes penas, porque no sirven a Dios.

Y están quienes mediante injustas adquisiciones e injustas ganancias atesoran para sí la plata de la mortalidad y el oro de la perdición, poniendo en ello su esperanza porque sólo conocen las cosas de la tierra y no las celestiales, de manera tal que no introducen ningún límite, ninguna medida a su necesidad de acumular: porque no quieren la plata del buen conocimiento —por el que se atesoran las obras de santidad en la armonía celestial—, y porque desprecian el oro de la sabiduría —por la que los hombres fieles se gobiernan sabiamente en

¹⁸⁰ Aparece aquí la contraposición entre la armoniosa música del Espíritu Santo y la estabilidad de sus preceptos, en todo lo cual el hombre debiera encontrar sus gozos y que desecha, y el voluble canto de las aves y su vuelo caprichoso, que lo deleitan.

¹⁸¹ La referencia a las costumbres de las aves en su inconstancia, o constante variación, puede encuadrarse en la observación de San Isidoro de Sevilla, quien en sus Etimologiae (L. 12, c. 4) dice que el nombre de aves se debe a que sus caminos son inciertos, variables, errantes e inclusive extraviados (per avia, por caminos quebrados, desconocidos, inaccesibles). También Chevalier y Gheerbrant dicen: "san Juan de la Cruz lo ve [se refiere a la ligereza del pájaro] como símbolo de las operaciones de la imaginación, ligero, pero sobre todo inestable, volando de aquí para allá, sin método y sin consecuencia." (Diccionario de los símbolos, v. Ave, pájaro, p. 155). La conducta inapropiada o indecorosa sería entonces aquella regida no por la razón, que halla su legítimo gozo cuando descansa en la verdad conocida y poseída como un bien -ya se trate de la relación con una persona, de un trabajo, de la vivencia de una situación, de una diversión, etc.-, sino aquella que va sin rumbo conocido en pos de la novedad, y que necesariamente es variable y falta de quietud, sin reposo, porque la novedad deja de serlo, y se impone la búsqueda de otra aquí, y otra allá, y siempre otra. Y se llega a la exasperante y obsesiva necesidad de estímulos cada vez más fuertes y muchas veces peligrosos en más de un aspecto, para "sentir" algo nuevo, sin importar qué, ni cómo, ni a qué precio. Esta inestabilidad sería entonces la contrapartida de la armoniosa estabilidad de los divinos preceptos que regocijan al hombre, porque son la voluntad de su Creador para su plena y perfecta realización (véase Sal. 18, 8-9).

También hay quienes trabajan la plata según las diversas formas de su confianza, 183 y se preocupan por las cosas terrenales y caducas, para que no se las arrebaten: por eso tampoco sus obras podrán perdurar en ningún rastro de su presencia, porque hechas en la vanidad, en la vanidad se disipan. Pues ellos mismos, al rechazar la fe y la sumisión a Dios, hacen lo que les place en los asuntos de este mundo, diciendo: "Que Dios haga todo lo que quiere, y nosotros haremos lo que queremos." Y así arrojan lejos de sí la santidad de las obras santas -que aparecen revestidas de plata por las buenas virtudes, como delicadas figuras en la forja de las virtudes-, y fijan toda su preocupación y sus esfuerzos en las posibilidades y el poder de sus riquezas de acuerdo con los deseos de su corazón, sin tener cuidado alguno por la salvación de sus almas. Por esto no hay ningún rastro de sus perversas obras, en cuanto a alguna utilidad o algún merecimiento para la salvación, ya que todo lo que hacen se extingue como los carbones, y en medio de las obras de su avaricia aca-

¹⁸² Estamos ante una reminiscencia de *Prov.* 16, 16, en la interpretación de la abadesa de Bingen, quien en lugar de indicar la preferencia de la sabiduría sobre el oro, y de la inteligencia sobre la plata, establece la equivalencia de su valor.

¹⁸³ Texto de dificil interpretación. En las palabras de Baruc y de acuerdo con el contexto del capítulo citado —y de todo el libro de Baruc—, podría significar la construcción de ídolos de plata que, al tiempo que salvaguardaban el material precioso, otorgarían la confianza en la protección de los dioses así reverenciados (véase Sab. 13, 10-19; en realidad, todos los libros de los profetas abundan en la descripción de esta idolatría). En la glosa de Hildegarda se mantiene la imagen como metáfora de la actitud solícita de los gobernantes para con las riquezas, trabajadas de diversas formas —compromisos políticos, compraventa de lealtades, campañas de conquista y saqueo, construcciones de diversa índole— en las que confian para mantener su poder y su patrimonio. Decimos que la imagen se mantiene a través de la referencia a las delicadas figuras revestidas de la plata de las virtudes que leemos más adelante, en este mismo párrafo.

ban sus días en la muerte. 184

La contrafigura del texto que antecede, y por ende la actitud del buen gobernante, la encontramos en la petición del rey Salomón que aquí brindamos, a modo de colofón:

Respondió Dios a Salomón: 'Ya que esto fue del agrado de tu corazón, y no has pedido riquezas ni bienes ni gloria ni la muerte de tus enemigos; ni tampoco has pedido larga vida, sino que has pedido para ti sabiduría e inteligencia para saber juzgar a mi pueblo, del cual te he hecho rey, por eso te son dadas la sabiduría y el entendimiento, y además te daré riqueza, bienes y gloria como no las tuvieron los reyes que fueron antes de ti, ni las tendrá ninguno de los que vengan después de ti.¹⁸⁵

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES:

- HILDEGARDIS BINGENSIS. *Epistolarium*. Ed. Lieven van Acker. Turnhout: Brepols, 1991-93. (Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis 91-91b).
- Liber Divinorum Operum. Cura et studio Albert Derolez et Peter Dronke. Turnhout: Brepols, 1996. (CCCM 92).
- Opera Minora. Ed. Peter Dronke, Christopher P. Evans, Hugh Feiss, Beverly Mayne Kienzle, Carolyn A. Muessig, Barbara Newman. Turnhout: Brepols Publishers, 2007. (CCCM 226).
- HILDEGARDIS. Causae et curae. Ed. Paul Kaiser. Leipzig: Teubner Verlag, 1903.
- ——— Liber Subtilitatum Diversarum Naturarum Creaturarum. In: MIGNE, J.-P. (ed.). PL 197. Paris: 1882.
- ----- Liber vite meritorum. Ed. Angela Carlevaris O.S.B. Turnhout: Bre-

¹⁸⁴ Liber vite meritorum 5, 34, p. 240-241.

¹⁸⁵ 2 Par. 1, 11-12

- pols, 1995. (CCCM 90).
- Vita Sanctae Hildegardis Virginis. Cura et studio Monika Klaes. Turnhout: Brepols, 1993. (CCCM 126)

ESTUDIOS SOBRE HILDEGARDA DE BINGEN:

- BURNETT, CHARLES; DRONKE, PETER (eds.). Hildegard of Bingen. The Context of Her Thought and Art. London: Warburg Institute, 1998. 234 p.
- FRABOSCHI, AZUCENA ADELINA. Hildegarda de Bingen. La extraordinaria vida de una mujer extraordinaria. Buenos Aires: Educa, 2004. 208 p.
- —— Scivias, de Hildegarda de Bingen, primera parte. Lectura y comentario al modo de una lectio medievalis. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2009. 575 p.
- ———— Bajo la mirada de Hildegarda, abadesa de Bingen. Buenos Aires: Miño y Dávila, 271 p.
- GOUGUENHEIM, SYLVAIN. La sibylle du Rhin. Hildegarde de Bingen, abbesse et prophétesse rhénane. Paris: Publications de la Sorbonne, 1996. 211 p.
- GRONAU, EDUARD. Hildegard. Vita di una donna profetica alle origini dell'età moderna. Trad. de Roberta Osculati. Milano: Àncora, 1996. 617 p.
- KING-LENZMEIER, ANNE H. Hildegard of Bingen. An Integrated Vision. Collegeville (Minnesota): A Michael Glazier Book, The Liturgical Press, 2001. 231 p.
- NEWMAN, BARBARA. Sister of Wisdom; St. Hildegard's Theology of the Feminine. 2nd ed.. Berkeley: University of California Press, 1997. 305 p.
- NEWMAN, BARBARA (ed.). Voice of the Living Light. Hildegard of Bingen and Her World. Berkeley: University of California Press, 1998. 278 p.
- SILVAS, ANNA. *Jutta and Hildegard: The Biographical Sources*. Transl. and intr. by Anna Silvas. Pennsylvania: University Press, 1999. 299 p. (Brepols Medieval Women Series)
- STREHLOW, WIGHARD. Spiritual Remedies. Rochester, Vermont: Healing Arts Press, 2002. 257 p.

Arts Press, 2002. 257 p.

OBRAS GENERALES:

- CHARBONNEAU-LASSAY, LOUIS. El Bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y en la Edad Media. 2 vol. Barcelona: José J. de Olañeta, 1997. (Colección "Sophia Perennis", 44 y 45).
- ISIDORO DE SEVILLA, SAN. *Etimologías*. Versión castellana de Luis Cortés y Góngora. Intr. De Santiago Montero Díaz. Madrid: BAC, 1951. 563 p.
- GIORDANO, ORONZO. Religiosidad popular en la Alta Edad Media. Madrid: Gredos, 1995. 222 p. (Monografías históricas).
- GUARDINI, ROMANO. *Meditaciones teológicas*. Madrid: Cristiandad, 1965. 814 p. (Colección "Cristianismo y hombre actual", 71).
- KEENAN, MARJORIE. De Estocolmo a Johannesburgo. La Santa Sede y el medio ambiente. Un recorrido histórico, 1972-2002. Madrid: PPC, 2003. 170 p.
- LECLERCQ, JEAN. Cultura y vida cristiana. Iniciación a los autores monásticos medievales. Salamanca: Sígueme, 1965. 333 p. (Colección "Nueva Alianza", 3).
- MALAXECHEVERRÍA, IGNACIO (ed.). *Bestiario medieval*. Barcelona: Siruela, 1999. 277 p. (Serie "Biblioteca Medieval", II).
- PIEPER, JOSEF. Tratado sobre las virtudes. I. Virtudes Cardinales. Buenos Aires: Librería Córdoba, 2008. 269 p.
- RIPA, CESARE. *Iconología*. Trad. del italiano por Juan y Yago Barja; trad. del latín y griego por Rosa Ma. Mariño Sánchez-Elvira y Fernando García Romero. Prólogo de Adita Allo Manero. 2 T. 2^a ed. Madrid: Akal, 1996. (Colección Arte y Estética, 8 y 9).
- SENDLER, EGON. L'icône. Image del'invisible. Eléments de théologie, esthétique et technique. Paris: Desclée de Brouwer, 1989.

DICCIONARIOS ESPECIALIZADOS:

- BIEDERMANN, HANS. Diccionario de Símbolos. Barcelona: Paidós, 1993. 573 p.
- CHEVALIER, JEAN; GHEERBRANT, ALAIN. Diccionario de los símbolos. 6^a ed. Barcelona: Herder, 1999. 1107 p.
- CIRLOT, JUAN EDUARDO. Diccionario de símbolos. 3ª ed. Barcelona: Siruela, 1998. 520 p.